

Fifí Bigotes Grises G.S.P.

Mi vida con el Lama

Traducido del idioma de los gatos siameses por

Lobsang Rampa

Troquel

MI VIDA CON EL LAMA

por

Fifí Bigotes Grises

Quien haya leído el best-seller de Lobsang Rampa *El tercer ojo* ya está en condiciones de juzgar, por anticipado, este nuevo trabajo del prestigioso autor de fama mundial. Ya sabe de antemano que habrá de hallarse ante un mundo de maravillas, de intensa fascinación, puesto al alcance del lector occidental por una pluma ágil, sagaz, insólita por momentos, capaz tanto del encanto como del trazo enérgico y aleccionador.

Sin embargo, además de estos presupuestos típicos de todo libro de Lobsang Rampa, ofrece características muy propias, no sólo dentro de la producción del autor sino aun de toda la literatura en general; en efecto, principal protagonista de esta narración es una "gata franco siamesa, ya anciana, y de una alcurnia tan alta como cuello de jirafa". Esta sola presentación basta como anticipo de lo que aguarda al lector.

Mas la frivolidad y la ficción, andamiajes del relato fantástico de Rampa, no son sino pretexto y marco para las más hondas reflexiones acerca del hombre y su mundo, definitorias de la condición humana. Un infrecuente tratado de psicología práctica se oculta tras la forma de la más deliciosa fantasía.

En fin, un libro excepcional para todo lector inquieto, capaz de la reflexión y del goce estético.

MI VIDA CON EL LAMA

Obras del autor:

- EL TERCER OJO
- EL MÉDICO DE TIBET
- EL CORDÓN DE PLATA
- LA CAVERNA DE LOS ANTEPASADOS

Fifí Bigotes Grises G.S.P.

Mi Vida con el Lama

traducido del idioma de los gatos siameses por:

Lobsang Rampa



EDICIONES TROQUEL / BUENOS AIRES

Título original en inglés:
"LIVING WITH THE LAMA"

Traducción de:
ESTANISLAO DE DOBRZYNSKI

Ilustró la tapa:
SILVIO BALDESSARI

PRIMERA EDICIÓN
Julio de 1963

SEGUNDA EDICIÓN
Setiembre de 1963

TERCERA EDICIÓN
Setiembre de 1963

Impreso en la Argentina
Printed in Argentina

A Mamy, que nos cuida cuando estamos enfermos; nos vigila cuando lo necesitamos, y SIEMPRE nos quiere.

INTRODUCCIÓN

Este libro, escrito por mi colega, la señora Fifí Bigotes Grises, es un trabajo muy original. El Amo apretó las teclas de la máquina porque los dedos de la pobre vieja Fifí eran demasiado cortos. Dios sabe que se empeñó tanto que casi destroza la máquina. Entonces el Viejo lo escribió por ella. ¡Los pedazos que están aquí son muy buenos!

Por supuesto, todos me conocen. Mi fotografía ha dado la vuelta al mundo en los diarios. Pero no hablemos de mí, ESTA VEZ; permítanme darles una idea general de Fifí, el Amo y la autora de las ilustraciones.

La señora Fifí Bigotes Grises es una vieja (en realidad ANTIGUA) gata siamesa francesa. De líneas sólidas, con un pedigree largo como el cuello de una jirafa, vino a vivir con nosotros después de una vida muy dura. ¡Cielos! No era nada más que un saco de piel y huesos cuando la vi por primera vez. Su piel se erizaba como la paja de una escoba vieja. Pero ya le hemos dado forma a la Viejecita. Éste es su libro, su trabajo, y si no creen que un gato siamés pueda escribir un libro; CORRAN (no tienen tiempo para caminar) al psiquiatra más cercano y díganle que tienen un agujero en la cabeza por donde se les escapan los sesos.

El Amo es un GENUINO Lama tibetano. Ahora está viejo, gordo, pelado y barbudo. Pero no hay necesidad

de tocar las trompetas por él; lean *El Tercer Ojo, El Médico de Tibet* y *El Cordón de Plata*. Son libros verídicos. Si no creen en ellos, llamen al enterrador más cercano, porque están MUERTOS. Bueno, el pobre tipo (el Amo, no el enterrador) escribió este libro, que le dictó la Vieja Gata. Y casi lo mata. ¡También!

Amapola dibujó la tapa y las ilustraciones. Amapola es en realidad Sheelagh M. Rouse, una rubia alta y espigada que habla con un acento tan inglés que confunde a canadienses y norteamericanos. Ha hecho muy buenas ilustraciones pero, por supuesto, gracias a mis consejos. Si no entiende el idioma gatuno, peor para ella; aunque trabajó mucho, y la señora Fifí Bigotes Grises está satisfecha con los dibujos. Claro, ¡es ciega y no los puede ver! ¡Ustedes tendrían que dejar que Amapola ilustrara sus próximos libros!

Mamy, por supuesto, es MI Mamy. Ella nos quiere y sin Mamy todos estaríamos en la perrera. Este libro está dedicado a ella. Es de ascendencia escocesa, aunque nunca se hubiera pensado por la generosidad con que distribuye la comida. ¡La Vieja Gata come como un caballo! Yo lo hago primorosamente. Y Mamy nos provee a las dos.

Bueno, amigos. Aquí lo tienen. Ahora pónganse a leerlo. ¡Adiós!

LADY KU'EI

PRÓLOGO

—"Te has enloquecido, Fifí —dijo el Lama—. ¿Quién va a creer que TÚ has escrito un libro?"

Me miró sonriendo, frotándome bajo la barbilla —mi caricia preferida— antes de dirigirse a alguna de sus ocupaciones.

Me senté y cavilé. "¿Por qué no podría escribir un libro?" Ciertamente soy una gata, pero no una gata común. ¡Oh, no! ¡Soy una gata siamesa que ha viajado lejos y visto mucho! ¿Visto? Bueno, estoy ciega, y dependo del Lama y de la Srta. Ku'ei para que relaten esta escena, ¡pero tengo mis recuerdos!

Claro está, soy vieja, muy vieja, y no poco enferma, pero, ¿no es ésa razón suficiente para poner en el papel los acontecimientos de mi vida, mientras puedo? Aquí, pues, está la versión de mi vida con el Lama, y los días más felices de mi existencia; días de sol después de una vida de sombras.

(Sra.) FIFÍ BIGOTES GRISES



Capítulo I

La "futura madre" gritaba a voz en cuello. "¡Quiero un gato!" "¡Un gato lindo y fuerte!". Y el escándalo, decía la gente, era TERRIBLE. Pero mi madre era famosa por su voz chillona. A su insistente demanda se buscó, en las mejores gaterías, un gato siamés de buen pedigree. Cada vez se agudizaba más la voz de mi madre, y se renovaban los esfuerzos en la búsqueda.

Al fin se encontró un candidato adecuado, y él y mi futura madre, fueron formalmente presentados. De este encuentro, con el transcurso del tiempo, aparecí yo, y solamente a mí se me permitió vivir. Mis hermanos y hermanas fueron ahogados.

Mi madre y yo vivíamos con una vieja familia francesa que tenía una enorme residencia en las afueras de París. El Hombre era un diplomático de alto rango que viajaba a la ciudad la mayor parte de los días de la semana. A menudo no volvía de noche y se quedaba en la ciudad con su amante. La Mujer, que vivía con nosotros, Mme. Diplomat, era dura y superficial. Nosotros, los gatos, no eramos "personas" para ella (como lo somos para el Lama); sólo cosas para ser exhibidas en las reuniones.

Mi madre poseía hermosa figura. Una cara muy negra y una cola siempre erguida. Había ganado muchos premios. Un día, antes de destetarme, cantó más fuerte

que de costumbre y a Mme. Diplomat le dio un ataque de furia y llamó al jardinero.

—"Pierre —gritó—, llévala de inmediato al estanque, no puedo soportar el escándalo."

Pierre, un francesito de cara chata, que nos odiaba porque a veces lo ayudábamos en el jardín inspeccionando las raíces de las plantas, para ver si crecían, alzó a mi hermosa madre y la puso en una bolsa de papas vacía, y se marchó, perdiéndose en la distancia. Esa noche, triste y con miedo, lloré hasta quedarme dormida, en el frío galpón de afuera; donde no pudiera molestar con mis lamentaciones a Mme. Diplomat.

Me revolcaba afiebradamente sobre mi fría cama de periódicos parisienses desparramados sobre el piso de cemento. El hambre me sacudía, y pensaba cómo iba a poder sobrellevarlo.

Los primeros rayos del sol entraban por las ventanas cubiertas de telarañas del galpón, cuando me sobresalté. Oí fuertes pisadas en el sendero; primero titubearon ante la puerta, luego la empujaron, y entraron. "AH", pensé con alivio, "es solamente Madame Albertine, la casera". Crujiendo y resoplando reclinó su maciza figura hasta el suelo, sumergió un dedo gigantesco en un tazón de leche tibia y, tiernamente, me convenció que bebiera.

Durante días enteros transité por las sombras del dolor, lamentando a mi madre asesinada; asesinada sólo por su hermosa voz de cantante. Por muchos días no pude sentir el calor del sol, ni estremecerme al oir una voz querida. Tenía hambre y sed, y dependía únicamente de los buenos oficios de Madame Albertine. Sin ella me hubiese muerto de hambre, ya que por aquella época era demasiado pequeña para comer sin ayuda.

Los días se arrastraban, y se hicieron semanas. Apren-

dí a defenderme sola, pero las penurias de mi temprana existencia me dejaron una constitución física endeble. La finca era enorme, y a menudo salía a caminar, con los pies torpes y sin dirección, y manteniéndome alejada de la gente. Los árboles eran mis favoritos, los trepaba y me estiraba a lo largo de alguna rama amiga, tostándome al sol. Los árboles me susurraban, hablándome de días más felices, que llegarían en el ocaso de mi vida. Entonces no los comprendí, pero confiaba; siempre tuve presente las palabras de los árboles; hasta en los momentos más negros.

Una mañana desperté con un deseo extraño, indefinido. Y emití un grito de interrogación que, por desdicha, oyó Mme. Diplomat.

—"Pierre —gritó—, busca un gato, *cualquiera* servirá para satisfacerla."

Más tarde, ya avanzado el día, me levantaron y arrojaron dentro de un cajón. Antes que pudiera darme cuenta que no estaba sola, un gato viejo, sin abolengo, saltó sobre mi espalda. Mi madre no había tenido oportunidad de informarse mucho sobre "la vida", de modo que no estaba preparada para lo que siguió. El destartalado gato se abalanzó sobre mí, y sentí un golpe terrible. Por un momento pensé que alguien me había propinado un puntapié. Hubo un relámpago enceguecedor de dolor, y sentí que algo se desgarraba. Lancé un grito de agonía y terror, y arañé ferozmente al gato; saltó sangre de una de sus orejas y su voz gritona se unió a la mía. De golpe se abrió la tapa del cajón y unos ojos asombrados se asomaron. Salté hacia afuera. Al escapar vi que el gato viejo escupía y gruñía mientras saltaba en dirección a Pierre, que retrocediendo, cayó a los pies de Mme. Diplomat.

Atravesé corriendo el césped y busqué el albergue

de un manzano amigo. Encaramándome por el tronco, alcancé uno de sus queridos miembros y me estiré a lo largo, jadeante. Las hojas de los árboles susurraron con la brisa y me acariciaron amablemente. Las ramas se mecían y crujían y, lentamente, me acunaron, hasta sumirme en un sueño profundo.

Por el resto del día y durante toda la noche quedé sobre la rama, hambrienta, con miedo, y enferma; pensando por qué los seres humanos eran tan salvajes; tan despreocupados por los sentimientos de los animales pequeños que dependen enteramente de ellos. La noche era fría, y una ligera llovizna soplaba desde París. Estaba empapada y temblando, pero sentía terror de bajar y buscar albergue.

La luz fría de la mañana cedió lentamente su lugar a un día gris y opaco. Nubes plomizas atravesaban el cielo. Ocasionalmente caía un chaparrón. A media mañana una figura familiar se acercó; venía de la casa. Mme. Albertine, desplazándose pesadamente y murmurando con alegría, se acercó al árbol, fijando en él sus ojos miopes. La llamé y acercó sus manos hacia mí. "¡Ah! Mi pobre Fifí, baja rápido que tengo tu comida." Me deslicé hacia atrás por la rama y luego, despacito, por el tronco. Se hincó, entonces, en el pasto, a mi lado, acariciándome mientras bebía la leche y comía la carne que me había traído. Cuando terminé me froté contra ella, sabiendo que no hablaba mi idioma, y yo tampoco el francés (aunque lo comprendía bien). Luego, alzándome sobre su ancho hombro, me llevó hasta la casa, y una vez allí a su dormitorio.

Miré a mi alrededor perpleja, y con interés. Esta pieza, pensé, es nueva para mí, y adecuada para estirar y ejercitar las pezuñas. Conmigo todavía sobre sus hombros, Madame Albertine, se movió pesadamente hacia

su asiento frente a la ventana, y miró hacia afuera.

—"¡Ah!" —exclamó—. "Qué lástima, entre tanta belleza, tanta crueldad."

Me levantó sobre su amplia falda y, mirándome a la cara, me dijo:

—"Mi pobre, pequeña y hermosa Fifí, Mme. Diplomat es una mujer dura, cruel y con un afán desmedido de figuración. Para ella eres un juguete que se exhibe. Para mí una de las criaturas de Dios. Pero tú, gatito, no vas a entender lo que te estoy diciendo". —Me puse a ronronear para demostrarle que había entendido, y le lamí las manos. Me palmeó, agregando—: "Oh, tanto amor y afecto desperdiciados. Serás una buena madre, pequeña Fifí".

Me acurruqué más cómodamente en sus faldas y miré por la ventana. El paisaje era tan interesante que tuve que levantarme y apretar la nariz contra el vidrio para poder apreciarlo mejor. Madame Albertini sonrió y me tiró amorosamente de la cola, pero la escena me tenía totalmente abstraída. Se dio vuelta y cayó de rodillas. Juntas miramos por la ventana, mejilla a mejilla.

A nuestros pies, el césped bien cuidado parecía una alfombra verde alisada, bordeada de álamos. Curvándose suavemente hacia la izquierda, el verde del sendero se perdía a lo lejos, en el camino, de donde venía el ruido del tránsito que iba y venía de la Gran Metrópoli. Mi viejo amigo El Manzano se erguía solitario junto al lago artificial, cuya superficie, reflejando el gris opaco del cielo, se cubría de un color plomizo viejo. Al borde del agua crecían juncos; me recordaban el flequillo de la cabeza del anciano cura que venía a ver a "Le Duc", el esposo de Mme. Diplomat.

Miré otra vez el lago, y recordé a mi pobre madre,

ahogada allí. "Y cuántos otros", pensé. De repente Mme. Albertine me miró diciendo:

—"Pero, mi pequeña Fifí, creo que estás llorando; sí has derramado una lágrima. Éste es un mundo cruel, muy cruel pequeña Fifí, cruel para todos nosotros".

Súbitamente, en la distancia, pequeñas manchas negras que sabía eran coches, doblaron por la avenida, acercándose a la casa a toda velocidad; frenaron en medio de una nube de polvo mientras sus ruedas chirriaban. Un timbre sonó furiosamente haciendo que se me erizara la piel de la espalda y que se me parara la cola. Madame Albertine levantó algo negro, yo sabía que se llamaba teléfono, y oí la voz chillona de Mme. Diplomat.

—"Albertine, Albertine, ¿por qué no atiendes tus obligaciones?, ¿para qué te pago? Soy tan caritativa que te mantengo. Ven al instante, tenemos visitas. ¡No debes holgazanear así, Albertine!"

La voz se cortó, y Mme. Albertine suspiró.

—"¡Ah!, que la guerra me haya llevado a esto. Ahora trabajo dieciséis horas por día, y por una bagatela. Tú descansa, pequeña Fifí. Aquí tienes un cajón de tierra."

Y suspirando nuevamente, me volvió a acariciar y salió de la pieza. Oí cómo crujía la escalera bajo su peso, y luego el silencio.

La terraza, debajo de mi ventana, estaba llena de gente. Mme. Diplomat hacía unas reverencias tan obsecuentes que imaginé que se trataba de personas importantes. Pequeñas mesas aparecieron como por arte de magia; estaban cubiertas con finos manteles (yo usaba diarios —"Le Paris Soir"— como mantel) y los sirvientes llevaban comida y bebida en abundancia. Me di vuelta para acurrucarme, cuando un pensamiento repentino hizo que mi cola se irguiera alarmada. Había

pasado por alto una precaución elemental. Había olvidado lo primero que me enseñó mi madre. "*Siempre* investiga un cuarto extraño, Fifí. Recorre todo con cuidado. Fíjate en todas las rutas de escape. Ten cuidado de lo raro e inesperado. Nunca, NUNCA descanses hasta conocer dónde estás."

Sintiéndome culpable me puse de pie, olfateé el aire, y decidí cómo proceder. Empezaría por la pared de la izquierda y desde allí recorrería el resto.

Salté al piso y espié debajo de la ventana, olfateando por si había algo raro; averigüé la disposición de las cosas, los peligros y las ventajas de todo. El empapelado era floreado y estaba descolorido. Grandes flores amarillentas sobre un fondo púrpura. Sillas altas, inmaculadamente limpias pero con el terciopelo rojo desteñido. La parte de abajo de las sillas y mesas estaba limpia y libre de telas de arañas. Los gatos, como ustedes saben, ven la parte inferior de las cosas, no la superior, y los seres humanos no reconocerían las cosas de verlas como lo hacemos nosotros.

Había un armario alto contra la pared, y me encaminé hacia el centro de la mesa, para decidir la mejor forma de llegar allí arriba. Un cálculo rápido me demostró que podría saltar desde una silla hasta la mesa: —¡Oh! ¡Qué resbaladizo era!— y llegar así hasta la parte alta del armario. Me senté por un rato, pensando y lavándome cara y orejas. Miré por casualidad hacia atrás y la sorpresa casi me hace caer; un gato siamés me estaba mirando —evidentemente lo había sorprendido mientras se lavaba—. "Extraño", pensé. "No esperaba encontrar un gato aquí. Mme. Albertine debe tenerlo en secreto. Le diré «hola»." Y Ella, aparentemente con la misma intención, se movió hacia mí. Nos detuvimos separadas por una especie de ventana. "Asom-

broso", me dije. "¿Cómo puede ser esto?" Con cautela, anticipándome a una trampa, espié detrás de la ventana. No había nadie allí. Era increíble, pero cada movimiento que hacía, era copiado por la otra gata. Por fin me di cuenta. Aquello era un espejo. Un extraño aparato del que me había hablado mi madre. Por supuesto, el primero que veía en mi vida, porque ésta era mi primera visita dentro de la casa. Mme. Diplomat era muy rara, y a los gatos no les estaba permitida la entrada a la casa, a menos que nos quisiera exhibir. A mí se me había evitado, por el momento, esa humillación.

"Aún debo proseguir con mis investigaciones" me dije. "El espejo puede esperar." Atravesando la pieza vi una gran estructura de metal con esferas de bronce en cada extremo. El espacio entre las cuatro esferas estaba cubierto con género. Rápidamente salté del armario a la mesa —resbalando un poco sobre el piso encerado— y cayendo sobre la estructura de metal cubierta de género. Aterricé en el medio, ¡y vi con horror que me despedía en el aire! Cuando aterricé me puse a correr mientras decidía qué hacer.

Me senté en el centro de la alfombra por un instante; tenía un diseño rojo y azul, que, a pesar de estar impecablemente limpio, había conocido días mejores. Como parecía lo apropiado para mis pezuñas le di algunos zarpazos, que me ayudaron a pensar con más tranquilidad. NO CABÍA DUDA, esa enorme estructura era una cama. Mi cama era de diarios viejos, tirados sobre el piso de cemento del galpón. Madame Albertine tenía algunos trapos viejos sobre una especie de armazón de hierro. Ronroneando con placer, ya que había resuelto el misterioso asunto, caminé hacia él y examiné la parte de abajo con mucho interés. Resortes

inmensos, cubiertos con lo que parecía una enorme bolsa, sostenían el peso de la ropa apilada sobre ella. Pude distinguir claramente el sitio donde el pesado cuerpo de Mme. Albertine había distorsionado algunos de los resortes y los había vencido.

Con espíritu de investigación científica toqué un pedazo de un material rayado que caía. Con horror vi que salían PLUMAS. "Cielos", exclamé: "Guardar PÁJAROS MUERTOS aquí. Con razón es tan grande, debe comérselos de noche". Algunas olfateadas más y terminé con las posibilidades que ofrecía la cama.

Espiando aquí y allá, y pensando dónde podría mirar ahora, vi una puerta abierta. Media docena de saltos, y me agazapé con cautela contra el marco de la puerta. Asomándome apenas, y con un solo ojo pude echar un primer vistazo. A simple vista el cuadro era tan extraño, que no comprendí lo que veía. Era algo brilloso sobre el piso blanco y negro. Contra una pared había una inmensa cubeta para caballos (las conocía porque las teníamos cerca de los establos), mientras que contra otra pared, sobre una plataforma de madera había una gran taza de porcelana con una tapa de madera blanca. Mis ojos se iban agrandando y tuve que sentarme y rascarme la oreja derecha, mientras pensaba intrigada: "¿QUIÉN podrá beber en algo de este tamaño?".

Recién entonces oí el ruido que hacía Mme. Albertine al subir la chirriante escalera. Apenas me detuve para ver si mis bigotes estaban prolijamente cepillados y corrí a la puerta a darle la bienvenida. Al oir mis gritos de alegría exclamó:

—"¡Ah! pequeña Fifí, he robado lo mejor de la mesa para ti. La crema y las mejores patas de rana son para ti. Aquellos chanchos están embuchando. ¡Bah!, me enferman!" —y agachándose colocó las fuentes, ¡verda-

deras fuentes!, delante de mí. Pero todavía no había llegado el momento de empezar a comer, tenía que decirle cuánto la quería. Al alzarme hasta su amplio regazo, lloré, mientras ronroneaba.

Esa noche dormí a los pies de la cama de Mme. Albertine. Acurrucada en una inmensa colcha; nunca había estado tan cómoda desde que fuera separada de mi madre. Mi educación progresaba; descubrí el uso de la "cubeta para caballos" y aquello que en mi ignorancia había pensado que era una gigantesca taza de porcelana. De sólo pensar lo ignorante que había sido, el rubor me cubrió la cara y el cuello.

A la mañana siguiente Mme. Albertine se vistió y bajó por la escalera. Y con ella ruido, una gran conmoción y muchas voces. Desde la ventana vi cómo Gastón, el chófer, lavaba el Renault grande. Luego desapareció, para volver vestido con su mejor uniforme. Llegó hasta la puerta principal y los sirvientes llenaron el portaequipaje con valijas y bultos. Me acurruqué más. "Monsieur Le Duc" y Mme. Diplomat fueron hacia el auto, entraron, y partieron conducidos por Gastón.

Abajo aumentaba el ruido, pero esta vez era gente celebrando. Mme. Albertine subió excitada y resoplando, su cara irradiaba felicidad y vino.

—"Se han ido, pequeña Fifí —gritó, aparentemente pensó que estaba sorda—. ¡Se han ido, por una semana entera estaremos libres de su tiranía. Ahora nos divertiremos!"

Levantándome, me llevó escaleras abajo, donde la fiesta estaba en su apogeo. Todos los sirvientes parecían felices, y yo me sentí muy orgullosa porque Mme. Albertine me tenía cargada, aunque pensé que mis cuatro libras de peso eran demasiado para ella.

Por una semana todos fuimos felices. Al fin de esa semana ordenamos la casa y con la expresión más sumisa posible pintada en nuestros rostros nos preparamos para el regreso de Mme. Diplomat y su esposo. Él no nos preocupaba mayormente, casi siempre estaba caminando de un lado para el otro; tamborileando sobre la insignia de la Legión de Honor que llevaba en la solapa. De todas maneras siempre estaba pensando en el "Servicio Exterior" y en países, no en sirvientes y gatos. El problema era Mme. Diplomat, que era una verdadera vorágine; por eso el sábado, cuando nos enteramos que estarían ausentes una semana o dos más, porque estaban alternando con "las mejores personalidades", la noticia fue, para nosotros, como la suspensión de una sentencia a la guillotina.

El tiempo corría a gran velocidad. Por las mañanas solía ayudar a los jardineros a dar vuelta una o dos plantas, para que pudieran comprobar si las raíces crecían bien. Por las tardes me retiraba a una cómoda rama del viejo Manzano a soñar con climas más cálidos y templos antiguos, donde sacerdotes de túnicas amarillas se movían en silencio, camino de sus oficios religiosos. De vez en cuando me despertaba sobresaltada por el rugido de los aviones de la Fuerza Aérea Francesa que surcaban furiosamente el cielo.

Me estaba poniendo pesada y comenzaba a sentir el movimiento de mis gatitos. No era fácil moverme, tenía que elegir mis pasos. Hacía algunos días que me había habituado a ir al tambo y observar cómo la leche de las vacas entraba "a algo" donde se volcaba y de donde salía en dos chorros, uno de leche y otro de crema. Me sentaba sobre un estante bajo, fuera del alcance de todos. La tambera me hablaba y yo le respondía.

Una tarde estaba sentada sobre un estante, a una

distancia de seis pies más o menos de un tarro de leche medio lleno. La tambera me hablaba de su último novio y yo le ronroneaba, asegurándole que todo saldría bien entre ellos. De repente se oyó un grito ensordecedor, como el de un gato al que le pisan la cola, y Mme. Diplomat se precipitó al tambo gritando:

—"¡Les dije que no tuvieran gatos aquí, nos van a envenenar!"

Levantó lo primero que encontró a mano, una medida de cobre, y me la tiró con todas sus fuerzas. Ésta me alcanzó en un costado, tumbándome dentro de un tarro de leche medio vacío. El dolor fue terrible. Apenas pude chapalear para mantenerme a flote. Sentí que se me salían las entrañas. El piso se sacudió bajo fuertes pisadas, y apareció Mme. Albertine quien con rapidez volcó el tarro que ahora contenía leche manchada de sangre y con suavidad posó sus manos sobre mí.

—"Llamen al Señor Veterinario" —ordenó.

Me desmayé.

Cuando desperté estaba en el dormitorio de Mme. Albertine, en un cajón tibiamente forrado, tenía tres costillas rotas y había perdido toda mi cría. Por un tiempo estuve muy enferma. El Señor Veterinario venía a verme muy a menudo y me comentaron que había dicho a Mme. Diplomat:

—"Crueldad, crueldad innecesaria. A la gente no le va a gustar. Van a decir que es una mala mujer. Me dijeron los sirvientes que la madre gata era muy limpia y MUY honesta. No, Mme. Diplomat, estuvo muy mal".

Madame Albertine me mojaba los labios con agua, ya que sólo pensar en la leche me hacía palidecer. Día tras día trató de persuadirme a que comiera. El Señor Veterinario pronosticó: "No hay esperanza. Morirá, no

podrá vivir otro día sin comer". Entré en agonía. Me parecía oir el susurro de los árboles, el crujir de las ramas. "Pequeña Gata", decía el manzano, "Pequeña Gata, éste no es el fin. Recuerda lo que te digo, gatita". Extraños ruidos giraban en mi cabeza. Vi una luz amarilla luminosa, percibí figuras maravillosas y olí los placeres del cielo. "Gatita", susurraban los árboles. "Éste no es el fin. Come y vive. Come y vive. Éste no es el fin. Tienes una meta en la vida, Gatita. Terminarás tus días con alegría, en la madurez de los años. No ahora. Éste no es el fin."

Abrí los ojos con esfuerzo y levanté un poco la cabeza. Mme. Albertine, con grandes lágrimas que corrían por sus mejillas, se arrodilló a mi lado, sosteniendo unas finísimas tajadas de pollo. El Señor Veterinario estaba parado al lado de la mesa; llenaba una jeringa con el contenido de una ampolla. Débilmente tomé un pedazo de pollo, lo retuve un momento en la boca y lo tragué.

—"¡Un milagro! ¡Un milagro!" —exclamó Mme. Albertine.

El Señor Veterinario se dio vuelta, con la boca abierta; lentamente dejó la jeringa y cruzó hacia mí.

—"Es como usted dice, un milagro —observó—, estaba llenando la jeringa para administrarle el golpe de gracia, y ahorrarle así más sufrimientos."

Los miré, sonriente y ronroneé agradecida tres veces, lo más fuerte que pude. Al quedarme dormida oí que decían: "Se repondrá".

Por una semana estuve en lamentable estado; no podía respirar hondo, ni dar más que unos pasos. Mme. Albertine había arrimado mi cajón de tierra porque mi madre me había enseñado a ser estrictamente cuidadosa en mis hábitos. Más o menos una semana después,

Mme. Albertine me llevó abajo. Madame Diplomat —con el semblante duro— estaba parada a la entrada de una pieza.

—"Hay que llevarla a un galpón, Albertine" —dijo Madame Diplomat.

—"Con el perdón de la señora —dijo Mme. Albertine— no está del todo bien todavía, y si se la trata mal, yo y otros sirvientes abandonaremos la casa."

Con mirada altanera, Mme. Diplomat giró sobre sus talones y volvió a entrar al cuarto. En las cocinas, *bajo las escaleras* algunas de las mujeres mayores vinieron a hablarme y me dijeron lo contentas que estaban porque se me veía mejor. Con suavidad Mme. Albertine me depositó sobre el suelo, para que pudiera moverme y leer todas las noticias. Me cansé pronto porque todavía estaba muy enferma. Fui entonces hacia Madame Albertine, la miré a la cara, y le dije que quería ir a dormir. Me levantó y me llevó a la parte superior de la casa. Estaba tan cansada que me dormí profundamente antes que me pusiera en mi cama.

Capítulo II

Es fácil ser sabio después que las cosas han pasado. Escribir un libro trae a la memoria muchos recuerdos. Durante los años de sufrimiento recordaba a menudo las palabras del viejo manzano: "Gatita, éste no es el fin. Tú tienes una meta en la vida". Entonces pensaba que aquello sólo era un cumplido para alentarme. Ahora sé —en el ocaso de mi vida— que soy muy feliz; si estoy ausente, aunque sólo sea por unos minutos, oigo: "¿Dónde está Fifí? ¿Está bien?", y sé que me quieren por lo que soy, no solamente por mi aspecto. En mi juventud era distinto; era nada más que un objeto para exhibir, o como dicen hoy día: "un tema de conversación". Mme. Diplomat tenía dos ideas fijas. Una era su obsesión de subir cada vez más alto en la escala social de Francia. Y la otra exhibirme ante la gente, lo que significaba un éxito seguro. Esto último me dejaba perpleja, porque odiaba a los gatos (excepto en público) y no me permitía entrar a la casa a menos que hubiera visitas. El recuerdo de mi primera *presentación* aún está vivo en mi memoria.

Estaba en el jardín, un tibio día de sol, estudiando las flores y observando cómo las abejas llevaban el polen en sus patas, cuando me acerqué a examinar el pie de un álamo. El perro de un vecino había estado allí y había dejado un mensaje que yo quería leer.

Echando un vistazo a mi alrededor, para asegurarme que todo estaba bien, dediqué mi atención al mensaje. Gradualmente me fui concentrando en mi tarea y evadiéndome de lo que me rodeaba. Pero de pronto unas manos bruscas me arrebataron de la contemplación del mensaje perruno.

"Psst", dije mientras saltaba para librarme de esas garras. Rápidamente trepé el tronco del árbol y miré hacia abajo. "Siempre corre primero, y mira después", me había dicho mi madre, "es mejor correr sin necesidad, que pararse y no poder correr más".

Miré hacia abajo. Pierre, el jardinero, estaba allí sosteniéndose la punta de la nariz. Un hilo de sangre roja corría por entre sus dedos. Mirándome con odio se agachó, levantó una piedra, y me la arrojó con todas sus fuerzas. Me escondí atrás del tronco, pero así y todo la vibración de la piedra casi me hace caer. En el momento en que volvía a agacharse para recoger otra piedra, las ramas se separaron y Mme. Albertine, caminando en silencio sobre la tierra musgosa, apareció ante mí. Dándose cuenta de lo que pasaba estiró un pie hacia adelante con rapidez, y Pierre cayó de bruces sobre la tierra. Tomándolo por el cuello lo levantó, mientras lo sacudía con violencia —era sólo un hombrecillo— haciéndolo girar.

—"Usted lastima a esa gata, y YO LO MATO. Madame Diplomat le mandó que la buscara, no que la lastimara, pedazo de cerdo."

—"Se me escapó de entre las manos, me caí contra el árbol y me hizo sangrar la nariz —dijo Pierre—. Me enojé a causa del dolor."

Madame Albertine se encogió de hombros y vino hacia mí.

"Fifí, Fifí, venga con su mamá" —dijo.

—"Ya voy" —maullé descendiendo del árbol.

—"Ahora usa tus mejores modales, pequeña Fifí —dijo Mme. Albertine—. La patrona quiere exhibirte ante sus visitas."

El término *patrona* siempre me causó gracia. Monsieur Le Duc tenía una amante en París. ¿Cómo era entonces que Mme. Diplomat era la amante? No obstante, pensé, si quieren llamarla a ella *patrona* ¡a mí no me importa! Esta gente es muy rara e irracional[1].

Atravesamos juntas el césped. Madame Albertine me llevaba cargada para que yo conservara los pies limpios (para las visitas). Al subir por la ancha escalinata de piedra vi cómo una laucha se escabullía dentro de un agujero al lado de un arbusto y atravesamos el balcón. A través de las puertas abiertas del salón pude ver mucha gente sentada charlando; parecían una majada junto a las alambradas.

—"¡He traído a Fifí, Madame!" —dijo Madame Albertine.

La *patrona* se puso de pie de un salto y, cautelosamente, me sacó de los brazos de mi amiga.

—"Oh, mi querida Fifí" —exclamó, y se dio vuelta con tanta rapidez que me mareó.

Las mujeres se pusieron de pie, arremolinándose a mi alrededor mientras emitían exclamaciones admirativas. En Francia, en aquellos días, los gatos siameses eran una curiosidad. Hasta los hombres se acercaron para verme. Mi cara negra y cuerpo blanco, que terminaba en una cola negra, parecía intrigarlos.

—"Rareza de rarezas —dijo la patrona—. Un pedigree maravilloso, costó una fortuna. ¡Tan afectuosa!, duerme conmigo de noche."

1 La palabra inglesa "mistress" significa señora, patrona, etc., y también amante. (*N. del T.*)

Ante semejantes mentiras emití un grito de protesta y todos retrocedieron alarmados.

—"Está hablando, eso es todo" —dijo Madame Albertine, que había recibido órdenes de quedarse en el salón, "por las dudas".

La cara de Mme. Albertine, y la mía, reflejaban asombro al oir las mentiras de la patrona.

—"Oh Renée —dijo una de las visitas—, tienes que llevarla a los Estados Unidos cuando vayas, las mujeres americanas pueden ayudar en la carrera de tu esposo si tú les caes simpática, y esta gatita, realmente, llama la atención."

La patrona apretó sus labios delgados hasta que su boca casi desapareció.

—"¿Llevarla? —interrogó—, ¿cómo podría hacerlo? Daría tanto trabajo, y luego habría dificultades para traerla otra vez."

—"Tonterías, Renée. Me sorprendes —contestó su amiga—, conozco un veterinario que te puede dar una droga que la tendrá dormida durante todo el viaje. Puedes ponerla en una caja acolchada, como equipaje diplomático."

La patrona asintió con la cabeza.

—"Sí, Antoinette, dame esa dirección, por favor."

Por un rato tuve que quedarme en el salón, mientras la gente hacía acotaciones sobre mi figura; se asombraban del largo de mis piernas y de la negrura de mi cola.

—"Yo creía que los gatos siameses finos tenían cola enrulada" —dijo una.

—"Oh, no —respondió la patrona—, los gatos siameses con colas enruladas no están de moda ahora. Cuanto más erguida tiene la cola, mejor es el gato. Pronto enviaremos a esta gata a . . ., luego tendremos gatitos a tu disposición."

Madame Albertine salió, al fin, del salón.

—"¡Puff! —exclamó—. Dadme siempre gatos de cuatro patas. No de la especie que tiene dos piernas."

Miré a mi alrededor rápidamente, nunca había visto gatos con dos patas y realmente no podía entender cómo se las arreglarían. A mis espaldas no había más que una puerta cerrada, meneé la cabeza con estupor y seguí caminando al lado de Madame Albertine.

Oscurecía, y una ligera llovizna se deslizaba por la ventana, cuando, en forma irritante, sonó el teléfono en la pieza de Madame Albertine, que se levantó para contestarlo. Y la voz aguda de la patrona alteró la paz.

—"Albertine, ¿tienes el gato en la pieza?"

—"Sí señora, no está bien todavía" —replicó Mme. Albertine.

La voz de la patrona se elevó una octava.

—"Albertine te he dicho que no la tendríamos en la casa a menos que haya visitas. Llévala al galpón de inmediato. No cabe duda que soy bondadosa al tenerte a mi servicio, ¡eres tan inútil!"

Apresuradamente Madame Albertine se puso un grueso saco tejido, un impermeable y una bufanda alrededor de la cabeza. Me alzó y envolviéndome en una manta me llevó por la escalera de atrás; se detuvo en el hall de servicio para recoger una linterna y caminó hacia la puerta. Una ráfaga de viento nos azotó la cara. Nubes bajas atravesaban el cielo nocturno. Desde un álamo una lechuza gritó cuando nuestra presencia ahuyentó la laucha que estaba persiguiendo. Las ramas, empapadas de lluvia, nos rozaron y dejaron caer sobre nosotros su carga de agua. El sendero era resbaladizo y traicionero. Madame Albertine caminaba con cautela, buscando el camino con su linterna, y murmu-

rando imprecaciones contra Mme. Diplomat, y todo lo que tuviera relación con ella.

El galpón apareció ante nosotros como un parche de luz en la oscuridad de los árboles. Mme. Albertine abrió la puerta de un empujón y entramos. Se oyó el estrépito que hacía una manta al caer arrastrada por sus voluminosas ropas. Por el susto, y contra mi voluntad se me erizaron los pelos del espinazo. Girando su linterna en semicírculo, Madame Albertine penetró en el galpón dirigiéndose hacia la pila de diarios que me servía de cama.

—"Me gustaría ver a esa mujer encerrada en un lugar como éste —murmuró—. Le sacaría algunos de esos aires de grandeza."

Me bajó con suavidad, se fijó que tuviese agua —para entonces yo ya no tomaba leche, solamente agua— y puso unos restos de patas de ranas a mi lado. Palmeándome la cabeza se retiró y cerró la puerta tras de sí.

Sus pisadas fueron ahogadas por el rugido del viento y el tamborileo de la lluvia sobre el techo de hierro galvanizado.

Odiaba aquel galpón. A menudo la gente se olvidaba de mí y no podía salir hasta que no abrían la puerta. Con mucha frecuencia me quedaba allí sin agua y sin comida durante dos y a veces tres días. Mis gritos no servían de nada ya que estaba demasiado lejos de la casa, escondido en un monte, lejos de los demás edificios. Me quedaba allí y me moría de hambre, esperando que alguien se acordara que no me habían visto por algún tiempo; entonces venían e investigaban.

Ahora todo es tan distinto; aquí me tratan como a un ser humano. En lugar de estar hambrienta, siempre tengo de comer y beber, y duermo en un dormitorio, en una verdadera cama, y mía. Remontando el pasado,

aquellos años me parecen tan distantes como un viaje a través de una larga noche. Ahora todo surge al calor del amor. Antes tenía que tener cuidado con las pisadas torpes. ¡Ahora todos me cuidan A MÍ! No se mueven los muebles a menos que se me informe sobre su nueva ubicación, todo porque soy ciega, y vieja, y no puedo manejarme sola. Como dice El Lama, soy una vieja y querida abuela que disfruta de paz y felicidad. Mientras dicto esto estoy sentada en un cómodo sillón, abrigada por los tibios rayos del sol.

Pero cada cosa en su lugar. En aquella época imperaban los Días de las Sombras y los rayos del sol no habían atravesado la tormenta.

Sentí movimientos raros dentro de mi cuerpo. Suavemente, pues todavía no estaba muy segura de mí, entoné una canción. Caminé por los jardines buscando ALGO. Mis deseos eran vagos, pero urgentes. Sentada frente a una ventana abierta —no osaba entrar— oí que Madame Diplomat hablaba por teléfono.

—"Sí, está en celo. La enviaré de inmediato y la mandaré retirar mañana. Sí, quiero vender la cría lo antes posible." Poco después Gastón me puso en una caja de madera, con la tapa bien asegurada. El olor de la caja, y el encierro, eran de lo más interesantes. Allí habían guardado comestibles. Patas de ranas y caracoles. Carne cruda y algunas cosas verdes. Estaba tan interesada que no me di cuenta cuando Gastón levantó la caja y me llevó al garaje. Por un rato la caja permaneció en el piso de cemento. El olor del aceite y la nafta me descompuso. Por fin Gastón entró nuevamente al garaje, abrió las puertas y puso en marcha nuestro auto número dos, un viejo Citröen. Tirando mi caja en el baúl de equipajes, arrancó. Fue un viaje terrible; en las esquinas doblaba a tanta velocidad que la caja

resbalaba violentamente y se detenía luego de tremendos golpes. En cada esquina se volvía a repetir el proceso. La oscuridad era intensa y los vapores del caño de escape me hacían toser. Creí que ese viaje no terminaba nunca.

El auto giró violentamente, se produjo un terrible chirriar de gomas, y al enderezarse nuevamente mi caja se dio vuelta patas arriba. Choqué contra una astilla filosa y me empezó a sangrar la nariz. El Citröen se detuvo y oí voces. Se abrió el baúl de equipajes y por un momento sólo hubo silencio, luego: "Mire, ¡ahí hay sangre!", dijo una voz extraña. Levantaron mi caja y me sentí mecer mientras alguien me transportaba. Subieron unos escalones y las sombras cayeron sobre las ranuras de la caja. Me di cuenta que estaba dentro de una pieza o galpón. Se cerró una puerta, y me levantaron y colocaron sobre una mesa.

Manos extrañas rozaron la superficie de la caja, y la tapa se abrió. "¡Pobre gatita!", dijo una voz de mujer. Me puso las manos sobre la barriga y me alzó. Estaba enferma, mareada por los olores del motor, atontada por los golpes, y sangrando por la nariz. Gastón de pie a un costado, permanecía pálido y asustado.

—"Debo telefonear a Mme. Diplomat" —dijo un hombre.

—"No me haga perder el empleo —rogó Gastón—, yo manejé con mucho cuidado."

El hombre levantó el teléfono mientras la mujer secaba la sangre.

—"Mme. Diplomat —decía entretanto el hombre—. Su gatita está enferma, desnutrida y terriblemente golpeada por este viaje. Perderá su gata, Madame, si no la cuida más."

—"Dios mío —oí que respondía la voz de Mme. Di-

plomat—, tanto trabajo por una simple gata. La cuido. No la mimo, ni la echo a perder, sólo quiero que tenga cría."

—"Pero Madame —contestó el hombre—, usted no tendrá gata ni cría si se la trata en esta forma. Tiene una gata siamesa de pedigree muy valiosa. La mejor en toda Francia, yo lo sé, crié a su madre. Descuidar esta gata es mal negocio, es como usar un anillo de diamantes para cortar vidrio."

—"A usted no lo conozco —contestó Mme. Diplomat—. ¿Está el chófer allí?, quiero hablar con él."

En silencio el hombre pasó el teléfono a Gastón. Por un rato el torrente de palabras de la patrona fue tal que ahogaba los sentidos. Por fin, después de mucho pelear, llegaron a un acuerdo. Yo debía quedarme en donde estaba, hasta que mejorara.

Gastón partió, pensando en Mme. Diplomat y temblando. Quedé tendida sobre la mesa mientras la mujer y el hombre trabajaban sobre mí. Sentí un pequeño pinchazo, y sin poder reaccionar, me quedé dormida.

Era una sensación muy rara. Soñé que estaba en el cielo y que muchos gatos me hablaban, preguntándome de dónde venía, qué hacía, y de dónde eran mis padres. Hablaban con típico acento franco-siamés. Pesadamente levanté la cabeza y abrí los ojos. Sorprendida por lo que me rodeaba se me irguió la cola y se me erizaron los pelos a lo largo del espinazo. A corta distancia de mi nariz había una puerta de alambre tejido. Estaba acostada sobre paja limpia. Del otro lado de la puerta de alambre había un gran cuarto que contenía gatos de todas clases y algunos perros pequeños. Mis vecinos, a ambos lados, eran gatos siameses.

—"¡Ah! ¡Qué dolor moverse!" —dijo uno.

—"¡Cómo colgaba tu cola cuando te trajeron!"— expresó otro.

—"¿De dónde viniste?" —gritó un persa desde el otro lado del cuarto.

—"Estos gatos me enferman" —gruñó un perrito pequinés desde una caja que estaba sobre el piso.

—"Sí —murmuró un perrito que no podía ver—, estas damiselas se las verían negras por mis barrios."

Cerca de mí alguien dijo: "¡escuchen a ese *yankee,* no ha estado aquí suficiente tiempo para poder hablar! ¡No es más que un pensionista!".

—"Yo soy Fifí —respondí tímidamente—. No sabía que hubiera más gatos siameses que yo y mi madre."

Por un rato hubo silencio en la habitación grande, luego lo interrumpió una gran algarabía al entrar un hombre que traía comida.

Todos hablaban a la vez. Los perros querían comer primero y los gatos decían que los perros eran unos cerdos egoístas. El ruido de los platos de comida y el agua que llenaba los bebederos. Luego el sonar de mandíbulas de los perros comiendo.

El hombre se acercó y me miró. Entró la mujer y también se acercó.

—"Está despierta" —dijo el hombre.

—"Linda gatita" —acotó la mujer.

—"Tendremos que ponerla de pie nuevamente, no tendrá cría en este estado."

Me trajeron una abundante porción de comida, y siguieron con los demás. No me sentía del todo bien, pero pensé que no comer sería de muy mal gusto, y terminé con todo lo que me habían servido.

—"¡Ah! —exclamó el hombre—. Estaba hambrienta."

—"Pongámosla en el anexo —sugirió la mujer—. Allí

tendrá más sol, creo que todos estos animales la molestan."

El hombre abrió mi caja, me acurrucó en sus brazos y me sacó por una puerta que no había visto antes.

—"Adiós —gritaron las gatas—, encantadas de haberte conocido. Recuerdos a los gatos cuando los veas."

Atravesamos la puerta y entramos a una habitación llena de sol donde había una gran jaula en el centro.

—"¿La va a poner en la jaula, Jefe?" —preguntó un hombre que no había visto antes.

—"Sí —replicó el hombre que me llevaba—, necesita muchos cuidados, no podría quedar preñada en estas condiciones."

El hombre abrió la puerta de la jaula grande y me puso adentro. Era linda, salvo por el olor a desinfectante. Había tres ramas, estantes y una agradable caja forrada, con paja en su interior. Recorrí la habitación cautelosamente, pues mi madre me había dicho que investigara muy bien cualquier lugar extraño antes de ubicarme. Había una rama muy acogedora y la arañé con mis pezuñas para demostrar que me había ambientado. Trepando la rama me di cuenta que podía mirar por encima de un cerco.

Era un espacio muy grande, cercado y cubierto completamente con alambre tejido. En el suelo había arbustos y árboles. Un magnífico gato siamés se paseó mientras lo observaba. Era de hermosa figura, largo y delgado, con hombros anchos y poseía la más negra de las caras que se pueda imaginar. Se paseaba lentamente cantando la canción de amor de última moda. Lo escuché extasiada, pero en ese momento estaba demasiado confundida como para contestarle. El corazón me dio un vuelco y tuve una sensación muy rara. Cuando se alejó se me escapó un suspiro y me quedé en la parte

más alta de la rama por un rato, como atontada. La cola me latía espasmódicamente, y las piernas me temblaban con emoción, casi no me sostenían. ¡Qué gato! ¡Qué figura soberbia! Me lo podía imaginar adornando un templo en el lejano Siam, con sacerdotes de togas amarillas que lo saludaban mientras él descansaba al sol. ¿Estaría equivocada? Sentí que miraba hacia donde yo estaba y la cabeza me empezó a dar vueltas; mis pensamientos se volcaban hacia el futuro. Despacio, temblando, descendí de la rama, entré en mi caja y me acosté para poder pensar mejor.

Esa noche no descansé bien. Al día siguiente el hombre dijo que tenía fiebre y que era a causa del viaje y de los olores del coche. ¡Pero YO sabía por qué tenía fiebre! Su cara negra y apuesta, y su elegante cola me habían perseguido durante mis horas de descanso. El hombre explicó que yo estaba en malas condiciones y debía descansar. Por cuatro días viví en esa jaula comiendo y descansando. Una mañana me llevaron a una casilla dentro de la jaula de alambre.

Después de ubicarme miré a mi alrededor y vi que había una pared de alambre entre mi compartimiento y el del gato buen mozo. Su habitación estaba bien arreglada, su paja limpia y observé que en su bebedero no flotaba tierra. En ese momento no estaba. Pensé que estaría en el jardín ocupándose de las plantas.

Cerré los ojos y dormité; pero una voz me sobresaltó y miré tímidamente hacia el alambrado.

—"Bien —dijo el gato siamés—, encantado de conocerte."

Su gran cara negra se apretó contra la puerta de alambre y sus ojos azules me transmitieron sus pensamientos...

—"Esta tarde nos casamos —dijo—, eso me gustará, ¿y a ti?"

Ruborizándome escondí la cara entre la paja.

—"Oh, no te preocupes, estamos haciendo un noble trabajo, no hay muchos de nuestra raza en Francia. ¡A ti también te gustará, ya verás!" —Se rio y volvió a sentarse para descansar de su caminata matinal.

A la hora del almuerzo entró el hombre y emitió una risita divertida al vernos sentados muy cerca el uno del otro, con sólo el alambre tejido separándonos, y cantando a dúo. El gato se levantó y le gritó al hombre:

—"¡Saque esta puerta de ... del medio!"

Y usó palabras que me volvieron a ruborizar. El hombre destrabó la puerta con calma, la enganchó a un costado, y se alejó.

¡Oh! Qué gato, qué ardor el de sus abrazos, las cosas que me dijo. Luego nos echamos uno al lado del otro en una suave tibieza ¡y tuve la escalofriante sensación que yo no era la primera! Me levanté y volví a mi habitación. El hombre volvió a entrar y cerró la puerta de alambre que nos separaba. Volvió a la tarde y me llevó otra vez a la jaula grande. Dormí profundamente.

A la mañana siguiente la mujer me llevó a la habitación en que había estado el primer día. Me depositó sobre la mesa, sosteniéndome con firmeza mientras el hombre me examinaba.

—"Tendré que ver a la dueña de esta gata, porque la han tratado muy mal. Mire —dijo, señalando mis costillas del lado izquierdo y haciendo presión donde aún estaba sensible—. Algo terrible le ha pasado, es un animal demasiado valioso para que se lo descuide.

—¿Podríamos ir para allá mañana y conversar con la dueña?" —la mujer parecía tener mucho interés en mí.

El hombre contestó:

—"Sí, la llevaremos de vuelta y así, al mismo tiempo, podremos cobrar nuestros honorarios. Le hablaré por teléfono y le diré que le entregaremos la gata, y de paso cobraremos el dinero".

Levantó el teléfono y habló con Mme. Diplomat. La única preocupación de ésta parecía ser que este "gato a domicilio" le costara algunos francos más. Cuando le aseguraron que no iba a ser así, accedió a pagar la cuenta ni bien yo fuera entregada. Estaba decidido. Me quedaría hasta la tarde siguiente y luego sería devuelta a Mme. Diplomat.

—"Toma, Jorge —dijo el hombre—, llévala otra vez hasta la jaula, se queda hasta mañana."

Jorge, un viejo encorvado que no había visto antes, se acercó y me levantó con asombroso cuidado. Depositándome sobre su hombro se alejó. Entramos a la jaula y cerró la puerta. Por unos momentos jugó delante de mis narices con un pedazo de piolín. "Pobrecita —murmuró—, ¡se nota que nadie ha jugado contigo en tu corta vida!"

Nuevamente sola trepé por la rama y miré por encima del alambrado. Ya no me sentía emocionada, sabía que el gato tenía muchas reinas y yo era una de la serie.

Una rama solitaria se mecía y arqueaba bajo un peso considerable. Mientras miraba, el gato saltó del árbol y se desplomó a tierra. Corriendo por la rama volvió a hacer lo mismo una y otra vez. Lo observé fascinada, luego me di cuenta que era su ejercicio matinal. Perezosamente, por falta de algo mejor que hacer, me tiré sobre la rama y me afilé las uñas hasta que brillaron como las perlas que usa Mme. Diplomat alrededor de su cuello. Luego, aburrida, me senté al sol.

Más tarde, cuando ya el sol se hubo puesto, desplazándose hacia el otro lado de Francia, desperté al arru-

llo de una voz maternal. Espiando con dificultad a través de una ventana, casi fuera de mi alcance, vi a una gata —una vieja reina— que ya había visto muchos veranos. Era decididamente gorda. Estaba sentada en el alféizar de la ventana lavándose las orejas, y pensé que sería agradable conversar un rato.

—"¡Ah! —dijo—, estás despierta. Espero que estés disfrutando de tu estadía aquí; nos enorgullecemos de prestar el mejor servicio de Francia. ¿Estás comiendo bien?"

—"Sí, gracias —contesté—, me están cuidando muy bien. ¿Eres tú la matrona de este lugar?"

—"No —contestó—, aunque mucha gente cree que lo soy. Tengo la responsabilidad de iniciar a los nuevos gatos en sus obligaciones. Les doy el espaldarazo inicial antes que los pongan en circulación. Es un trabajo muy importante y delicado."

Nos sentamos un rato en silencio, absorbidas por nuestros pensamientos.

—"¿Cómo te llamas?" —pregunté.

—"Bolita-de-grasa" —contestó—, "era muy gorda, y mi piel relucía como manteca, pero eso era hace mucho tiempo, cuando era joven —y agregó—, ahora tengo a mi cargo varias tareas (aparte de la de que te hablé), también vigilo la despensa para cuidar que no nos molesten las lauchas."

Entretenida en la enumeración de sus obligaciones me preguntó:

—"¿Has probado ya nuestra carne de caballo? Tienes que probarla antes de irte, es realmente deliciosa, lo mejor que se pueda pedir. Creo que tendremos eso para la cena, porque vi a Jorge prepararla hace un rato —hizo una pausa y luego, con satisfacción, añadió—: Sí, estoy segura que vamos a tener carne de caballo para cenar".

Nos sentamos un rato y nos lavamos, luego la señora Bolita-de-grasa dijo:

—"Bueno, debo irme, me ocuparé de que te den una buena porción, ¡creo oler a Jorge, que viene con la comida!"

Saltó de la ventana. En la pieza contigua se oían gritos y ruidos. "¡Carne de caballo, a mí primero!" "Que me muero de hambre — ¡rápido Jorge!" Pero Jorge no se inmutaba, por el contrario, atravesó la pieza grande y se dirigió derecho hacia mí, para servirme primero.

—"Tú primero, gatita —me dijo—, los otros pueden esperar. Eres la más quietecita de todas, en premio te serviré primero."

Ronroneé para demostrar que apreciaba el honor y me puso delante una buena cantidad de carne. Tenía un aroma exquisito.

—"Apenas eres una gatita —dijo—, te la cortaré." Cortó el pedazo en trozos y con un "Buen provecho, gatita" se alejó para atender a los otros.

La carne estaba exquisita, era tierna y de sabor agradable. Terminé y me lavé la cara. Oí ruidos, y cuando alcé la vista, vi una cara negra, de ojos brillantes, en la ventana.

—"Estaba bueno, ¿no? —dijo Doña Bolita-de-grasa—, ¿qué te dije? Servimos la mejor carne de caballo. Pero espera y verás el desayuno, ¡PESCADO! Lo acabo de probar. Bueno, ¡que tengas buenas noches!", y con esto dio media vuelta y se fue.

¿Pescado? Ahora no podía pensar en comer, estaba satisfecha. Qué distinto a la comida de casa. Allí me daban las sobras de los humanos, todo mezclado con salsas que a veces me quemaban la lengua. Aquí los gatos vivían de acuerdo con el verdadero estilo francés.

El sol se ocultaba por el Oeste y la luz del día se

esfumaba. Los pájaros volvían a sus casas; los viejos cuervos llamaban a sus compañeros y discutían los acontecimientos del día. El crepúsculo se acentuaba, y los murciélagos pasaban volando; sus alas endurecidas crujían en la persecución de los insectos nocturnos. Por encima de los altos álamos la luna anaranjada se asomaba tímidamente, como dudando de despejar la oscuridad de la noche. Con un suspiro de satisfacción trepé despacio a mi cajón y me quedé dormida. Soñé, y todos mis deseos afloraron en mis sueños. Soñé que alguien me quería por lo que era, sólo como compañera. Mi corazón estaba lleno de amor, de contenido amor porque nadie en mi casa conocía mis anhelos y deseos. Ahora, vieja ya, estoy rodeada de cariño y lo devuelvo plenamente en retribución.

Padecemos penurias y privaciones, pero para mí ésta es la *verdadera* vida. Pertenezco a la familia y me quieren como a una persona de verdad.

La noche pasó. Estaba inquieta y molesta pensando en mi regreso a casa. ¿Debería sufrir de nuevo? ¿Tendría una cama de paja en lugar de diarios húmedos y viejos? Casi sin darme cuenta llegó el día. Un perro ladraba tristemente en la habitación grande.

"¡Quiero salir, quiero salir!", repetía. Cerca de allí un pájaro retaba a su compañero que se había retrasado con el desayuno.

Todo despertaba lentamente, con sus ruidos habituales. En la torre de la iglesia una campana tañía con su voz de bronce llamando a los humanos a alguna clase de oficio. "Después de Misa voy a la ciudad a comprar una blusa nueva, ¿me acercas?", preguntaba una voz femenina. Se alejaron antes que pudiera oir la contestación del hombre. El ruido de baldes me recordó

que pronto sería hora de desayunar. Desde el encierro de alambre tejido el apuesto gato alzó su voz en un canto de alabanza para dar la bienvenida al nuevo día.

La mujer vino con el desayuno.

—"Hola gata —me dijo—, come bien porque esta tarde vuelves a tu casa."

Ronroneé y me froté contra ella para demostrarle que había entendido. Usaba ropa interior con volados, y parecía estar de excelente humor. ¡A menudo sonrío cuando pienso cómo vemos a la gente, nosotros los gatos! Muchas veces podemos adivinar el talante de una persona por su ropa interior. Como ven, nuestro punto de vista es distinto.

El pescado estaba muy bueno, pero cubierto con una harina que tuve que raspar.

—"Está bueno, ¿no es cierto?" —dijo una voz desde la ventana.

—"Buen día, Doña Bolita-de-grasa —contesté—, sí, esto está muy bueno, pero ¿qué es lo que lo recubre?"

Doña Bolita-de-grasa rio de buena gana.

—"¡Oh! —exclamó—, ¡tú debes ser del campo! Aquí SIEMPRE, SIEMPRE, comemos cereales por la mañana; contienen vitaminas."

—"Pero ¿por qué no las tomé antes?"

—"Porque estabas en tratamiento, y las tomabas en forma de líquido —Doña Bolita-de-grasa suspiró—. Tengo que irme, ¡siempre hay tanto que hacer, y tan poco tiempo! Trataré de verte antes de que te vayas."

Sin darme tiempo a contestarle había saltado por la ventana. Pude oirla mientras se escabullía entre los arbustos.

En la pieza grande se oía una charla confusa. "Sí", decía el perro norteamericano, "entonces yo le dije, ¡no quiero que metas tus narices en MI poste de alumbra-

do!, siempre andas dando vueltas para ver qué puedes oler". Tong-Fa, un gato siamés que llegó durante la tarde, estaba hablando con Chawa. "Dime, ¿no se permite aquí investigar los terrenos?" Me acurruqué echándome a dormir, la charla me hacía doler la cabeza.

—"¡La ponemos en un canasto!"

Me desperté sobresaltada. El hombre y la mujer entraron a mi pieza por una puerta lateral.

—"¿Canasto? —preguntó la mujer—, no, a ella no es necesario ponerla en un canasto, la llevaré en mi falda."

Caminaron hacia la ventana y se detuvieron a conversar.

—"Ese Tong-Fa —murmuró la mujer—, es una lástima hacerlo dormir. ¿No podemos hacer nada?"

El hombre se movió incómodo y se frotó la barbilla.

—"¿Qué PODEMOS hacer?, es un gato viejo y está casi ciego. El dueño no tiene tiempo para él. ¿Qué podemos hacer?"

Hubo un largo silencio.

—"No me gusta —dijo la mujer—, ¡es criminal!"

El hombre guardó silencio. Me achiqué lo más que pude en un rincón de la jaula. ¿Viejo y ciego? ¿Era eso motivo para una sentencia de muerte? Ni un recuerdo para los años de amor y devoción; matan a los viejos que no pueden defenderse. Juntos, el hombre y la mujer, se dirigieron a la pieza grande y con mucho cuidado sacaron al viejo Tong-Fa de su jaula.

Promediaba la mañana. Tuve pensamientos sombríos. ¿Qué me pasaría a mí cuando fuera vieja? El Manzano me había dicho que iba a ser feliz; pero cuando se es joven e inexperta, la espera parece no tener fin.

Entró el viejo Jorge.

—"Aquí hay un poco de carne de caballo, gatita. Cómelo, porque pronto volverás a tu casa."

Ronroneé y me froté contra él. Jorge se agachó y me acarició la cabeza. Recién terminaba de comer y me estaba haciendo la *toilette,* cuando la mujer vino a buscarme.

—"¡Nos vamos, Fifí! —exclamó—, a casa de Madame Diplomat (la vieja bruja)."

Me levantó y salimos por la puerta lateral. Doña Bolita-de-grasa estaba esperando.

—"Adiós Fifí —gritó— vuelve a vernos pronto."

—"Adiós Doña Bolita-de-grasa —contesté—, muchas gracias por su hospitalidad."

La mujer caminó hasta un auto grande y viejo. Allí la esperaba el hombre. Subió, asegurándose de que las ventanillas estuviesen casi cerradas; luego subió el hombre y puso el motor en marcha. Y así partimos encaminándonos a mi hogar.

Capítulo III

El auto corría por la carretera. Altos álamos se erguían orgullosos a los costados del camino. Sus hileras se interrumpían a menudo testimoniando los estragos causados por una Gran Guerra, una guerra que sólo conocía de oídas, por haber escuchado a los seres humanos hablar de ella. Seguimos viajando, el camino parecía no tener fin. Pensé cómo funcionarían aquellos motores, que corrían tan rápido y tan continuadamente. Fue un pensamiento fugaz, porque mi atención se concentraba por entero en el paisaje que atravesábamos.

Durante una milla o más estuve sentada en la falda de la mujer. Pero la curiosidad me venció y tambaleándome, me dirigí hacia la parte posterior del coche; allí me senté en el respaldo del asiento trasero, donde había una Guía Michelín, mapas y algunas otras cosas. Podía ver el camino que dejábamos atrás. La mujer se acercó al hombre y se susurraron cosas dulces. Me pregunté si ellos también irían a tener gatitos.

Hacía ya una hora que el sol había surcado el cielo cuando el hombre dijo:

—"Ya tendríamos que estar llegando".

—"Sí —contestó la mujer—. Creo que es la casa grande que está a una milla y media después de la Iglesia. Pronto la encontraremos."

Ahora íbamos más despacio, disminuyendo la veloci-

dad al doblar para entrar por la avenida. Nos encontramos con que el portón estaba cerrado. A un discreto bocinazo un hombre salió corriendo de su casilla y se acercó al auto. Al verme, me reconoció, y abrió el portón. Me emocionó comprobar que mi sola presencia había servido para hacer abrir el portón, sin más explicaciones.

Avanzamos, y el portero me saludó al pasar. Pensé que mi vida había estado muy limitada porque ni siquiera conocía la existencia de la casilla y del portón. Mme. Diplomat de pie al lado de uno de los canteros, conversaba con uno de los ayudantes de Pierre. Al vernos llegar se acercó. El hombre detuvo el auto, bajó, y le hizo una reverencia muy cortés.

—"Le hemos traído su gatita, Madame —dijo—, y aquí tiene una copia certificada del pedigree del gato macho."

Los ojos de Mme. Diplomat se abrieron asombrados al verme sentada en el auto.

—"¿No la encerraron en una caja?" —preguntó.

—"No, Madame —contestó el hombre—, es una buena gatita y se ha comportado muy bien durante todo el tiempo que estuvo con nosotros. La consideramos una gata excepcionalmente bien educada."

Sentí que el elogio me turbaba y confieso que tuve la suficiente mala educación como para ronronear afirmativamente. Mme. Diplomat se volvió hacia el jardinero y con voz imperiosa le dijo:

—"Corre a la casa, dile a Mme. Albertine que la necesito al instante".

—"Sí —gritó el gato del portero, desde atrás de un árbol—. ¡Yo sé donde has estado! Los gatos atorrantes como nosotros no somos suficiente para ti, ¡tienes que tener niños BIEN!"

—"Oh, cielos —exclamó la mujer en el auto—, hay un gato. A Fifí se la debe alejar de los gatos."

Madame Diplomat giró sobre sus talones y le tiró un palo que recogió del suelo. Pero le erró por varios pies.

"—Ja, ja —rio el gato, mientras disparaba—. No alcanzarías la torre de una iglesia con una escoba aunque estuvieras a seis pulgadas de distancia. Vieja hija..."

Me volví a ruborizar. El lenguaje era terrible y experimenté gran alivio cuando vi que Mme. Albertine se acercaba a todo correr. Su cara irradiaba felicidad. Le aullé y salté en dirección a sus brazos, expresándole cuánto la quería, cuánto la había extrañado y todo lo que me había sucedido. Por un momento estuvimos abstraídas de todo lo que no fuera nuestra mutua contemplación; luego la voz áspera de Mme. Diplomat nos volvió a la realidad.

—"Albertine —gritó—. ¿Te has dado cuenta que me estoy dirigiendo a ti? ¡Presta atención!"

—"Madame —dijo el hombre que me había traído—, esta gata estaba muy descuidada. No le han dado de comer lo suficiente. Las sobras no alcanzan para una gata siamesa de pedigree, además tiene que tener una cama tibia y cómoda. Esa gata es VALIOSA —prosiguió—, y podría ser un gato de exposición si estuviera mejor cuidada."

Mme. Diplomat me dirigió una mirada arrogante.

—"Esto no es nada más que un animal, señor. Le pagaré la cuenta, pero no trate de enseñarme lo que debo hacer."

—"Pero Madame, estoy tratando de salvar su valiosa inversión" —dijo el hombre.

Lo hizo callar mientras leía la cuenta, mirando con desagrado su enumeración detallada. Luego, abrió la cartera, sacó su libreta de cheques y escribió algo

sobre un pedazo de papel antes de alcanzárselo. Después, bruscamente, se dio vuelta y se marchó.

—"Tenemos que pasar por esto todos los días" —le murmuró Mme. Albertine a la mujer.

La pareja asintió moviendo la cabeza en un gesto de comprensión y se dirigió hacia el auto.

Mi ausencia había durado casi una semana y entretanto pasaron muchas cosas. El resto del día estuve yendo de un lugar a otro, renovando contactos anteriores, y leyendo todas las noticias. Luego descansé por un rato acurrucada y segura, sobre la rama de mi viejo amigo, el manzano.

La cena consistió en las sobras acostumbradas, de buena calidad, pero sobras al fin. Pensé en lo maravilloso que sería comer algo comprado especialmente para mí en lugar de tener siempre sobras. Al caer la noche llegó Gastón en mi busca; al encontrarme me levantó bruscamente del suelo y corrió de prisa hacia el galpón. Empujando la puerta, me tiró en la oscuridad, cerró de un golpe la puerta y se fue. Siendo francesa me duele tener que admitir que los franceses no son muy amables con los animales.

Los días se alargaron en semanas. Gradualmente fui tomando aspecto de matrona y mis movimientos se hicieron más lentos. Una noche, cuando ya casi estaba en fecha, Pierre me tiró con brutalidad dentro del galpón, y al caer sobre el piso de cemento sentí un dolor terrible, como si me partieran en dos. Con dolor, en la oscuridad de ese frío galpón, nacieron mis cinco hijitos. Cuando pude recuperarme un poco, desparramé unos papeles y les hice un nido abrigado, luego los llevé uno por uno.

Al día siguiente nadie vino a verme. Cuando promediaba el día todavía estaba alimentando a mis hijitos.

La noche me encontró desmayada de hambre y sed. En el galpón no había ni agua ni comida. Y el día siguiente no trajo ningún alivio; no vino nadie y las horas se arrastraron penosamente. La sed era casi insoportable y me atormentaba pensando cuál sería la razón de mis sufrimientos. Al caer la noche las lechuzas bajaron y chistaron sobre las lauchas que habían cazado. Mis gatitos y yo permanecíamos tirados y muy juntos, mientras cavilaba la forma de poder sobrevivir y alcanzar el día siguiente.

El día ya estaba bastante avanzado cuando oí pasos. Se abrió la puerta y vi a Madame Albertine pálida y enferma. Se había levantado ex profeso de la cama, presintiendo mis dificultades. Como era su costumbre, me trajo comida y agua. Uno de mis bebés había muerto durante la noche, y Madame Albertine estaba demasiado furiosa como para hablar.

Su enojo fue tan grande al ver la forma en que me habían tratado que fue a buscar a Mme. Diplomat y a Monsieur le Duc. A Mme. Diplomat le dolió la muerte de uno de los gatitos sólo por la pérdida de dinero que eso significaba. Monsieur le Duc esbozó una sonrisa triste y dijo: "Tal vez podamos hacer algo. Alguien debe hablar con Pierre".

Poco a poco mis hijitos fueron tomando fuerzas y al fin abrieron los ojos. La gente vino a vernos, el dinero cambió de manos, y casi antes de destetarlos, me los sacaron. Deambulé sin consuelo por la residencia y como mis lamentos molestaban a Mme. Diplomat ordenó que me encerraran hasta calmarme.

Para entonces ya estaba acostumbrada a que se me exhibiera en las reuniones sociales, y no pensaban dos veces antes de sacarme de mi trabajo en el jardín para pasearme por el salón.

Pero un día sucedió algo distinto. Me llevaron a una pequeña habitación donde estaba Mme. Diplomat sentada a un escritorio, con un hombre desconocido frente a ella, escribiendo.

—"¡Ah! —exclamó cuando me trajeron—, ¿así que éste es el gato? —me examinó en silencio, puso cara de circunstancias y jugó con una de mis orejas—. Está algo descuidada. Doparla para que pueda ser transportada como equipaje a bordo de un avión afectaría su salud."

Mme. Diplomat lo miró con mala cara.

—"No le estoy pidiendo un sermón, Señor Veterinario —dijo—. Si no hace lo que le pido, habrá muchos otros quo lo harán. ¡Cielos —protestó con furia—, cuánto alboroto por una simple gata."

El Señor Veterinario se encogió de hombros.

—"Muy bien, Mme. —contestó—. Haré lo que usted desee, pues tengo que ganarme la vida. Llámeme más o menos una hora antes de la partida del avión."

Se levantó, buscó su valija, y salió de la habitación. Mme. Diplomat abrió la ventana y me echó al jardín.

En la casa imperaba un clima de excitación contenida. Grandes cajones se sacaban y limpiaban, y el nuevo rango de Monsieur le Duc se pintaba sobre ellos. Llamaron a un carpintero y le pidieron que confeccionara un cajón capaz de llevar a un gato y que cupiera en una valija. Mme. Albertine se agitaba de un lado para otro, mirando como si esperara que Mme. Diplomat se cayera muerta.

Una mañana, alrededor de una semana después, Gastón vino al galpón a buscarme y me llevó al garaje sin darme el desayuno. Le dije que tenía hambre, pero no me entendió, como de costumbre. La mucama de Mme. Diplomat, Ivette, estaba esperándonos en el Citroën. Gastón me colocó en una canasta de mimbre

cerrada por una tapa con correas, y me depositaron sobre el asiento de atrás. Partieron a gran velocidad.

—"Yo no sé por qué quieren dopar a la gata —dijo Ivette—, los reglamentos dicen que un gato puede entrar a los Estados Unidos sin ninguna dificultad."

—"¡Uf! —respondió Gastón—, esa mujer está loca, yo ya abandoné la idea de tratar de adivinar qué es lo que le da cuerda!"

Quedaron en silencio y se concentraron en manejar cada vez más rápido. Los barquinazos eran terribles; mi peso no era suficiente para aplastar los resortes del asiento, y cada vez me machucaba más con los golpes que me daba contra los costados de la canasta y contra la tapa.

Me esforcé por mantener las piernas estiradas, y clavé las uñas en la canasta. Fue una batalla verdaderamente dura. Trataba de evitar los golpes para no quedar inconsciente. Perdí la cuenta del tiempo. Y de pronto frenamos estrepitosamente. Gastón alzó mi canasta, subió corriendo los escalones y penetró en una casa. Tiraron la canasta sobre una mesa y levantaron la tapa. Unas manos me levantaron y me depositaron sobre una mesa. Me tendí a lo largo, puesto que mis piernas ya no me soportaban, había estado demasiado tiempo en tensión. El Señor Veterinario me miró con horror y compasión.

—"Podrían haber matado a esta gata —le dijo con furia a Gastón—, hoy no le puedo dar una inyección."

La cara de Gastón enrojeció de ira.

—"Dope a esta gata de..., el avión sale hoy, le han pagado, ¿no es cierto?"

El veterinario levantó el teléfono.

—"Es inútil telefonear —dijo Gastón—. La familia está en el aeropuerto de Le Bourget, y estoy apurado."

Con un suspiro el veterinario levantó una jeringa y

se volvió hacia mí, sentí un agudo y doloroso pinchazo en los músculos y luego todo se puso rojo y negro. Mientras desfallecía oí una voz exclamar: "¡Tome! eso la tendrá quieta por..." Luego un completo olvido de todo descendió sobre mí.

Percibí un terrible rugido. Me sentía desamparada y con frío, y respirar me costaba gran esfuerzo. Ni un rayo de luz por ninguna parte. Nunca conocí tanta oscuridad. Por un momento pensé que estaba ciega. La cabeza se me partía, nunca me había sentido tan enferma y desamparada.

Hora tras hora continuó el terrible rugido, creí que me iba a explotar el cerebro. Tuve extrañas presiones en los oídos y algo me latía adentro. El rugido cambió, tornándose más intenso, luego un terrible golpe me tiró violentamente contra la tapa de mi cajón. Varios golpes más y el rugido cesó. Siguió un extraño ruido, como el de las ruedas de un auto veloz sobre una carretera. Unos golpes raros y el rugido calló. Pero sobrevinieron otros ruidos, el rasqueteo del metal, varias voces mezcladas y un *chuc-chuc* directamente debajo de donde estaba. Con gran estrépito se abrió una puerta de metal, y haciendo mucho ruido penetraron en el compartimiento varios hombres desconocidos. Manos torpes se apoderaron de las valijas y las tiraron sobre un cinturón que se movía y las llevaba afuera. Cuando llegó mi turno navegué por el espacio y fui a caer, con un golpe terrible. Algo hizo *pum-pum* y *tras-tras* debajo de mí. Otro golpe y el viaje terminó. Caí de espaldas y vi el cielo a través de unos agujeros para la ventilación. "¡Eh, éste es un gato!" dijo una voz extraña. "¿Y qué? a nosotros no nos importa", contestó otro hombre. Sin ninguna ceremonia tomaron mi valija y la tiraron sobre un vehículo. Una vez que hubieron apilado a mi alrededor

otras valijas el motor arrancó, haciendo un ruido ronco. El dolor y el choque me hicieron perder el conocimiento.

Cuando abrí los ojos me di cuenta que estaba mirando una bombilla eléctrica a través de un alambre tejido. Me puse de pie y, débilmente llegué hasta un plato de agua que vi cerca. El esfuerzo de beber era demasiado para mí, y lo mismo el de seguir viviendo, pero después de beber me sentí mejor.

—"Bueno, bueno —exclamó una voz gruesa—. Ya está despierta."

Miré y vi a un hombrecito negro que estaba abriendo una lata de comida.

—"Sí Señora —dijo—, usted y yo tenemos las caras negras, creo que la estoy cuidando bien, ¿no?" —Deslizó la comida adentro de la jaula y yo me ingenié para hacerle un débil ronroneo, y demostrarle así que agradecía su amabilidad. Me acarició la cabeza y agregó: ¡Hola, esto ya es algo! —y hablando consigo mismo— "¡espera que le cuente a Sadie!"

Era maravilloso poder comer otra vez, aunque no mucho, porque me sentía muy mal, pero hice un esfuerzo para que el hombre negro no se sintiera ofendido. Mordisqueé otro poquito y bebí. Después sentí sueño. Había una manta en un rincón, sobre la que me acurruqué quedándome dormida.

Me di cuenta que estaba en un hotel. El personal del hotel no hacía más que bajar al sótano para verme.

—"¡Oh! ¡qué bonita!" —dijeron las mucamas.

—"¡Miren esos ojos! ¡Son hermosos!" —dijeron los hombres.

Una de las visitas fue muy bien recibida, era un *chef* francés. Lo había llamado por teléfono uno de mis admiradores.

—"¡Eh, François, baja tenemos una gata siamesa fran-

cesa!" —y minutos más tarde apareció un hombre gordo caminando por el corredor.

—"¡Así que tienen una gata francesa no!" —les dijo a los hombres que me rodeaban.

Yo ronroneaba cada vez más alto, su presencia me permitía estrechar vínculos con Francia. Se acercó y me espió cuidadosamente, como si fuera miope, y luego empezó a hablar como una ametralladora en su francés de acento parisiense. Yo le gritaba que le entendía perfectamente.

—"¡Oigan! —exclamó una voz—, ¿qué me cuentan?, el viejo francés y la gata se entienden a la perfección."

El hombre negro abrió la jaula y de un salto fui a parar a los brazos de François, quien me besó mientras le brindaba algunos de mis mejores lengüetazos; luego me volvieron a poner en la jaula. François tenía lágrimas en los ojos.

—"Señora —me dijo el sirviente negro—, has dado en el blanco, ahora vas a comer muy bien."

Me gustaba el camarero porque tenía la cara negra como yo. Pero a mí las cosas agradables no me duraban mucho. Dos días después nos mudamos a otra ciudad de los Estados Unidos y allí me tuvieron casi todo el tiempo en el sótano. Durante los años que siguieron mi vida fue siempre igual, día tras día, mes tras mes. Me usaban para reproducir gatitos que me quitaban casi antes de destetarlos.

A Monsieur le Duc lo llamaron por fin a Francia. Me volvieron a dopar y no supe nada más hasta que desperté, enferma, en Le Bourget.

La vuelta al hogar que yo había esperado con tanto anhelo, fue un acontecimiento triste. Madame Albertine ya no estaba, había muerto unos meses antes de nuestro

retorno. El Viejo Manzano había sido cortado y la casa estaba llena de cambios.

Por algunos meses vagué sin consuelo, trayendo al mundo varias crías, que me quitaban antes de tiempo. Mi salud comenzó a declinar y cada vez me nacían más gatitos muertos. Mi vista se tornó algo insegura, y aprendí a "palpar" las cosas. ¡No olvidaba que a Tong-Fa lo mataron porque estaba viejo y ciego!

Cumplidos dos años de nuestro retorno de América, Mme. Diplomat quiso ir a Irlanda para conocer el lugar y ver si era adecuado para vivir. Tenía una idea fija: que yo le había traído suerte (aunque no por eso era más amable conmigo) y yo también tuve que ir a Irlanda con ella. Otra vez me llevaron a un lugar para doparme, y por un tiempo se interrumpió la Vida para mí. Mucho, pero mucho más tarde, desperté en una casa desconocida, dentro de un cajón forrado de género. Se oía el constante rugir de aviones en el cielo y el olor de las turbinas me hacía cosquillas en la nariz haciéndome estornudar. "Está despierta", dijo una típica voz irlandesa. ¿Qué había sucedido? ¿Dónde estaba? Me asusté, pero estaba demasiado débil para moverme. Solamente más tarde, al oir una conversación humana, y después de enterarme por un gato del aeropuerto, supe toda la historia.

El avión había aterrizado en el aeropuerto de Irlanda y unos hombres habían transportado el equipaje.

—"Eh, Patricio, aquí hay un gato viejo muerto" —dijo uno de los hombres. Y Patricio el capataz vino a ver.

—"Busca al inspector."

Un hombre habló por teléfono y llegó un inspector del Departamento de Animales. Abrieron mi caja y me sacaron con mucho cuidado.

—"Busquen al dueño" —ordenó el inspector.

Mientras esperaban me examinaron. Mme. Diplomat caminó enojada hasta el pequeño grupo que me rodeaba. Comenzó a hablar y a contar lo importante que era, pero el Inspector la interrumpió con sequedad.

—"La gata está muerta —dijo—, muerta por crueldad innecesaria y por negligencia. Está preñada, y la han dopado para evitar la cuarentena. Esto configura una grave trasgresión."

Mme. Diplomat comenzó a llorar, diciendo que si la acusaban de semejante delito se vería afectada la carrera de su marido. El Inspector se pellizcó el labio inferior, y tomando una rápida decisión dijo:

—"El animal está muerto. Firme una autorización para que podamos disponer del cuerpo y no diremos nada más de todo esto. ¡Pero le aconsejo NO traer gatos otra vez!"

Mme. Diplomat firmó el papel que le extendían y se retiró moqueando.

—"Muy bien, Brian —dijo el inspector—, deshágase del cuerpo" —y se alejó.

Uno de los hombres me puso otra vez dentro de la caja y salió conmigo. Oí vagamente el ruido de tierra removida, y el tintineo del metal sobre la piedra. Era como si una pala raspara alguna obstrucción. Luego me levantaron y pude oir que exclamaban: "¡Santo Cielo! ¡Está viva!" En ese momento volví a perder el conocimiento. El hombre, según me contaron más tarde, miró a su alrededor subrepticiamente, y luego, cuando estuvo seguro que nadie lo miraba, volvió a llenar la fosa que había cavado para mí y corrió llevándome a una casa cercana. Y no supe nada más hasta que una tonante voz irlandesa dijo:

—"Está despierta".

Unas manos suaves me acariciaron y alguien mojó mis labios con agua.

—"Sean —continuó la voz— esta gata está ciega. Estuve haciendo oscilar una luz delante de sus ojos. No la vio."

El terror me invadió al pensar que me matarían a causa de mi edad y ceguera.

—"¿Ciega? —dijo Sean—, es un animal verdaderamente hermoso. Voy a ver al Jefe para pedirle franco el resto del día, y se la llevaré a mi madre, ella me la cuidará. No la podemos tener aquí."

Oí el ruido de una puerta que se abría y cerraba. Manos gentiles pusieron comida debajo de mi boca, y como estaba famélica, comí. Por dentro los dolores eran terribles, y pensé que mi fin había llegado. Había perdido completamente la vista. Más tarde, viviendo con el Lama, éste gastó mucho dinero tratando de curarme, pero nada se pudo hacer a causa de que mis nervios ópticos fueron lastimados por los golpes que recibiera. La puerta se abrió y volvió a cerrarse.

—"¿Y?" —preguntó la mujer.

—"Le dije al Jefe que me molestaba la idea de que un animalito de Dios fuera tratado de esa manera. Y él contestó: «Ah, por supuesto Sean, siempre fuiste flojo para esas cosas, sí, dispone de tu tiempo». Y aquí me tienes, ¿cómo está?"

—"¡Hum! más o menos —contestó su esposa—, le mojé los labios y comió un poco de pescado. Se recobrará, pero lo ha pasado muy mal."

El hombre anduvo por ahí un rato.

—"Tráeme un poco de comida, Mary, luego le llevaré la gata a mamá. Voy a revisar las llantas."

Suspiré, ¡viajar otra vez! El dolor era terrible. A mi alrededor oía ruido de platos, y el sonido del fuego

crepitando. De pronto la mujer se dirigió a la puerta y llamó:

—"El té, Sean, la pava hierve".

Sean entró y oí cómo se lavaba las manos antes de sentarse a comer.

—"Deberemos mantener todo esto en reserva —dijo Sean—, o tendremos a la autoridad detrás de nosotros. Si la podemos curar, sus gatitos nos darán dinero. Estos animalitos son muy valiosos, ¿sabes?"

Su esposa le sirvió una taza de té antes de contestar.

—"Tu madre sabe mucho de gatos, ella la va a curar. Vete ya, antes que los otros salgan del trabajo."

—"Sí, ya voy" —asintió Sean, corriendo estrepitosamente la silla al ponerse de pie.

Se me acercaron y sentí que levantaban mi caja.

—"No puedes poner la caja sobre el portaequipaje, Sean —dijo la mujer—, llévala bajo el brazo, te prepararé un cabestrillo para que soportes el peso con los hombros, y no es porque ELLA sea demasiado pesada, ¡pobrecita!"

Sean se volvió y salió de la casa llevando una correa sobre los hombros y alrededor de mi caja. El fresco aire irlandés penetraba perfectamente en la caja proporcionándome su vigorizante aroma a mar. Esto me hizo sentir mucho mejor, ¡si al menos me pasara algo el dolor!, pensé. Viajar en bicicleta era una experiencia nueva para mí. La brisa suave atravesaba los orificios de la caja y un leve vaivén, que no era desagradable por cierto, me recordaba la sensación de estar acostada sobre una rama alta que se mece con el viento. Un ruido extraño me turbó por un rato, era algo que crujía. Al principio pensé que se estaba rompiendo mi caja, pero luego de una cuidadosa concentración concluí que el asiento sobre el que estaba Sean necesitaba aceite. De

pronto llegamos a una cuesta. El aliento de Sean se hacía pesado y los pedales se movían cada vez más despacio, hasta que se detuvieron. "¡Por Dios!", exclamó. "¡Qué caja pesada!" y apoyando mi caja sobre el asiento, murmuró: "¡Y cómo crujía!" Prosiguió cuesta arriba empujando despacio la bicicleta. Oí el ruido de una madera chocar contra el metal, y el portón se cerró de golpe detrás de nosotros. "¿Adónde iré a parar ahora?", pensé. Me llegó el olor agradable de las flores y lo aspiré apreciativamente.

—"¿Qué me has traído, hijo?" —preguntó una voz cascada.

—"Te la he traído, madre" —contestó Sean con orgullo.

Apoyando su máquina contra la pared, levantó mi caja, se limpió cuidadosamente los pies y entró. Se sentó con un suspiro de alivio y contó a su madre toda la historia —tal como él la sabía— sobre mí. Tanteando la tapa de la caja, la tiró hacia atrás. Por un momento se hizo el silencio. Luego:

—"¡Ah!, qué hermoso animal debe haber sido en sus buenos tiempos. Mírala ahora, el pelaje áspero, descuidado. Fíjate cómo se le notan las costillas. ¡Ah!, es una vergüenza tratar a los animales con tanta crueldad!"

Por fin me levantaron y pusieron sobre el piso. Es desconcertante perder de golpe la vista. Al principio, cuando intenté mis primeros pasos, me llevé las cosas por delante. Sean murmuró:

—"Madre, no te parece que debiéramos... Tú debes saber".

—"No hijo, no, éstos son gatos muy inteligentes. Recordarás que te dije que los había visto en Inglaterra. ¡No, no!, dale tiempo, ella se arreglará."

Sean se volvió hacia su madre.

—"Madre, me voy a llevar la caja para devolvérsela al Jefe mañana."

La vieja se afanó trayéndome agua y comida y, lo más necesario, ¡conduciéndome a un cajón de tierra! Sean partió finalmente con la promesa de volver a los pocos días. La vieja cerró la puerta con llave cuidadosamente y arrojó otro pedazo de carbón al fuego, murmurando todo el tiempo entre dientes, en una lengua que me imaginé era el idioma irlandés. A los gatos, por supuesto, el idioma no les interesa mucho porque conversamos y escuchamos por telepatía. Los seres humanos *piensan* en su propio idioma y a veces es un poco confuso para un gato siamés francés entender las figuras del pensamiento formadas en algún otro idioma.

Nos acostamos a dormir bien pronto, yo en mi cajón, al lado del fuego, y la vieja en un sofá, al otro lado de la pieza. Estaba exhausta, pero el dolor que me consumía por dentro me impedía dormir. Finalmente el cansancio venció al dolor, y me dormí. Tuve sueños terribles. ¿Adónde había llegado? Me preguntaba en sueños, ¿por qué tenía que sufrir así? Temía por mis hijitos que estaban por llegar. Tenía miedo que murieran al nacer y también temía que nacieran, pues, ¿qué futuro les esperaba? ¿Podría alimentarlos en el estado de debilidad en que me encontraba?

Cuando amaneció la vieja comenzó a moverse. Los resortes del sofá crujieron al levantarse para remover el fuego. Se hincó a mi lado y acariciándome la cabeza, me dijo:

—"Me voy a Misa, luego vamos a comer algo".

Se puso de pie y salió rápidamente del cuarto. Oí cómo sus pisadas se perdían en el sendero. En el portón del jardín hubo un *click* y luego el silencio. Me di vuelta y me dormí otra vez. Al fin del día ya había recobrado

algo las fuerzas. Podía moverme despacio. Al principio me llevé casi todo por delante, pero pronto aprendí que los muebles casi nunca se mueven. Me acostumbré con el tiempo a girar sin golpearme mucho. Nuestros bigotes actúan como un radar y podemos guiarnos en la más oscura de las noches, donde ni siquiera hay un rayito de luz que alumbre. ¡Ahora mis bigotes tenían trabajo extra!

Unos días más tarde la vieja le dijo a su hijo, cuando fue a visitarla:

—"Sean, limpia el galpón, voy a instalarla allí. Como está ciega, y yo tampoco veo bien, tengo miedo de llevármela por delante y lastimar los gatitos, que nos reportarán unas buenas libras esterlinas".

Sean salió y en seguida oí gran estrépito en el galpón. Cosas que se movían. Apilaban carbón. Luego entró, y dijo:

—"Ya está todo listo, madre, puse diarios apilados en el suelo y tapé las ventanas".

Bien, mi cama sería otra vez de diarios. Ahora irlandeses. "Bueno, pensé, el manzano me predijo hace años que los alumbramientos se producirían en las horas más negras." La fecha se aproximaba. El galpón era de planchas alquitranadas con una puerta de juncos y el piso de tierra apisonada. Sobre las paredes se almacenaba una colección de enseres domésticos, pedazos de carbón y cajas vacías. Por algún extraño motivo la vieja usaba un inmenso candado para cerrar la puerta. Cada vez que venía a verme se quedaba parada murmurando y manipulando llaves hasta que encontraba la que correspondía. Por fin, una vez abierta la puerta, entraba tanteando el camino en la penumbra. Sean quería arreglar la ventana para que hubiera más claridad —por ese agujero oscuro no entraba ni un rayo de luz—, pero

como decía la vieja: "el vidrio cuesta plata, hijo, el vidrio cuesta plata. Espera a tener los gatitos y venderlos".

Pasaban los días. Tenía comida y agua, pero mis dolores eran constantes. La comida era magra, lo suficiente para mantenerme con vida, pero insuficiente para reponerme de mi debilidad. Vivía sólo para dar a luz a mis gatitos. Luchaba por conservarme viva. Ciega, enferma, y siempre con hambre trataba de mantenerme firmemente ligada a la vida, y en la fe de aquellos futuros "días mejores".

Después de algunas semanas en Irlanda advertí que mis gatitos iban a nacer. Me costaba movilizarme y el dolor aumentaba. Ya no podía estirarme del todo, ni tampoco acurrucarme hecha un ovillo.

Sentía algo adentro. Sólo podía descansar sentada, con el pecho apoyado sobre una cosa dura, liberando así mis extremidades inferiores del peso del cuerpo.

Dos o tres noches más tarde, alrededor de la medianoche me atravesó un dolor terrible, y grité como si estuviera en agonía. Lentamente, con enorme esfuerzo, llegaron mis gatos al mundo. Tres de los cinco estaban muertos. Durante horas no hice más que boquear, todo mi cuerpo era una llama. Esto, pensé, es el fin de mi vida, pero no fue así. Seguí viviendo.

La vieja llegó al galpón por la mañana y dijo cosas terribles cuando encontró tres gatitos muertos. Cosas tan terribles que luego tuvo que rezar una oración para pedir perdón. Pensé que ahora, con dos gatitos que amamantar, me llevarían a la casa, donde había calor y algo más que diarios en que dormir. Pero la vieja parecía odiarme por haber tenido solamente dos gatitos.

—"Sean —le dijo un día a su hijo—, esta gata no va a vivir más que dos o tres semanas. Trata de hacer

correr la voz de que tengo dos gatos siameses para vender."

Me debilitaba día a día. Ansiaba la muerte, pero temía por mis gatitos. Un día, cuando estaban casi destetados, llegó un auto a la puerta. Desde el galpón podía oirlo todo. Oí el *click* del portón que se abría y dos personas avanzaron por el sendero. Golpearon a la puerta de la casita. Minutos más tarde ésta se abrió. Una voz de mujer dijo:

—"Me han dicho que tienen un gatito siamés para vender".

—"Ah, ¿quieren pasar?" —contestó la vieja.

Por un rato hubo silencio, luego vino la vieja a llevarse uno de mis hijitos. Minutos más tarde volvió, murmurando de mal humor, "¡y para qué querrán verte a ti!" Y me levantó con tal violencia que grité de dolor. Pero con muestras de gran afecto me llevó hasta la casa. Voces amables pronunciaron mi nombre, y me tocaron muy suavemente. El hombre dijo:

—"Queremos llevar a la madre también. Si no se la cuida no va a vivir".

—"Ah —dijo la vieja—, ¡es una gata muy buena y saludable!"

Leí en la mente de la vieja sus pensamientos: "Sí, he leído acerca de ustedes, pueden pagar bien". Hizo mucho alboroto diciendo cuánto me quería y lo valiosa que era. Y que no quería venderme. Me volví en dirección al hombre y murmuré:

—"Me estoy muriendo, ignórenme y cuiden a mis dos hijos".

El hombre se dirigió a la vieja, y preguntó:

—"Usted mencionó que tenía dos gatitos —ella asintió y el hombre le expresó con voz firme—, nos llevaremos a los tres o a ninguno".

La vieja puso un precio que me hizo tambalear, pero el hombre aceptó:

—"Bien, prepáremelos, los llevaremos ahora".

Para esconder su alegría, y también para poder recontar el dinero, la vieja salió de la pieza corriendo. A los dos gatitos los colocaron en seguida en una canasta muy especial, que el hombre y la mujer habían traído. La mujer se sentó en la parte de atrás del auto, ubicándome sobre su falda, y la canasta grande la depositaron en el asiento delantero, al lado del hombre. Partimos despacio, cuidadosamente.

—"Tendremos que buscar al veterinario en seguida para que vea a Fifí, Rab —dijo el hombre—. Está muy enferma, telefonearé ni bien lleguemos a casa, hoy mismo vendrá."

—"¿Dejaremos que los gatitos vayan juntos?"

—"Sí —respondió el hombre—, así no estarán tristes."

Anduvimos con tanto cuidado, que no sentí ningún dolor. Recordé las palabras del manzano "conocerás la felicidad, Fifí". ¿Sería ESTO la felicidad? —me pregunté.

Corrimos por el camino durante muchas millas, luego doblamos cuidadosamente, y subimos una empinada colina.

—"Bueno, estamos en casa, gatos" —dijo el hombre.

Paró el motor, bajó y se llevó la canasta que contenía mis gatitos. La mujer salió con mucho cuidado, sin golpearme y me llevó cargada los tres o cuatro escalones que conducían al interior de la casa. ¡Qué diferencia! Aquí me sentí acogida con cariño, y decidí que el árbol tenía razón. Pero estaba terriblemente débil. La mujer fue al teléfono y habló con el veterinario que habían mencionado. Cortó la comunicación con palabras de agradecimiento.

—"Viene de inmediato" —informó.

No me propongo describir mi operación, ni tampoco mi larga lucha para recuperar la salud. Será suficiente con decir que fui sometida a una difícil intervención para que me sacaran un inmenso tumor uterino. Me hicieron una histerectomía, y así quedé libre de las penurias de concebir gatitos nuevamente. El hombre y la mujer velaron por mí noche tras noche, pues la operación fue tan seria que pensé que jamás me repondría. Pero ahora todo era distinto, estaba "en casa" y me querían.

Capítulo IV

Mi operación quedó atrás, todo lo que tenía que hacer era recuperarme. Antes había estado demasiado enferma para preocuparme de QUIÉNES vivían en la casa, o cómo eran. El señor Veterinario irlandés había dicho:

—"Deben llevarla a casa. Darle un hogar y amor, eso es lo que necesita. No vivirá si la tenemos aquí".

Me llevaron a casa. Los primeros dos días con sus noches me tuvieron en reposo, el hombre y la mujer me cuidaban constantemente, tratando de persuadirme a que probara los platos más exquisitos. No fue fácil, ¡porque QUERÍA que me persuadieran, yo QUERÍA saber que me querían lo suficiente como para tomarse el tiempo necesario para convencerme!

Por la mañana del tercer día, luego de la visita del señor Veterinario irlandés, el hombre me dijo:

—"Voy a traer a Lady Ku'ei, Fifí. —Salió y volvió en seguida susurrando afectuosamente a alguien. Al acercarse murmuró—: Fifí, ésta es Lady Ku'ei. Ku, ésta es la señora Fifí Bigotes Grises."

De inmediato oí la voz más hermosa y juvenil que se pueda imaginar proveniente de una joven gata siamesa. Era un placer escucharla. ¡Qué timbre! ¡Qué poder! Estaba subyugada y hubiera deseado que mi pobre y querida madre hubiera escuchado esa voz. Lady Ku'ei

estaba sentada sobre la cama y el hombre permanecía entre las dos.

—"Yo soy Lady Ku'ei —dijo—, pero como vamos a vivir juntas puedes llamarme Srta. Ku'ei. Tú eres ciega pero cuando puedas caminar, te llevaré a dar una vuelta y te señalaré los obstáculos, «las habilidades», dónde puedes comer, etc. Y en lo que a eso respecta —añadió con tono de satisfacción—, aquí NO comemos sobras, ni revolvemos el tacho de basura (cuando alguien está mirando) nuestra comida se compra especialmente para nosotras y es de la mejor calidad. Ahora presta mucha atención porque voy a hablarte de la casa, y no lo diré dos veces."

—"Sí, Srta. Ku —contesté humildemente—, le prestaré toda mi atención" —y me acomodé un poco para poder disminuir la presión de las puntadas.

—"Esto es Howth, Condado de Dublín —comenzó Ku—. Vivimos en una casa ubicada en la cima de un acantilado. El mar está a ciento veinte pies más abajo, ¡directamente abajo, no te caigas!, pues la gente se enojaría si golpeas algún pez. Debes mantener tu dignidad con las visitas, recuerda que eres una G.S.P., pero puedes divertirte libremente con la familia."

—"Por favor Srta. Ku —interrumpí—, ¿qué significa G.S.P.?"

—"¡Bueno! ¡Bueno! Tú eres una vieja gata tonta —contestó Ku—, CUALQUIERA sabe que G.S.P. indica que eres una gata siamesa de pedigree, a pesar de que no demuestras una inteligencia acorde. Pero no interrumpas, te estoy dando la información imprescindible."

—"Lo siento Srta. Ku, no te interrumpiré más" —contesté.

Ku se rascó pensativamente la oreja con la pata y continuó.

—"El Hombre, como tú lo llamas, es el Lama T. Lobsang Rampa del Tibet. Él entiende el idioma de los gatos siameses tan bien como tú y yo, por lo tanto no puedes ocultarle tus pensamientos. Es grande, barbudo y pelado, y está muy delicado del corazón por haber sufrido una o dos trombosis coronarias. Ha estado muy enfermo y todos creímos que lo íbamos a perder."

Asentí con gravedad, sabiendo lo que era estar enfermo. Ku continuó:

—"Si tienes preocupaciones, cuéntaselas, y él te ayudará a solucionarlas. Si quieres alguna comida especial, díselo, él se lo pedirá a Mamy".

—"¿Mamy? —interrogué—. ¿Está tu madre contigo?"

—"¡No seas ridícula! —contestó con cierta aspereza la Srta. Ku—. Mamy es Rab, la mujer, sabes, la que hace nuestras compras, limpia nuestras latas de toilette, hace nuestras camas, cocina para nosotros, y nos deja dormir en su cama. Yo soy su gata, tú eres la gata del Lama —dijo Ku con presunción—. Dormirás en su pieza, al lado suyo. ¡Ah, es cierto, no puedes ver a Mamy; es un poco baja, tiene ojos y tobillos lindos, y es discretamente gorda. No te incrustará ningún hueso cuando te sientes sobre su falda!"

Hicimos una pausa para que Ku pudiera recobrar el aliento, y yo pudiera asimilar toda la información que me había dado en tan poco tiempo. Ku jugueteó con la punta de su cola y continuó:

—"Está viviendo con nosotros una señorita inglesa, que es como de la familia, es muy alta y delgada y tiene el pelo del color de un gato mermelada que vi una vez. Es muy amable y te dará lo que quieras, a pesar de que le GUSTAN los perros grandes, con olor, y los chicos gritones".

—"Ahora, Ku'ei —dijo el Lama—, Fifí tiene que des-

cansar, puedes contarle otras cosas luego" —levantó a Ku y se la llevó fuera de la pieza.

Me quedé acostada sobre la cama por un rato, ronroneando con alegría. No más sobras —siempre había pensado que me gustaría comer algo comprado especialmente para mí. Una ambición acariciada durante tantos años desdichados. Ahora era apreciada, y mucho. Sonreí satisfecha y me quedé dormida.

Una vez cicatrizadas mis heridas me sacaron los puntos y pude moverme con más libertad. Al principio con mucha cautela, a causa de mi ceguera, pero con más seguridad, cuando supe que nada se movía de lugar sin que me lo advirtieran y me mostraran su nueva posición con relación a las otras cosas. Ku me acompañaba, indicándome dónde estaban las cosas, y a los visitantes se les avisaba que yo era ciega.

—"¿Qué? —se asombraban—. ¿Ciega? Con esos enormes ojos azules, ¿cómo puede ser ciega?"

Por fin decidieron que estaba lo bastante repuesta como para llevarme al jardín. El aire era vivificante, con su aroma a plantas y a mar. Por varios días no dejé que nadie se interpusiera entre la puerta y yo, tenía miedo que me dejaran afuera. Ku me regañaba:

—"No seas tonta, Fifí, aquí somos PERSONAS, nadie te dejará jamás afuera".

Nos acostábamos sobre el pasto tibio y Ku me describía el paisaje. A nuestros pies brincaban las olas, tratando de alcanzarnos con sus dedos de espuma blanca. El agua rezongaba en la cueva ubicada al pie de la casa. Los días de tormenta parecía temblar todo el acantilado. Hacia el fondo y a la izquierda estaba el faro. Y a una milla de distancia mar afuera, más o menos, se divisaba el Ojo de Irlanda cobijando el pequeño puerto de los terribles embates del turbulento Mar de Irlanda. Hacia

la derecha y desde tierra firme, el Diente del Diablo se proyectaba algunas yardas mar adentro, protegiendo la "playa de los hombres" de los embates de las olas. A Ku le gustaba mirar a la gente mientras se bañaban, quizás a mí también me hubiera gustado de no haber estado ciega.

Detrás de la casa se erguía la cima de la montaña de Howth; desde su pico, en un día claro se podían ver las montañas de Gales, sobre la tierra firme, y las montañas del Mourne en el Norte de Irlanda. Aquéllos fueron días felices; tendida al sol Ku me hablaba de nuestra Familia. Poco a poco perdí el temor a que me dejaran afuera. Nunca más tendría relaciones con gatos atorrantes. Ahora me querían por lo que era, y como Ku dijera, en ese ambiente me restablecí, como una flor puesta al sol después de haber estado en la oscuridad de un sótano solitario.

Amábamos aquellos días. El Lama me ponía sobre las ramas más bajas de un pequeño árbol y me sostenía para que no me cayera, y yo soñaba que aquí por fin, había encontrado el paraíso.

Al principio, las gaviotas me molestaban cuando descendían, porque me gritaban: "miren esa gata ahí abajo, tírense sobre ella, empújenla hacia el acantilado que luego nos la comeremos". Ku lanzaba nuestro famoso grito de guerra siamés y desenvainaba sus pezuñas, listas para un ataque. Percibíamos en el aire un vago tamborileo y todos los pájaros se daban vuelta furiosamente y huían. Por mucho tiempo esto me tuvo intrigada, no podía estar siempre haciendo preguntas, pero al fin encontré la respuesta. Entraban los botes pesqueros y los pájaros seguían el rastro de los desperdicios de pescado que se tiraban desde las cubiertas.

Una soleada tarde en que holgazaneaba a la sombra de una Verónica, Ku gritó:

—"Prepárate, Fifí, vamos a dar una vuelta".

—"¿Una vuelta? ¿En un auto?" —Me sentí desfallecer de aprensión y asombro. Un auto ¡y Ku estaba encantada!

—"Pero Srta. Ku —le reproché—, yo no iría en un auto. ¿Y si me dejaran en alguna parte?"

—"Fifí —llamó el Lama—, vamos, salimos todos a dar una vuelta."

El susto me dejó tan débil que me tuvieron que levantar para transportarme al auto. Ku, por el contrario, cantó de alegría, corrió al auto y gritó:

—"¡Pido el asiento delantero!".

—"¿Va a manejar el Lama, Srta. Ku?" —pregunté tímidamente.

—"Por supuesto, y no digas «el Lama» a cada rato, di el Patrón."

Subió al auto y se sentó en el asiento delantero, al lado de Ku. Mamy subió a la parte de atrás y me puso sobre su falda. La joven inglesa (yo todavía no podía pronunciar su nombre) se sentó al lado de Mamy.

—"¿Seguro que has cerrado con llave las puertas?" —preguntó el Patrón.

—"Por supuesto, ¿no lo hacemos siempre?" —replicó Mamy.

"—Vamos, vamos, ¿por qué estamos perdiendo tiempo?" —gritó Ku.

El Patrón maniobró para que arrancara el auto y partimos.

La suavidad de la marcha me dejó atónita. Era completamente distinto a mi experiencia anterior, en Francia y los Estados Unidos, donde me arrojaron violentamente de un lado a otro. Bajamos por una colina em-

pinada y doblamos en una esquina. Y así por millas o quizá kilómetros, no sé cómo los denominan, durante tres o cuatro minutos, y doblar a la derecha para seguir un minuto o dos más sin detenernos. El motor se paró. El olor del mar era muy fuerte. Una suave llovizna, traída por la brisa, me cosquilleó la nariz. Oí el rumor de muchos hombres, y el ronronear de los motores. Fuertes olores a pescado, y de pescado demasiado tiempo expuesto al sol. Olor a humo y a soga alquitranada.

—"¡Oh! ¡Hermoso pescado! —suspiró la joven inglesa—. ¿Entro a comprar?" —y allá se fue a ver a un viejo amigo que le vendería el pescado recién sacado del mar.

¡Plop! hizo el portaequipajes cuando tiraron el pescado adentro. ¡Pum! gimió la puerta cuando subió la joven inglesa y cerró de un portazo.

—"¡Srta. Ku! —murmuré—, ¿qué lugar es éste?"

—"Éste es el puerto adonde llegan todos los barcos pesqueros que traen nuestra cena. Hay grandes galpones de almacenaje a nuestro costado, del otro lado hay agua y también barcos amarrados con trozos de soga para que no puedan irse hasta que todo el mundo esté listo. ¿Ese humo? ¡Oh! Están ahumando pescado, así no se pudre tan rápidamente, o no se siente tan pronto el hedor por el humo."

Ku saltó sobre la parte posterior del asiento del Patrón y gritó:

—"¿QUÉ ESTAMOS ESPERANDO? vamos a Portmarnock".

—"¡OH! Ku, que impaciente, eres una calamidad" —protestó el Patrón poniendo el coche en marcha.

—"¡Srta. Ku! —dije en tono preocupado—. Esta jovencita inglesa, no puedo pronunciar su nombre, y la forma en que lo hago es una verdadera calamidad para un gato vehemente como yo, ¿qué hace?"

Ku se sentó, pensó un rato y luego dijo:

—"Bueno, en realidad, no sé. —De pronto se paró y dijo—: ¡Vaya!, ¡ya lo sé!, tiene puesto un vestido amarillo, es muy alta y delgada y el pelo es algo amarillo. ¡Vaya!, Fifí, llámala Amapola, ¡ella no se dará cuenta!".

—"Gracias, Srta. Ku —contesté—, la llamaré Señorita Amapola."

—"Señorita Nada —replicó Ku—, es Señora como tú, también ha tenido gatitos. Recuerda Fifí, no estás en la culta sociedad francesa. Estás en CASA, entonces di «Patrón», «Mamy», y «Amapola». Yo soy la Srta. Ku."

El auto prosiguió suavemente su marcha. Habíamos llegado *allí,* casi sin darme cuenta. Se abrieron las puertas del auto y me sacaron.

—"¡Ah! ¡Esto es VIDA!" —gritó Ku.

Manos gentiles tomaron las mías y las mezclaron con la arena.

—"Mira Fifí, arena" —dijo el Patrón.

El chocar de las olas contra las rocas me apaciguó. Sentí sobre mi espalda la tibieza del sol. Ku rodaba locamente sobre la arena, gritando de alegría. La Familia (MI Familia) se había sentado tranquilamente. Me eché a sus pies y jugué con una piedra. Era demasiado vieja, y mis heridas no estaban bien cicatrizadas todavía para correr dando saltos alocados como la Srta. Ku. Me quedé dormida bajo el sol tibio y reconfortante...

Las nubes cubrían el sol y caía una leve llovizna. "¡Extraño!" pensé, "cómo puedo estar AQUÍ?". Luego me di cuenta que estaba navegando por el espacio. Liviana como una pluma, flotaba a lo largo de los caminos costeros. El aeropuerto de Le Bourget, más adentro, más adentro. Una larga fila de álamos erguidos a lo largo del camino blanco. La torre de la iglesia, medio cubierta por la llovizna y los árboles del cementerio llorando bajo la lluvia por aquellos que yacían debajo. Yo flotaba, como un

fantasma y cada vez más bajo. De pronto leí, puesto que nadie es ciego en sueños: "A la sagrada memoria de..." por un momento me sentí confusa. Luego comprendí. "¡Madame Albertine!", exclamé. "¡Enterrada aquí!" se me escapó un sollozo. ENTONCES había sido la única que me quisiera. Y ahora ya no estaba cuando yo había alcanzado la felicidad y el amor. Aunque, pensé, se ha ido de este mundo malvado hacia el amor y la felicidad. Con un suspiro y una última mirada, me remonté nuevamente y seguí flotando.

Debajo de mí el guardián barría el patio de atrás de su albergue. Un perro encadenado a la pared gruñó y gimió cuando pasé. Apareció la Casa, en frente de mí, imponente, fría, hostil; como prohibiéndome la entrada. Mme. Diplomat salió a la terraza. Instintivamente retrocedí, para salir corriendo, pero por supuesto ella no me había visto revolotear a su alrededor. Estaba delgada y abatida. Profundas arrugas, provocadas por los disgustos, alteraban sus facciones. Las comisuras ahondadas de su boca y los labios delgados le daban un aspecto verdaderamente amargo.

Seguí avanzando, esta vez hacia el viejo Manzano, y me detuve horrorizada. El árbol no estaba allí, había sido talado y extraído hasta la raíz. Silenciosamente, con profunda pena, comenzé a revolotear y movida por algún impulso inexplicable floté hacia el viejo galpón que fuera mi único hogar. Allí se me paralizó el corazón. Los restos de mi amigo el Manzano estaban apilados contra una pared, como leña. Se abrió la puerta y apareció Pierre, sosteniendo un hacha en la mano levantada; pegué un grito y desaparecí del lugar...

—"¡Vamos!, ¡vamos! Fifí —dijo el Patrón, me puso sobre su hombro y caminó conmigo—. Has tenido una pesadilla, ¡y bajo el sol! ¡Me sorprendes Fifí!"

Me estremecí y sentí una repentina gratitud. Doblando la cabeza le lamí la oreja. Me llevó a la orilla del agua y se quedó allí, conmigo sobre sus hombros.

—"Yo sé lo que sientes, Fifí —dijo—, ¿sabes?, yo he pasado penurias también. —Acariciándome la espalda se volvió adonde estaban los demás—. ¿Volvemos? —preguntó—. Abuelita Bigotes Grises se está cansando."

Ronroneé, ronroneé, RONRONEÉ.

Era maravilloso tener a alguien que pensara en uno. Que pudiera HABLARME. Subimos todos al auto y emprendimos el regreso.

Ya sé que soy una vieja gata caprichosa, pero tengo algunas manías. Ni siquiera ahora me gustan los autos Claro que esto se debe a mi ceguera, todavía temo que me vayan a dejar en alguna parte. La Srta. Ku'ei es reposada, una dama de sociedad con experiencia que no se altera por *nada*. Siempre domina la situación y es dueña de sí misma. Yo, bueno, como digo, siempre soy un poco excéntrica. Y esto hace más maravilloso el que me quieran. Soy afortunada de que así sea, ya que ahora no SOPORTO estar sola. ¡Estuve tan hambrienta de afecto durante tantos años, que ahora quiero todo el que sobre!

Nos encaminamos a la cima de la colina de Howth. Las vías del tranvía formaban una senda tortuosa al costado del camino. Nos dirigíamos al punto más alto y alejado. Luego bajamos a la villa, doblamos a la derecha y antes de llegar a la iglesia grande pasamos frente a la casa de los O'Grady. Otra vuelta a la izquierda y nos detuvimos en casa del querido viejo Loftus, "nuestro guardián", que estaba asomado por la pared. Nunca pasábamos de largo sin hablarle. ¡El Patrón decía que el señor Loftus era uno de los mejores hombres de Irlanda y de cualquier otra parte!

Me sentía cansada pero contenta de estar en casa. Lo único que apetecía era comida, algo de beber, y luego dormir en la cama del Patrón, con el ruido de las olas arrullándome y recordándome la época en que mi madre me cantaba para dormirme. Lo último que oí antes de quedarme dormida fue a la Srta. Ku:

—"Eh, quiero bajar hasta el garaje contigo para guardar el coche".

El apagado cerrar de una puerta, y luego todo fue quietud. Era maravilloso dormir sabiendo que nadie iba a venir a correrme o a llevarme a un galpón oscuro. Sabía que se me respetaba como si fuera un ser humano, que tenía los mismos derechos que todos los de la casa. Con un suspiro de alegría me ovillé y ronqué un poquito más fuerte.

—"¡Fifí! ¡Abuelita Bigotes Grises! Bájate de esa cama, el Patrón quiere acostarse."

—"Ku'ei, no seas tan camorrera, LÓGICAMENTE Fifí puede quedarse sobre la cama, ahora ¡BASTA!"

El Patrón parecía enojado. Levanté la cabeza para escuchar mejor, luego adiviné dónde estaba el piso y salté. Manos gentiles pero firmes, me atraparon y pusieron de nuevo sobre la cama.

—"Pero ¡Fifí! Eres tan terrible como Ku'ei. Quédate sobre la cama y hazme compañía."

Me quedé.

El Lama (perdón, Patrón) era un hombre muy enfermo. Había tenido tuberculosis (uno de mis hijos había muerto de eso, hacía años) y a pesar de que lo habían curado, la enfermedad afectó sus pulmones para siempre. Además había sufrido de trombosis coronaria por tres veces, y otras dolencias. Como yo, tenía que descansar mucho. A veces, por las noches, caminábamos por la pieza aguantando nuestros achaques. Me ponía

a su lado tratando de consolarlo; cuando estábamos solos, aquellas largas horas nocturnas eran las peores. Dormía mucho durante el día para poder acompañarlo durante las noches. Mamy dormía en un cuarto en la otra punta de la casa y Ku la cuidaba. El dormitorio de Amapola se hallaba en la planta baja desde donde se podía divisar el Mar de Irlanda, y por las mañanas veía al barco de Liverpool dirigirse al puerto de Dun Laoghaire.

El Patrón y yo dormíamos en un cuarto desde donde divisábamos la bahía de Balscadden abarcando también un puerto y el Mar de Irlanda. Él se quedaba tirado durante horas sobre su cama observando el paisaje, siempre cambiante, con su poderoso prismático japonés. Nuestro gran amigo, Brud Campbell, había cambiado las lentes originales, que eran malas, por otras de muy buena calidad, para que así tuviera una visión más nítida. Nos sentábamos juntos, él observaba el paisaje y, por medio de figuras telepáticas, me contaba todo lo que veía para que percibiera las cosas tan nítidamente como él. Del Ojo de Irlanda me contó que unos valientes monjes, que hace muchos años trataron de edificar una pequeña iglesia, al fin fueron vencidos por las tormentas.

Ku también me hablaba del Ojo de Irlanda. Había sido tan valiente como para ir con el Patrón en un barquito, atravesando el agua, para jugar en la arena de la isla. Me contó que había gatos piratas, que vivían en la isla y asustaban a los pájaros y conejos. El Patrón no me contó sobre los gatos piratas (tal vez pensaba que los gatos no podían llegar tan bajo), pero sí me contó de contrabandistas humanos, y hasta podía nombrarlos. En aquel distrito se hacía bastante contrabando y el Patrón conocía a casi todos los que estaban rela-

cionados con eso. Había tomado muchas fotografías con su cámara, utilizando el teleobjetivo.

Mamy también sacaba fotografías y a cualquier parte que fuera llevaba su cámara en el bolso. Pero la primera preocupación de Mamy era cuidarnos a todos y tratar de que el Patrón no se nos fuera todavía; que viviera algunos años más. Siempre estaba ocupada. Ku, por supuesto lo vigilaba todo y se preocupaba de que nadie se viniera abajo, y de salir a dar una vuelta cuantas veces quisiera.

Amapola también estaba muy ocupada, ayudaba en el cuidado de la casa y del Patrón, y hacía largas caminatas para inspirarse y poder pintar y dibujar. Ku y el Patrón me contaron que es una artista muy inteligente. Por eso le pedí que ilustrara MI librito. Y Ku dice que lo está haciendo mejor que cualquier otro. Ojalá pudiera verlo, pero nadie puede devolverme la vista que perdí.

Antes que le diera el ataque al corazón nos gustaba mucho meternos en la cama del Patrón e invitar al señor Loftus para conversar con él. El señor Loftus era un hombre robusto, alto y TODOS lo admirábamos mucho. Ku —quien me ha dado permiso para llamarla coqueta— lo quería. La señora O'Grady era otra grata visita que llegaba en cualquier momento. ¡Se la recibía como si fuera de la familia! Brud Campbell no venía tan a menudo como lo hubiéramos querido, era un hombre muy ocupado a fuerza de buen trabajador y sus visitas eran muy escasas. Un día en que estábamos discutiendo sobre viajes, viajes aéreos en especial, Ku dijo:

—"¡Oh! pero cuando nos vinimos de Inglaterra (¡gritando de alegría!) la compañía no quería a los gatos en el mismo compartimiento de los seres humanos. En-

tonces el Patrón protestó: ¡Muy bien, si no quieren mi gato no me quieren a mí, contrataremos un avión en el que también llevaremos todas nuestras cosas! —Ku hizo una pausa para conseguir un efecto dramático, y continuó—: entonces nos vinimos en un avión alquilado. Pusieron una botella de oxígeno para el Patrón y cruzamos hasta el aeropuerto de Dublín, porque querían ponerlo en una silla de ruedas, ¡como un inválido!"

Me calentó el corazón saber que la Familia pensaba tan bien de Ku, ¡y de mí!; como de cualquier otro ser humano. Luego sonreímos cuando el Patrón se rio y nos dijo que éramos un par de gatas comadronas.

—"Srta. Ku —le dije una mañana—. La Sra. O'Grady viene mucho por aquí, pero ¿por qué no viene más seguido el señor?"

—"Oh, querida, querida —contestó Ku—, tiene que trabajar, se ocupa de la electricidad de Irlanda, y ¿cómo cocinaríamos si él no la pusiera dentro de los cables?"

—"Pero Srta. Ku, usaríamos gas en unas cosas de metal, y los hombres traerían las cosas de metal cada tres semanas."

Ku suspiró exasperada.

—"Fifí —dijo después de respirar profundamente para calmarse, como nos había enseñado el Patrón—, Fifí, la gente *ve*, y si tienen que ver, tienen que usar electricidad. Bien, tú no ves, por lo tanto no sabes. Tenemos frascos de vidrio atados a ruedas que penden del cielo raso. Cuando la gente les pone adentro la electricidad, desde los cables obtenemos luz. USAMOS ELECTRICIDAD, ¡Fifí!"

Se volvió murmurando: "los gatos me enferman, haciendo siempre preguntas tontas".

Nosotros sí que usábamos electricidad, el Patrón y Mamy sacaban muchas fotografías en colores y las pro-

yectaban sobre una pantalla con una lámpara especial. Me gustaba sentarme de espaldas a la lámpara mirando la pantalla, porque sus rayos me proporcionaban calor.

En Howth no teníamos teléfono, alguien me dijo que la compañía telefónica de Irlanda no tenía líneas disponibles. No entendía por qué no ponían más, como en otros países, pero no me importaba. Usábamos el teléfono de la señora O'Grady, que lo había ofrecido gentilmente. Mamy estaba *muy* encantada con "O'G." como la llamábamos. Al Patrón también le gustaba, pero él se veía más con el señor Loftus. Desde el gran ventanal que daba sobre la bahía veíamos al señor Loftus cuando daba vuelta la esquina, al pie de la empinada colina, y luego subiendo el camino de Balscadden, y de ahí hasta el fondo, donde la gente iba de excursión. A menudo venía a visitarnos una vez terminado su trabajo —siempre era una visita grata—. El Patrón podía estar en cama, y el señor Loftus se sentaba frente a él y a su ventana.

También sabíamos de todo el mundo. El Patrón tenía una radio de onda corta muy poderosa, que captaba programas desde China, Japón, India, más la Policía Irlandesa ¡y los cuarteles de Bomberos! Yo prefería la música de Siam o Thailandia que es como ahora llaman al país de mis antepasados. Con la música de Siam me mecía suavemente llevando el compás con la cabeza. Podía ver con los ojos de la mente los Templos, los campos y los árboles. Me remontaba a la historia de mis antepasados. Algunos de nosotros fuimos al Tibet (de donde vino el Patrón) y allí cuidábamos los Templos y los Monasterios. Como a los agentes del Tibet, a nosotros también nos enseñaban a asustar a los ladrones, y a custodiar las joyas y objetos religiosos. En el Tibet, a causa del intenso frío, casi siempre somos de

color negro. Tal vez no esté muy difundido el hecho de que mi raza cambia de color de acuerdo con la temperatura. En un país frío nos ponemos muy, pero muy negros. En los países tropicales somos casi blancos. Pero nuestros gatitos nacen de un blanco puro, aunque pronto aparecen las "marcas características".

Así como los seres humanos tienen distinta pigmentación, blanca, amarilla, cobriza y negra, nosotros también nos diferenciamos. Yo soy una gata color foca mientras que Ku es una gata color chocolate. Su padre era Campeón, Soldado de Chocolate. Ku tiene un magnífico pedigree. Mis papeles por supuesto se han perdido. Ku y yo discutíamos esto un día:

—"Quisiera poder mostrarte mis papeles, Srta. Ku —dije—, me apena pensar que han quedado en Francia. Sin ellos me siento, bueno, algo así como DESNUDA".

—"¡Caramba! ¡Caramba! Fifí —me consoló Ku—. No pienses más en ello. Conversaré con el Patrón y le pediré que destruya los míos, entonces AMBAS estaremos sin papeles."

Antes de que pudiera agregar algo más se dio vuelta y salió del cuarto. Oí que bajaba por la escalera rumbo a donde estaba el Patrón, que manipulaba un largo tubo de bronce con vidrio en ambas puntas. Me pareció que se ponía el objeto sobre un ojo para poder ver mejor. Poco tiempo después subieron Ku y el Patrón, todavía discutiendo.

—"Oh, bueno —dijo él—, si así lo quieres, ¡siempre fuiste una gata loca!"

Fue hacia un cajón y oí ruido de papeles y luego el chasquido de un fósforo que se encendía. Me llegó el olor del papel quemado y el ruido del hierro al remover las cenizas. Ku se me acercó y me dio un empujón.

—"*O.K.* —dijo con una sonrisa—, basta ahora de preocupaciones estúpidas, al Patrón y a Mamy no les importan un bledo esos papeles, o pedigree, NOSOTRAS somos sus hijas."

Fruncí la nariz y estornudé. En el aire había un maravilloso olor, algo que yo nunca había olido antes.

—"Fifí, ¿dónde estás, Fifí? —Mamy me estaba llamando. Le anuncié que iba y salté de la cama guiándome por el olfato, y dejándome llevar por ese maravilloso olor. Corrí escaleras abajo—. Langosta, Fifí —dijo Mamy—, ¡pruébalo!"

Nuestra cocina tenía piso de piedra y el Patrón nos dijo una vez a Ku y a mí que había una leyenda que hablaba de un pasaje ubicado debajo de las piedras y que comunicaba la cocina con una cueva. Me ponía nerviosa pensar que algún pirata o contrabandista pudiera empujar las piedras desde abajo y hacerme caer. Pero Mamy había llamado y llamaba para una nueva comida. Siendo una gata siamesa francesa poseía un interés natural por las comidas. Mamy me pellizcó las orejas afectuosamente y me llevó hasta una fuente de langosta. Ku ya estaba atacando la suya.

—"Apúrate Fifí —dijo—, vas de un lado para el otro, ¡como una auténtica viejecita irlandesa!"

Por supuesto nunca me enojaba por las cosas que me decía Ku, su corazón era tan tierno como la mejor carne de langostino, y me había recibido en su casa con alegría; a mí, una moribunda, una extraña. A pesar de toda su aparente firmeza y modales autocráticos, era una persona a quien bastaba conocer para querer.

—"La langosta está deliciosa! Del Ojo de Irlanda —dijo Ku—, el Patrón pensó que nos gustaría, y nos agasajó."

—"¡Oh! —contesté—, ¿él no las come?"

—"¡Nunca!, cree que son una horrible porquería, pero

las comprará si nos gustan a ti y a mí. ¿Recuerdas aquellos langostinos Fifí?"

Ya lo creo que sí, cuando el Patrón y Mamy me trajeron a la casa, yo tenía hambre pero estaba demasiado enferma para comer. "Dale una lata de langostinos", dijo el Patrón. "Está débil de hambre", abrieron la lata pero realmente no me llamaba la atención. El Patrón tomó un langostino y lo pasó por mis labios. Pensé que jamás había probado nada tan exquisito. Casi sin darme cuenta terminé la lata. Me sentía avergonzada y hasta ahora el solo recordarlo me hace enrojecer. Si Ku quiere hacerme ruborizar me dice: "¿Recuerdas aquellos langostinos, Fifí?"

—"¡Fifí! —dijo Ku—, el Patrón nos va llevar a dar una vuelta. Vamos a pasar frente a la casita donde vivías. No te pongas así, vamos a PASAR."

Ku salió caminando para el garaje con el Patrón a buscar el auto, un buen Humber Hawk. Yo me quedé con Mamy, ayudándole a prepararse, luego bajamos para asegurarnos que Amapola había cerrado el portón del costado con llave. Subimos al auto y bajamos por la colina, debajo del puente del tranvía y de allí a Sutton (donde vivía otro viejo amigo, el Dr. Chapman). Avanzamos durante varias millas y por fin llegamos a Dublín. La Srta. Ku ayudaba al Patrón a manejar, indicándole cuándo debía ir rápido, si había coches a nuestro alrededor, y por dónde debía doblar. Gracias a ella aprendí mucho de Dublín. Mientras el Patrón conducía: "¡Pare!, cuidado en esta esquina. Rápido! ¡No deje que nos pase ese auto!" Ku me describía el paisaje.

—"Ésta es la estación de Westland Row, de donde salen los trenes. Aquí doblamos a la derecha Patrón. Sí, Fifí, ahora estamos en la calle Nassau. ¡Más despacio Patrón!, le estoy describiendo a Fifí todo esto. Aquí

vivíamos Fifí, frente a los jardines del Trinity College. Patrón, va usted tan de prisa que no tengo tiempo de describirle las cosas a Fifí. Éstos son los jardines de San Esteban, yo he estado allí. Allí nadan los patos. ¡Cuidado Patrón!, hay un agente en la esquina. Mira Fifí, en esa calle compramos nuestra radio."

Y así seguimos por las calles de Dublín escuchando los comentarios de Ku. Luego, mientras dejábamos casas y calles atrás el Patrón apretó algo con el pie, y el auto avanzó a mayor velocidad.

Seguimos por caminos de montaña, pasando por lo que Ku llamó "un réservoir", y en Dublín se consideraba un lugar de ínfima categoría. Al llegar al "cottage" el auto se detuvo. El Patrón me miró y al ver mi aflicción volvió a apretar el acelerador. Respiré aliviada, aunque un poco temerosa de que me devolvieran por ser una gata ciega e inútil. Para demostrar mi alegría ronroneé y lamí la mano de Mamy.

—"¡Por los Santos Gatos! Fifí —exclamó Ku— creíamos que te iba a dar un ataque y te nos ibas a morir en olor de santidad! ¡Ánimo, viejecita, TÚ ERES UN MIEMBRO DE LA FAMILIA!"

Por un rato jugamos entre los brezos. Ku gritaba algo sobre la cantidad de conejos que iba a atrapar. Luego vio algo que el patrón dijo que era una oveja, y se quedó en absoluto silencio. Yo no podía ver al animal, pero sí percibía un extraño olor a cordero y a lana vieja. En seguida subimos al coche para volver a casa. Cuando pasábamos por el faro de Bailey, en Howth Head, estaba sonando la sirena que usan cuando hay niebla. Sonaba como una vaca a punto de dar a luz. Pasó un tranvía cuyas ruedas hacían "tráquete-trac, tráquete-trac" sobre los rieles de hierro.

—"Detente en el correo —dijo Mamy—, debe haber algunos paquetes para nosotros."

—"Fifí —dijo Ku mientras esperábamos a Mamy—, Fifí, un hombre le dijo al Patrón que tus gatitos estaban espléndidos. Se crían bien, y ahora tienen caras y colas negras."

Suspiré contenta. La vida era buena conmigo. Mis hijos eran felices y estaban juntos. Eran mis últimos gatitos, y estaba orgullosa de ellos, porque habían sido aceptados y porque eran felices.

Capítulo V

—"¡Hola! Buen día —dijo Pat, el cartero, cuando Mamy y yo acudimos al oir el timbre—. Esta mañana tengo una buena cantidad de cartas, ¡casi se me parte la espalda cuando subía por esa colina!"

Pat, el cartero, era un viejo amigo. Muchas veces, cuando las piernas ya no le daban más de tanto caminar, el Patrón lo ayudaba con el auto a hacer su recorrido. Pat conocía todo y a todos en el Distrito, y por su intermedio nos enterábamos de muchas cosas pintorescas. Acostumbraba a oler las botamangas de su pantalón, y así me enteraba de sus caminatas a través del campo o por las lomas llenas de brezos. También sabía cuando Pat había tomado alguna copa de más para abrigarse durante su ronda de la tarde.

Mamy entró las cartas y me subí a la cama del Patrón para ayudarlo a leer la correspondencia. Esa mañana había MUCHAS cartas; del Japón y la India; de sus amigos en Alemania. Y una carta de Dublín. Se oyó el ruido del sobre cuando lo rasgaba, y del papel que salía.

—"¡Hum! —dijo el Patrón—, los recaudadores de impuestos en Irlanda son tan malos como los ingleses. Lo que me piden es un robo. No nos CONVIENE quedarnos en Irlanda."

Se sumió en triste silencio. Mamy corrió hasta la

cama. Amapola subió a escape las escaleras para ver qué había traído el correo.

—"Me sorprende —exclamó el Patrón— que en la Dirección Impositiva irlandesa no traten de conservar en el país a gente como nosotros, en vez de ahuyentarnos con impuestos excesivos y bárbaros. Nosotros gastamos mucho aquí, pero ellos nunca están satisfechos, quieren conservar el pastel y comérselo a la vez. A nosotros, los escritores, nos cobran más impuestos que a nadie."

Asentí con simpatía, y recosté la cabeza contra su pierna. Quería hacerse ciudadano irlandés, AMABA a los irlandeses, a todos, ¡excepto a los recaudadores de impuestos! Para el Patrón eran peores que el olor de una lata sucia de gatos; eran tan obstinados, tan ciegos. Me pellizcó una de las orejas y me dijo:

—"Fifí, si no fuera por ustedes, los gatos, nos iríamos a Tánger o a Holanda, o a cualquier otra parte donde nos trataran mejor. Tú eres nuestra gata abuela, y no alteraría tu existencia aunque mi vida dependiera de ello".

—"¡Patrón! —le contesté—, ¡usted sí que sabe hablar! soportaré tanto como usted y un poco más. ¡Mi corazón está sano!"

—"Sí, Fifí —contestó y me acarició la barbilla y el pecho—, tu corazón está sano, eres la mejor de las gatas."

—"Tal vez —contesté— usted y yo podríamos morirnos al mismo tiempo y así no nos separaríamos. ¡Me GUSTARÍA eso!"

Durante el resto del día estuvimos un poco tristes. Tratar de vivir en Irlanda resultaría inútil, si los impuestos iban a llevárselo todo. Ya teníamos bastantes preocupaciones. Los periodistas estaban siempre curioseando; a veces observaban la casa con prismáticos y ataban espejos en la punta de palos largos para obser-

var los dormitorios. La prensa había publicado muchas versiones falsas sobre el Patrón, y en ningún momento le permitieron dar su versión de las cosas. El Patrón opina que la prensa es una plaga de la tierra, ¡le he oído decir eso muchas veces! Y por lo que me cuenta Ku lo asiste toda la razón.

—"Voy hasta lo de la señora O'Grady para telefonear a Brud Campbell —dijo Mamy—, he visto que alguien forzó el portón de atrás, y hay que arreglarlo."

—"Oh, creo que fueron aquellos turistas de Liverpool —contestó el Patrón—, Brud me contó que algunos turistas acamparon frente al jardín de su padre."

Mamy se alejó por el camino y Ku me llamó desde la cocina donde me enteré que había un lindo almuerzo para nosotras. Bajé la escalera y al pie de la misma me encontré con Ku.

—"Por fin llegas Fifí —me dijo—, he convencido a Amapola que nos diera la comida temprano para poder ir al jardín a ver si las flores crecen bien. Rezongó un rato, pero al fin se convenció. ¡Arremángate!"

Yo siempre estaba dispuesta a "arremangarme", ADORABA la comida y sostenía que para poder fortalecerse había que comer. Ahora pesaba siete libras y nunca me había sentido mejor. Además podía moverme sin mayores problemas gracias a las enseñanzas del Patrón. Un día me llamó y me dijo:

—"Fifí, eres una vieja tonta".

—"¿Cómo es eso, Patrón?" —pregunté.

—"Bueno, tú eres ciega, pero desde el punto de vista astral, no. ¿Por qué no subes al avión astral y tratas de ver, mientras descansas, si algo ha cambiado de lugar? ¿Por qué no echas una buena mirada por todas partes? Ustedes, los gatos, ¡no usan el cerebro que tienen!"

Cuanto más lo pensaba, más me gustaba, por lo que

dediqué mis descansos a cultivar el hábito del viaje astral. Ahora ya no me golpeo, conozco la ubicación de casi todas las cosas.

—"Llegó Brud" —anunció Mamy.

Ku y yo estábamos encantadas; eso quería decir que ahora podríamos ir al jardín, porque el Patrón siempre salía a conversar con Brud Campbell, y hablaban mientras trabajaban. Corrimos hacia la puerta y Ku le dijo al Patrón que necesitaba un tónico porque se estaba poniendo *lerdo*.

—"¿Lerdo? —se indignó—. ¡Podría alcanzarlas en cualquier momento!"

Al principio me mareaba la disposición de la casa porque uno entra por el piso de arriba y la planta baja está en el subsuelo. Ku me lo explicó.

—"Bueno, como ves, estamos parados sobre el borde del acantilado, como las gallinas cuando anidan. El acantilado cae perpendicularmente desde el camino, y hay un parapeto para impedir que la gente se caiga. De todas maneras esta casa tenía antes dos departamentos hasta que nosotros vinimos y la convertimos en una."

El jardín y la casa eran amplios. En realidad había dos jardines, uno a cada lado de la casa. Antes, los inquilinos de arriba disponían del jardín de la derecha y los de abajo del de la izquierda. Ahora nosotros teníamos los dos. Había árboles de ramas bajas, a los que yo nunca trepaba porque no me permitían salir sola. La Familia tenía miedo que me cayera por el acantilado. En realidad nunca me había caído, pero era grato que alguien se ocupara de mí. Amapola solía sentarse en el jardín a tomar sol. Nos gustaba que estuviera en el jardín porque nos olvidaba a menudo y podíamos explorar más a gusto. Una vez llegué al costado del acan-

tilado y traté de bajar. Pero Ku llamó rápidamente al Patrón y él me sacó antes de que pudiera caerme.

Pero cuando estábamos afuera, en el jardín, teníamos que cuidarnos por otras razones; solía haber gente por ahí, tratando de obtener fotografías del Lama. Los autos se detenían frente al cerco del jardín y la gente se trepaba a él para ver cómo era la casa donde vivía Lobsang Rampa. Una tarde de sol al mirar por la ventana vio a unas mujeres: ¡estaban celebrando un pic-nic sobre su césped! Y cuando salió, y les dijo que se fueran, ¡se ofendieron! A la mayoría de los habitantes de los pintorescos caminos de Howth les pasaba lo mismo. Los paseantes se metían por cualquier parte, haciendo todos los destrozos imaginables, aparte de dejar todo en desorden y lleno de desperdicios, que luego debía limpiar la gente del lugar.

—"Fifí, acabo de oir al Patrón y a Mamy conversando —dijo la Srta. Ku—. ¿Dónde queda Marruecos?"

—"¿Marruecos? Srta. Ku eso debe quedar por Tánger, un lugar de la región Mediterránea. Mme. Diplomat me llevó una vez; casi nos quedamos a vivir. Es un sitio caluroso, maloliente, y donde hasta los pescados son contrabandistas. ¡Me van a decir a mí lo que es ese lugar! Llegamos allá en un barco que había salido de Marsella; estuve todo el viaje mareada. En aquellos días aún no estaba ciega y los nativos me asustaron mucho con sus túnicas sucias. ¡Espero no tener que ir a Tánger!"

Ku y yo dormimos toda la tarde. El Patrón y Mamy habían ido a Dublín y Amapola estaba muy ocupada limpiando su dormitorio. Como sabíamos que no podíamos salir resolvimos dormir, y viajar un poco por el espacio. Pero yo, como todas las mujeres del mundo, sean mujeres gatos o mujeres humanas, padecía de

TEMORES. Vivía con el temor de encontrarme un día en algún aeropuerto, metida dentro de una caja maloliente y sofocante. Por supuesto que cuando estaba despierta oía voces, y la gente me tocaba y se alborotaba por mí; sabía que ese pasado tremendo, era realmente el pasado; pero cuando una está dormida teme a las pesadillas. Por las noches el Patrón me tomaba entre sus brazos y me decía:

—"Vamos, vamos Fifí, no seas una vieja tonta, no dudes, estás en casa y te vas a quedar con nosotros por el resto de tus días".

Entonces ronroneaba, sonreía y me sentía segura. Pero en cuanto me quedaba dormida, ¡volvía a tener pesadillas!

—"¡Fifí, ahí vuelven, ya vienen por la colina!"

Ku se había vuelto y me invitaba a correr una carrera hasta la puerta del frente. Llegamos a tiempo, en el mismo momento que el auto. Ku subió al coche para ayudar al Patrón a guardarlo y para asegurarse que el garaje quedaba cerrado con llave. ¡También tenía que volver a pie por la pared alta para verificar que los caracoles no se estaban comiendo todo el cemento! Cuando terminó pasó de un salto por encima del portón verde, y una vez en la puerta gritó:

—"¡Abran! ¡Abran! Aquí estamos".

El Patrón abrió rápido la puerta y entraron.

—"¿Y bien? —preguntó Amapola, cuando todos estuvimos sentados—. ¿Cómo les fue?"

—"Tiempo perdido —respondió el Patrón—. Fuimos a la Embajada de Marruecos, pero las informaciones del empleado no nos fueron de ninguna utilidad. No iremos a Tánger."

Nos quedamos en silencio, y ronroneé para mis adentros con placer la idea de "Marruecos NO".

—"Vimos al señor y a la señora Vet. en Dublín —dijo Mamy—, mañana vienen a tomar el té con nosotros."

Me sentí incómoda, el señor Veterinario irlandés era un hombre maravilloso, gentilísimo y agradable, pero ningún veterinario, no importa quién sea, es un héroe para sus pacientes-gatos.

Ku frunció el ceño.

—"Orejas, Fifí, ¡orejas! salgamos de acá mañana o nos *harán* las orejas."

La Familia siguió hablando, discutiendo lo que iban a hacer y adónde iban a ir. Salimos de la pieza y bajamos por la escalera para ir a tomar el té.

El señor Veterinario irlandés llegó con la señora Veterinaria irlandesa. Nos resultaban muy agradables, pero sus ropas despedían un terrible olor a remedios y a animales. El señor Veterinario irlandés parecía muy interesado en el gran telescopio que el Patrón solía usar para mirar los barcos que se veían a lo lejos. Ku y yo estábamos escondidas detrás de un sillón que tenía volados, y escuchábamos todo lo que decían.

—"Fifí está muy bien" —explicó el Patrón.

—"Claro que sí" —aprobó el señor Veterinario irlandés.

—"Cree usted que aguantaría un viaje a Cork o a Belfast?" —preguntó el Patrón.

—"¡Por supuesto!" —respondió el señor Veterinario irlandés—. Soportaría cualquier cosa, con tal que sepa que la quieren. Tiene mejor salud que usted."

—"¡Vaya, vaya! —murmuré—, todo lo que necesito es que me quieran, y así soporto cualquier cosa."

Salieron al jardín y emplazaron el gran telescopio. Ku corrió a esconderse tras el marco de la ventana para poder observarlo todo sin que la vieran.

—"Están mirando un barco Fifí —dijo Ku. Luego de repente—, ¡escóndete! están entrando."

—"¿Ha visto a los gatos hoy?" —preguntó el Patrón.

—"No, sólo sus colas que desaparecían por un rincón —aclaró el señor Veterinario irlandés—. Estoy orgulloso de Fifí —prosiguió—. ¡Era una buena madre! Estuve examinando a sus gatitos. ¡Están muy bien!"

Comencé a ronronear con placer. La Srta. Ku me pegó un chistido.

—"Cállate ¡vieja tonta! ¡te van a oir!"

Esa noche el Patrón se sintió enfermo, más enfermo que de costumbre. Algo dentro de él no andaba bien. Pensé que tal vez padeciera del mismo mal que yo tuviera y así se lo dije a Ku.

—"¡Fifí —contestó entre enojada y asustada—: ¿Cómo puedes creer que el Patrón tenga un tumor uterino? Eres más tonta de lo que yo creía, Fifí."

Al día siguiente fue a ver al médico, al especialista irlandés. Llegó un taxi a la puerta, y allá se fueron, colina abajo, él y Mamy. Ku los perdió de vista cuando doblaron por la esquina. Se encaminaban a Dublín. El tiempo no pasaba nunca y estábamos preocupados. Por fin Ku percibió el sonido de un auto ascendiendo la colina. Se oyeron los cambios y el acelerador, luego frenaron y pararon frente a la puerta. Mamy y el Patrón entraron, éste más pálido y cansado que de costumbre y Ku me susurró que nos hiciéramos a un lado para no entorpecer su paso, pero el Patrón —enfermo o no— siempre tenía tiempo y energías para agacharse y conversar con sus "hijos". Sentí la falta de vitalidad en sus manos, al acariciarme, y la preocupación me hizo un nudo en el estómago. Lentamente se dirigió a su dormitorio y se acostó. Esa noche nos turnamos con Ku para velar despiertas junto a él.

Sí, sé que muchos seres humanos sonreirán ante esto, pensando que los "animales" no tienen sentimientos

ni intelecto, ¡pero los seres humanos también son animales! Ku y yo entendemos todo lo que dicen y piensan. Los entendemos, pero ellos no nos entienden a nosotros, ni tratan de hacerlo, y prefieren mirarnos como a "seres inferiores", "animales tontos" o cosas por el estilo. Sin embargo nosotros no declaramos guerras, no torturamos ni ponemos a nuestros semejantes en campos de concentración, y si matamos, sólo lo hacemos para comer. Nosotros —los gatos siameses— posiblemente tengamos el porcentaje de inteligencia más alto de todos los animales.

Sentimos, amamos, y a menudo tememos, pero nunca odiamos. Los seres humanos jamás se ocuparon de investigar nuestra inteligencia porque están muy ocupados tratando de hacer dinero por cualquier medio lícito o ilícito que se presente. El Patrón nos conoce tanto como a sí mismo. Puede hablarnos por telepatía tan bien como Ku y yo lo hacemos (¡y cómo!) entre nosotras y con él. Pero como el Patrón dijera, los seres humanos y los animales podían hablarse por telepatía en tiempos pasados; el género humano al abusar de este privilegio perdió ese poder. Los animales todavía lo conservan.

Los días se alargaron en semanas, pero el Patrón no mejoraba. Ahora se hablaba de un sanatorio, una operación, y cada vez se ponía más pálido y tenía que descansar más. Ku y yo estábamos muy inquietas y preocupadas y ya no pedíamos salir al jardín. Sufríamos en silencio y tratábamos de ocultarle nuestras preocupaciones.

Una mañana, después del desayuno, cuando estaba sentada sobre la cama junto a él y Ku en la ventana pedía a las gaviotas que no hicieran tanto ruido, el Patrón se dirigió a Mamy y le dijo:

—"Lee este artículo. Cuenta las maravillosas oportunidades que hay en el Canadá para escritores, artistas, médicos; aparentemente los necesitan a TODOS. Podría ser el lugar indicado para nosotros, ¿qué te parece?"

Mamy tomó el artículo y lo leyó.

—"Leyéndolo está bien —dijo—, pero yo no creo en ninguno de esos artículos. ¿No querías ir a Holanda? ¡De todas maneras todavía no estás bien!"

—"No podemos continuar aquí —argumentó el Patrón—. Nos lo impiden los funcionarios irlandeses encargados de los impuestos. ¡*Sheelagh*!" —gritó llamando a Amapola.

El Patrón seguía siempre la costumbre oriental de consultar a toda la familia.

—"*Sheelagh* —le preguntó—. ¿Qué piensas del Canadá?"

Amapola lo miró como si no estuviera bien de la cabeza.

Ku se apresuraba a darme un detalle de las cosas que no veía.

—"¡Oh! —dijo con un suspiro—, Amapola cree que el Patrón está tan enfermo que no sabe lo que dice. Canadá, ¿CANADÁ? ¡CIELOS!"

A media mañana el Patrón abandonó la cama y se vistió. Presentí que no sabía qué hacer. Llamó a Ku y poniéndome sobre su hombro salió a caminar al jardín. Caminó despacio por el sendero, y se quedó mirando el mar.

—"Me gustaría quedarme aquí por el resto de mi vida. Pero los recaudadores de impuestos nos exigen demasiado, y TENEMOS que mudarnos para poder vivir. ¿A ustedes dos les gustaría ir al Canadá?"

—"Oh, Patrón —respondió Ku—, nosotros vamos a cualquier parte que usted diga."

—"Sí, yo estoy muy bien para viajar —agregué—, quiero ir a cualquier parte, pero usted no está bien todavía."

Esa tarde el Patrón debía ir nuevamente a ver al médico especialista. Volvió horas más tarde y nos dimos cuenta que traía malas noticias. Sin embargo, todavía discutía sobre el Canadá.

—"El Ministerio de Inmigración Canadiense ha puesto avisos en los diarios —dijo—, pidamos algunos detalles. ¿Dónde está la Embajada?"

—"En la Plaza Merrion" —le contestó Amapola.

Algunos días más tarde recibimos una gran cantidad de material de propaganda que nos mandaban los canadienses de Dublín. La Familia se instaló para leerlo.

—"Hacen muchas promesas" —reflexionó el Patrón.

—"Sí, esto es solamente material de propaganda" —dijo Mamy.

—"¿Por qué no nos llegamos hasta la Embajada?" —sugirió Amapola.

—"Sí —contestó el Patrón—, tenemos que estar muy seguros que los gatos serán bien recibidos, si tuvieran que estar en cuarentena o algo por el estilo ni me movería. De todos modos la cuarentena es una barbaridad."

El Patrón y Mamy salieron en el Humber rumbo a Dublín. El tiempo se "arrastraba", el tiempo siempre se "arrastra" cuando el futuro es incierto y cuando los seres queridos están ausentes. Por fin volvieron.

—"¡Burocracia, burocracia! —exclamó el Patrón—, siempre me ha dejado perplejo que los empleaduchos sean tan desagradables. Me gustaría poner algunos de esos tipos sobre mis rodillas y golpearles el ..."

—"Pero no les hagas caso —dijo Mamy—. Sólo son empleados y no saben hacer nada mejor."

Ku me susurró:

—"El Viejo podría golpearlos, ¡y cómo me gustaría!

Sus brazos son mucho, pero mucho más fuertes que los de la gente del Oeste, y tuvo que pelear mucho. ¡Oh! ¡cómo me gustaría ver cómo les da una paliza!" —y suspiró.

El Patrón ERA robusto. Había amplio espacio para que Ku y yo nos sentáramos juntas sobre él. Casi doscientas treinta libras, todo músculo y hueso. No me gustan las personas grandes, posiblemente porque nunca tuve el alimento suficiente que me permitiera llegar a mi tamaño normal.

—"Llenamos todos los formularios, nos tomaron las impresiones digitales, y todas esas otras porquerías —explicó el Patrón a Amapola—. Mañana te llevaré a visitarlos. Tienes que ir como nuestra hija adoptiva. En caso contrario debes poseer una cierta cantidad de dinero, alguien que te salga de garantía, o alguna otra cosa. Los canadienses que hemos conocido hasta ahora parecen ser muy infantiles."

—"Te olvidaste de aclarar que todos tenemos que someternos a un examen médico" —dijo Mamy.

—"Sí —contestó el Patrón—, le preguntaremos a la señora O'Grady si puede cuidar de las gatas, a ELLAS no las dejo solas por nada, significan para mí más que todo el Canadá junto."

El almuerzo estaba listo, y primero nos dedicamos a ello; siempre pensé que las cosas se podían discutir mejor después de una buena comida. Vivíamos bien; todo era poco para nosotras las gatas. Ku era, y es, de muy poco comer; se preocupa mucho por su silueta, y en realidad, es una gata joven, elegante y encantadora.

—"¡Vean! —gritó el Patrón—, la señora O'Grady viene por el camino."

Mamy se apresuró a salir a su encuentro para hacerla pasar. Ku y yo bajamos por la escalera para averiguar qué

estaba haciendo Amapola; teníamos la esperanza de que estuviera sentada en el jardín, ya que de ser así podríamos salir a hacer un poco de jardinería. Hacía tiempo había planeado arrancar algunas plantas para asegurarme que crecían satisfactoriamente. Ku quería observar la casa del Señor Conejo. Vivía en una cueva en el borde del acantilado y venía a menudo de noche; se reía de nosotras cuando pasaba por la ventana, porque estábamos dentro de la casa. Las dos queríamos conversar con él y recriminarlo por sus modales tan poco civilizados. Pero Amapola no estaba allí, se ocupaba de algo en su cuarto; entonces nos dirigimos a la pieza donde se guardan las valijas y nos sentamos.

A la mañana siguiente estuvimos muy atareadas, porque el Patrón nos sacó temprano para que pudiésemos charlar con el Señor Conejo. Ku descendió más o menos unos doce pies por el acantilado y gritó su mensaje frente a la puerta de entrada. Yo estaba sobre el hombro del Patrón —no me dejaba bajar— y le gritaba a Ku las cosas que quería que le dijera. Estábamos muy enojadas con el Señor Conejo. Luego tuvimos que hacernos las pezuñas en uno de los árboles. Teníamos que estar muy bien para poder cuidar a la señora O'Grady cuando la Familia se fuera a Dublín. Tomamos un baño cada una en el polvo del fondo del jardín, frotándonos bien para que penetrara en nuestro pelaje y estuvimos listas para una correría de cinco minutos por el jardín.

Seguí muy de cerca a Ku para que me guiara y evitar llevarme nada por delante. Como tomábamos siempre por el mismo sendero, yo ya conocía los obstáculos.

—"¡Adentro, salvajes!" —dijo el Patrón, restregando los pies y fingiendo estar muy enojado, así consiguió que Ku corriera a toda velocidad y se metiera en la casa.

Me levantó y colocándome sobre su hombro me llevó adentro y cerró la puerta.

—"¡Rápido! ¡Rápido! Fifí —gritó Ku—, hay un canasto nuevo, del almacén, ¡está lleno de novedades!"

El Patrón me puso en el suelo, y corrí hacia el canasto para poder leer las últimas noticias del pueblo.

La Familia ya estaba lista para partir. El Patrón nos dijo adiós, pellizcándonos las orejas y recomendándonos que cuidáramos a la señora O'Grady.

—"¡*O. K.*! —dijo Ku—, con nosotros va a estar bien, ¿ponemos la cadena a la puerta?"

Por un momento pensé sugerir que le pidieran al señor Loftus que viniera él a cuidarla, pero luego me di cuenta que el Patrón ya lo habría hecho si lo hubiera considerado necesario.

La señora O'Grady se acomodó, y Ku me dijo:

—"Vamos, Fifí, ahora es el momento de hacer algunos de esos trabajos que no podemos hacer cuando está la Familia".

Se dio vuelta, y encabezó la marcha escaleras abajo. Recorrimos los alrededores de la casa para asegurarnos que el Señor Conejo no había entrado a robar algo. Ku decía de vez en cuando:

—"Me voy a correr arriba para ver si O'G. está bien. DEBEMOS cuidarla".

Y allá se iba, chapoteando por la escalera, y haciendo ruido deliberadamente para que O'G. no se diera por espiada. En seguida volvía y me comunicaba:

—"Sí, está bien".

El tiempo se "arrastraba" —peor todavía— parecía retroceder.

—"¿Crees que estarán bien?" —pregunté por milésima vez.

—"Por supuesto que están bien, yo ya he pasado por

estas cosas antes. ¡Por supuesto que están bien! —exclamaba, tratando de convencerme. Sólo delataba su emoción un movimiento nervioso de la cola—. Sabes muy bien que tienen que ver un médico, los tres tienen que ser examinados, y luego ir al hospital para sacarse una radiografía de pulmón." — Murmurando *chuc-chuc chuch-chuc* se lamió nerviosamente una mano observando lo bien cuidadas que estaban.

No podíamos probar bocado. La comida nunca remplazó al amor. Seguía con miedo y me venían a la memoria las palabras de mi querida madre: "Fifí, mantén la calma en cualquier circunstancia. Angustiándote nunca solucionarás ningún problema; si estás ocupada afligiéndote no tendrás tiempo para solucionar ningún problema".

—"¿Crees que estarán bien?" —preguntó Ku.

—"Sí, Srta. Ku —contesté—, estoy segura que ya están de regreso."

—"Pobre señora O'Grady —dijo Ku—, creo que deberíamos ir arriba y tranquilizarla."

Nos levantamos y encaminamos nuestros pasos hacia el corredor. Ku encabezaba la marcha y yo la seguía. Subimos juntas la escalera y recorrimos todo el corredor, y al fin saltamos, maullando de alegría, al abrirse la puerta y aparecer la Familia.

El hospital había descubierto bien pronto las cicatrices del Patrón; vieron que había tenido tuberculosis y un montón de dolencias más.

—"Le daré una recomendación para que le permitan ir —había dicho el médico del hospital—, porque su educación y habilidad para escribir serán beneficiosas al Canadá."

Pasaron varios días, y el Patrón recibió una carta. Decía que podía ir al Canadá si firmaba varios infor-

mes para su oficina de Salud Pública. El Patrón estaba tan disgustado con la burocracia oficial que casi rompe todos los papeles, desgraciadamente (así creemos ahora) los firmó con un encogimiento de hombros.

—"¿Cómo llevaremos los gatos?" —preguntó Mamy—.

—"Irán con nosotros en el avión, o no viajará NINGUNO, ¡estoy HARTO de todas estas reglamentaciones tontas!" —dijo el Patrón.

Durante días enteros probaron distintas compañías de aviación tratando de localizar alguna que nos permitiera viajar con la Familia, y no encerradas en un oscuro portaequipajes. Por fin accedió la Cía. Swissair. Si el Patrón hacía que la Familia viajara en primera clase, y pagaba Tarifa de equipaje por Ku y por mí, podríamos estar en el compartimiento de primera clase junto a ellos, con la condición de que todos viajaríamos cuando hubiese muchos asientos libres. El Patrón fue muy terminante al aclarar que no se iba a separar de nosotros, y pagó todas las libras que le pidieron. Luego pensó en otras cosas; teníamos que viajar directamente al aeropuerto de Idlewild, Nueva York, en lugar de volar hasta Montreal. De habernos llevado una línea canadiense la ruta hubiera sido más corta, pero como Swissair volaba directamente a Nueva York, no podíamos elegir. Ahora la cuestión era saber si la compañía norteamericana que nos llevaría de Nueva York a Detroit lo haría, como Swissair, en cabina de pasajeros. El Patrón temía que, a menos que todo estuviese arreglado de antemano, nos quedáramos detenidos en Nueva York sin medios de transporte. Nuestros pasajes eran tramitados por una agencia de viajes de Dublín, pero el Patrón quiso averiguar a fondo en la línea norteamericana, para saber si accederían a reservar los pasajes de primera clase de Nueva York a Detroit, y alquilar

un auto que nos llevara, a través de la frontera americano-canadiense hasta Windsor, donde íbamos a vivir.

La agencia averiguó, y viendo que la compañía de aviación aceptaba llevarnos en el compartimiento de pasajeros, sacó todos los pasajes. "Por lo tanto", dijeron, "no hay que preocuparse por otra cosa. Ahora tienen que llevar estos recibos a la Embajada, demostrarles que tienen suficiente dinero para vivir en el Canadá hasta encontrar trabajo, y nada más. Gracias por vuestro pedido. En cualquier momento que quieran volver, estaremos encantados de servirles". Una vez más el Patrón y Mamy se fueron a la Embajada del Canadá donde mostraron que tenían todo en orden.

—"¿Tienen un certificado del veterinario para demostrar que las gatas gozan de buena salud?" —preguntó un empleado de mal talante.

—"¡Sí!" —respondió el Patrón, entregando el papel solicitado.

Ahora, con todo en regla, los empleados no tuvieron más remedio que otorgar el permiso correspondiente para que entráramos al Canadá como "Inmigrantes Hacendados". Como ahora dice el Patrón, tristemente: "¡Ya lo creo que estábamos «enterrados»!" [1] Rendidos de cansancio, pero con los papeles en orden volvieron a Howth.

—"Ahora, gatas —dijo el Patrón—, cuando partamos, tendrán que permanecer en sus canastas, pero no bien estemos en vuelo pueden salir y sentarse con nosotros. ¿Comprendieron?"

[1] Juego de palabras en el orig. inglés con *Landed Inmigrant*, "Inmigrante hacendado", o sea, persona de solvencia, y la palabra *landed* en el sentido irónico de "enterrados" o "afincados". (*N. del T.*)

—"Todo aclarado, Patrón —dijo Ku—. ¡Pero recuerde que vamos a querer salir!"

—"¡Por supuesto que saldrán, y ahora no se preocupen, me han costado en oro lo que pesan! —Pensó un momento y agregó—: Y lo valen."

El señor Veterinario irlandés conocía a unos ciegos que hacían canastas, y el Patrón mandó hacer una para Ku y otra para mí. Eran del mayor tamaño posible para asegurarnos un amplio espacio. Nos sugirió luego que las usáramos como dormitorio por una semana para acostumbrarnos a ellas. Así lo hicimos, ¡y qué divertido resultó!

La salud del Patrón empeoró. Todas las reglas del sentido común indicaban que tendríamos que desistir del viaje. Pero el Patrón fue a ver al especialista y éste le dio unos remedios que le permitieron seguir andando. Tenía que descansar cada vez más, y yo, que sabía lo que es estar enfermo y viejo, temía un desenlace desagradable. Había sufrido y padecido en muchos lados y el resultado de esos sufrimientos se evidenciaba ahora. Ku y yo lo cuidábamos lo mejor posible.

—"¿Cómo llegaremos a Shannon?" —preguntó Amapola.

—"En el tren irlandés NO —contestó el Patrón—, tendremos que trasbordar en Limmerick, y yo no me siento como para eso. Tú y Mamy irán a Dublín y verán si pueden conseguir en algún garaje un ómnibus o alguna cosa que nos lleve."

—"Nos iremos un día antes —dijo Mamy—, porque tú necesitas un día de descanso antes de subir al avión, y para las gatas será mejor también."

Y allá se fueron a Dublín dejándonos sentadas sobre el Patrón para mantenerlo quieto y en cama. Mientras

esperábamos la vuelta de Mamy y Amapola, el Patrón nos relató una historia de gatos del Tibet.

—"Ya está arreglado —anunció Mamy—, dicen que nos llevarán, tienen un ómnibus pequeño que usan para excursiones. El hombre que conducirá va a menudo a Shannon a buscar turistas norteamericanos. Ahora hay poco que hacer."

Pero el Patrón debía ir una vez más al especialista irlandés. Todos nuestros preparativos se mantenían en secreto porque la prensa no nos daba tregua. Recordaba que hacía poco, cuando el Patrón estuviera muy enfermo, y salía por primera vez a ver al especialista, ni bien puso el pie en la puerta, se le acercó un periodista que le empezó a hacer preguntas impertinentes. Al Patrón lo dejaba perplejo que los periodistas creyeran siempre que tenían una especie de Derecho Divino para hacer preguntas. "Chismosos a sueldo" los llamaba. Le hubiese gustado tirarlos por el acantilado.

—"¡Hola! ¡Conejo Irlandés! —gritó Ku desde abajo del acantilado—. ¡Conejo!, nos vamos, no estropees el jardín en nuestra ausencia." —El señor Conejo Irlandés no contestó, Ku se contentó con soplar fuerte por el agujero y luego subió corriendo—. ¡Pájaros! ¡PÁJAROS! —gritó—. Pájaros, vamos a volar como ustedes, vamos a volar muy lejos."

—"¡Sh, sh! Srta. Ku —la recriminé—, tenemos que mantener esto en secreto. Ahora lo saben todos los pájaros y el señor Conejo."

Ku miró por encima de su hombro y sentí que se ponía rígida.

—"¡RÁPIDO! Fifí —exclamó—. Sígueme, viene el veterinario cara de viejo. —Corrimos hacia adentro, a través de la cocina, y al sótano—. ¡Uf! —Ku se estremeció—.

Casi puedo afirmar que siento arder mis orejas de sólo pensar que me las van a limpiar."

Cautelosamente asomó la cabeza por la esquina, vio que no había nada raro y se aventuró a salir. Voces. Voces en la escalera.

—"Tranquilizantes —dijo el señor Veterinario—. Dele una de éstas antes de subir al avión, y descansará bien, son unos sedantes especiales.

Hubo silencio por un rato y luego, como dudando, preguntó el Patrón:

—"¿Serán buenos para Fifí?".

—"Oh, por supuesto que son buenos para ella, y para nosotros también" —respondió el Señor Veterinario irlandés.

Se alejaron hacia una de las habitaciones y no oí nada más. No íbamos a arriesgar nuestras orejas acercándonos para que nos atraparan. ¡El señor Veterinario era MUY eficiente limpiando orejas!

Ya habíamos enviado algunos cajones a bordo de un barco. Ropas, libros, equipos fotográficos y una máquina de escribir eléctrica nueva, que el Patrón había comprado poco antes de decidirse a emigrar. El equipaje que íbamos a llevar se apilaba en el vestíbulo. No era mucho, pues no se puede llevar gran cosa por vía aérea. Ku y yo llevábamos cada una nuestra latita de *toilette*, una respetable cantidad de aserrín (que usábamos en lugar de tierra) y una reconfortante cantidad de comestibles. ¡NOSOTRAS no íbamos a pasar hambre! El Patrón estaba sentado, conversando con la señora O'Grady y el señor Loftus se paseaba afuera muy pálido y preocupado. Ku y yo recorrimos despacito la casa que pronto iba a quedar desierta, despidiéndonos de los queridos muebles. Ku saltó sobre una ventana y gritó:

—"Adiós, señor Conejo, adiós pájaros".

—"¡Llegó el ómnibus!" —exclamó Mamy.

Manos voluntariosas tomaron las valijas y las pusieron en la parte de atrás del ómnibus. El señor y la señora O'Grady bromeaban para hacer más llevadera la partida. Y el querido viejo Loftus de pie en un costado, muy triste, enjugaba disimuladamente sus ojos con una mano.

El Patrón revisó la casa con cuidado para asegurarse que no olvidábamos nada. Luego, lentamente, cerró con llave la puerta del frente y tomando la llave se la pasó a la señora O'Grady quien se encargaría de entregarla al abogado que iba a disponer de la casa.

Estrechando por una última vez la mano de los O'Grady y del señor Loftus, el Patrón se volvió para subir al ómnibus. La puerta se cerró entonces y despacio, muy despacio marchamos colina abajo, alejándonos de la presencia física de los mejores amigos que teníamos en el mundo.

Al doblar la esquina nos dispusimos a enfrentarnos con una nueva vida.

Capítulo VI

El ómnibus se encaminaba hacia el pueblo. Pasó por debajo del puente viejo de los tranvías, aceleró y pronto dejamos atrás el castillo de Howth. Permanecíamos en silencio; el Patrón, agotado, contemplaba la tierra que tanto amaba y que sentía dejar. "¡Si los recaudadores de impuestos no fueran tan rapaces!", pensó. Nos acercamos a su lado en silencio, brindándole nuestra comprensión. Al llegar a Sutton miramos a la izquierda para despedirnos calladamente de otro viejo amigo, el doctor Chapman. Desde allí hasta Dublín todo se redujo a percibir el olor de las plantas de mar, traído por el viento que soplaba desde la desembocadura del río Liffey, y las gaviotas que nos gritaban su adiós desde lo alto.

Ku estaba sentada en la parte de atrás, al lado del Patrón, y sobre un portaequipaje desde donde podía divisar el camino.

—"Oye bien, Fifí —me gritó—, te haré un rápido comentario sobre las cosas que nunca has visto. Esto es Clontarf, ahora estamos pasando por los jardines."

En el ómnibus se hablaba poco, nadie lo hacía, excepto Ku. Había tenido seis meses de gloria en Irlanda, seis meses durante los cuales comprobé que me querían, que "pertenecía" a alguien. Ahora nos íbamos, ¿hacia QUÉ nos íbamos? El ómnibus siguió andando, sin golpes

ni barquinazos, pues en Irlanda la gente es muy educada y respeta los derechos de los demás.

Ahora el tránsito era más intenso; cuando las luces eran rojas nos deteníamos. De pronto Ku exclamó:

—"Estamos pasando frente al Trinity College. Fifí, dile adiós".

El Trinity College estaba exactamente enfrente de la Agencia de Turismo que nos había hecho todos los trámites. Sentí la tentación de detenerme y cancelarlo todo. El Patrón se agachó y me palmeó la barbilla acercándome más a él. El tránsito se hacía menos denso a medida que llegábamos a los suburbios. El conductor aceleró.

—"Vamos a Limerick, Fifí —dijo Ku—, te podría cantar la cancioncita «Había un gatito de Kildare, con flores en su cabeza...»"

—"¡Cállate, Ku! —protestó el Patrón—, cómo puede alguien pensar cuando tú estás ahí gimiendo."

Por un rato todo estuvo tranquilo, pero Ku nunca estaba callada por mucho tiempo. Se sentó a mi lado y me rindió cuentas de todas las cosas interesantes que creía que yo tenía que saber. Soy vieja y tuve una vida dura. Es difícil vivir estando ciega. El viaje me venció al fin y me dormí por un rato.

De repente me di cuenta que algo sucedía y me incorporé con rapidez. ¿Dónde estábamos? ¿Cuánto tiempo había dormido? ¿Qué sucedía? El ómnibus se detuvo.

—"¿Estás bien Fifí? —preguntó el Patrón—. Nos hemos detenido para tomar el té."

—"Estamos a medio camino de Shannon —dijo el conductor—, siempre paro aquí, sirven muy buen té."

—"Entren ustedes dos —dijo el Patrón—, las gatas y yo nos quedaremos aquí."

—"Muy bien —respondió Mamy—, yo les traeré el té. Ku'ei y Fifí pueden tomar el suyo al mismo tiempo."

Mamy y Amapola bajaron del ómnibus y pude oirlas caminar. Se oyó el ruido de una puerta, y entraron al salón.

—"Se llama «Market Town» —explicó Ku, hay muchos autos estacionados. Es un lindo lugar. La gente parece amable. Hay una viejecita que te sonríe, Fifí, sonríele. «Es ciega —le gritó Ku a la viejecita—, y no la puede ver, ¡hábleme a mí!»"

—"¡Ah!, por supuesto —dijo la viejecita arrimando su cara a la ventanilla—, son unos animales preciosos. ¿Es a mí a quien habla la más pequeña? Es maravilloso las cosas que tienen hoy en día!"

—"¡Oh, vamos Madre! Tienes que comprar el té para papá o se irá a lo de O'Shaughnesseys."

—"¡Sí, sí! tienes razón, debemos irnos" —dijo la viejecita y partió.

—"Me gustó la mantilla que tenía —comentó Ku—, me gustaría tenerla como frazada."

Mamy volvió trayendo comida y té para el Patrón. Nos sirvió el té a nosotras también, pero estábamos muy excitadas como para comer mucho.

—"¿Qué te trajeron, Patrón?" —pregunté.

—"Pan con manteca y una taza de té" —contestó.

Me sentí mejor al ver que estaba comiendo algo, y me fui a probar mi té, pero ¿cómo PUEDE una gata comer cuando está tan excitada? Pensé en los viajes que había hecho antes, sacudida en un auto a toda velocidad, o medio sofocada, en una caja. AHORA iba a viajar en primera clase y sin que me separaran de mi Familia. Me acomodé junto al Patrón y ronroneé un poco.

—"¿Fifí lo está pasando bien? —le dijo el Patrón a

Mamy—, ¡creo que está disfrutando del viaje aunque no lo quiere admitir!"

—"¡Digan algo de mí!" —gritó Ku desde el fondo del ómnibus, donde cuidaba el equipaje, y dirigía al conductor.

—"No sé cómo nos arreglaríamos sin Ku'ei para cuidarnos y mantener el orden —dijo el Patrón pellizcándome la oreja—. Ku hace más barullo que todos los gatos de Kilkenny juntos" —agregó.

El ómnibus siguió su camino devorando kilómetros y alejándonos de todo lo que queríamos. ¿Pero adónde íbamos? Salimos del Condado de Tipperary y entramos al Condado de Limmerick. Íbamos más despacio a causa de la oscuridad. El viaje era largo, muy largo, y yo pensaba cómo haría el Patrón para aguantarlo. Ku dijo que se estaba poniendo cada vez más pálido. El tiempo ya no significaba nada. Las horas y los minutos corrían a la misma velocidad, como si estuviéramos viviendo en la eternidad. El rugir del ómnibus, el sonido de las ruedas, y los kilómetros que quedaban atrás, todo pasaba bajo nuestros pies y se perdía en la nada. Hasta Ku estaba silenciosa. Todo permanecía en silencio, con sólo los ruidos del ómnibus y de la noche. El tiempo se había detenido mientras los kilómetros se perdían en el anonimato de la oscuridad.

Ku se incorporó de golpe.

—"Fifí —gritó—, ¿estás despierta?"

—"Sí, Srta. Ku" —contesté.

—"Hay «dedos de luz» barriendo el cielo, despejándolo de nubes para los aviones —exclamó—. Debemos estar cerca de Shannon, creo que ya casi estamos."

El ómnibus seguía avanzando, pero ahora flotaba en el aire un clima de expectación. La Familia se despabiló. El conductor anunció:

—"Cinco minutos más. ¿Quieren ir por la entrada principal? ¿Vuelan esta noche?"

—"No —respondió Mamy—, descansaremos aquí esta noche, y todo el día de mañana; partimos para Nueva York mañana por la noche."

—"Entonces querrán ir al Motel —dijo el conductor—, está en un lugar muy lindo."

Avanzó un poco más, dio vuelta, y siguió una media milla más o menos por el camino del aeropuerto antes de detenerse frente a un edificio ubicado sobre la derecha. Bajó y fue a la oficina.

—"¡No! —dijo cuando volvió al ómnibus—, no, aquí no tienen reservas. Tenemos que ir al otro, cerca del *hall* de entrada, yo sé dónde queda."

Hicimos otro cuarto de milla tal vez, y nos detuvimos frente a otro edificio. El conductor miró para ver si era el indicado. Entraron nuestro equipaje, o por lo menos lo que íbamos a usar esa noche. Las cosas más pesadas las llevaron directamente al Aeropuerto.

—"¿Dónde está el *Toilette* para Damas?" —gritó Ku.

—"Aquí tienes" —dijo Mamy, mostrándole la lata que había puesto en el baño.

Alzándome suavemente, me llevó al baño y me puso al lado de mi lata. Luego, cuando nos dirigíamos al dormitorio, nos sentimos mucho mejor. Como de costumbre la familia tenía un dormitorio para cada uno. Yo dormía con el Patrón, y Ku con Mamy. La pobre Amapola tenía que dormir sola. Ku y yo trabajamos mucho, investigándolo todo y asegurándonos que conocíamos todas las rutas de escape, y la disposición exacta de todas las cosas necesarias. Luego nos dedicamos a la cena. Ningún gato debe acomodarse, si antes no conoce la disposición de dónde está y no ha tenido oportunidad de investigarla. Los gatos SIEMPRE deben saber dón-

de está todo. Nuestra vista es distinta de la de los seres humanos y la mayor parte de las veces vemos en dos dimensiones en vez de tres. No podemos detener el movimiento, hecho que deja perplejos a los humanos; podemos alterar nuestra visual para agrandar el objeto casi en la misma forma que un humano lo hace con una lente, como de la misma manera ver con claridad a gran distancia y también distinguir las cosas a un centímetro de nuestra nariz. No distinguimos el rojo, para nosotros es plateado. La luz azul nos resulta tan brillante como el sol. La impresión más pequeña, y el insecto más chico, los vemos con perfecta claridad. Los humanos no entienden nuestros ojos, son instrumentos maravillosos que nos permiten ver hasta la luz infrarroja. Mis ojos no, ya que estoy ciega. Me dicen que mis ojos parecen perfectos; son de un azul claro, y están abiertos, pero no ven.

Esa noche nos dormimos todos, sin preocuparnos por el ruido de los aviones que aterrizaban, levantaban vuelo y cruzaban los mares. Mamy y Amapola salieron a la mañana siguiente a buscar el desayuno para todos. Holgazaneábamos. Ku estaba sentada en la ventana admirando los vestidos de las mujeres que iban y venían por el Aeropuerto. El Patrón se vistió y nos llevó a jugar al césped, frente al edificio. Me aseguré que estaba al alcance de sus manos, ¡ahora no podía correr el riesgo de perderme!

—"¡Fifí! —preguntó Ku—, ¿es éste el Aeropuerto donde estuviste cuando llegaste de Francia?"

—"Sí, Srta. Ku —contesté—, pero yo pasé por la entrada de equipajes, nunca tuve una experiencia tan agradable como ésta. Desde aquí volamos al Aeropuerto de Dublín, pero, por supuesto, estaba inconsciente."

—"Bueno, Viejecita —me consoló la Srta. Ku—, yo te

cuidaré y me ocuparé de que hagas las cosas bien, tengo experiencia en estas cosas."

—"Gracias, Srta. Ku —contesté—, te estaré *sumamente* agradecida por tus cuidados."

Llegó la hora del almuerzo y Mamy nos llamó porque teníamos que comer y luego descansar. Terminada la comida todos nos acostamos. Ku y Mamy, Amapola sola, y el Patrón conmigo; aprovechamos para descansar bien, porque no sabíamos cómo íbamos a hacerlo en el avión. Me despertó el Patrón, que acariciándome me decía:

—"Fifí, eres una dormilona, vete a jugar con Ku'ei antes del té."

—"¡Vamos, Fifí! —llamó Ku—, no hemos explorado el corredor, ahora no hay nadie, ¡VAMOS!"

Salté de la cama y me rasqué la oreja mientras pensaba qué dirección tomar.

—"Vamos a ver al empleado de la recepción —dijo Ku—, así nos lucimos."

Había mucha gente que nunca había visto gatos siameses, y debo admitir aun a riesgo de parecer vanidosa, que causamos sensación. Cuando me tomaron por la madre de la Srta. Ku me sentí halagada más allá de lo imaginable. Hicimos nuestra ronda por la oficina de recepción y nos volvimos a nuestras habitaciones para dormir otro rato.

Las luces del aeropuerto estaban encendidas cuando nos levantamos para cenar. La oscuridad se hacía más intensa a medida que anochecía. Juntamos despacito nuestras cosas y nos internamos en la tibia noche irlandesa camino del aeropuerto.

Los hombres se llevaron nuestro equipaje y lo dejaron listo para la inspección de la aduana. El Patrón tuvo siempre palabras amables para los empleados de

la Aduana de Irlanda, NUNCA había problemas con ellos. Nuestro único problema con los empleados de Irlanda era con los de Impositiva, ya que sus exigencias eran lo que nos alejaba del país.

Nos dio la bienvenida un señor muy cortés de la Cía. Swissair que habló unas palabras con la Srta. Ku y conmigo.

—"La compañía verá con agrado que acepten su invitación a cenar" —le dijo cortésmente a la Familia.

—"No, gracias —contestó el Patrón—, ya hemos cenado, y no dejaríamos a nuestras gatas por tanto tiempo."

El señor preguntó si había algo que podía hacer por nosotros, y luego se fue, dejándonos solos. Mamy preguntó:

—"¿Les damos los sedantes a las gatas?"

—"Todavía no —respondió el Patrón—, y a Fifí no le voy a dar, siempre está tranquila. Ya veremos cómo está Ku cuando subamos a bordo."

Me doy cuenta de que por mi ceguera, estoy en inferioridad de condiciones al tratar de describir la próxima secuencia de lo sucedido. La Srta. Ku, después de mucha insistencia e incomodándose bastante, ha consentido en escribir las próximas páginas.

Bueno, allí estábamos sentados, amontonados como sardinas en lata en el *hall* principal del aeropuerto de Shannon. Había mucha gente, sentados como gallinas sobre los palos del gallinero. Los chicos gritaban malhumorados haciéndome doler la cabeza. Unos yanquis se agrupaban en un rincón con aspecto de patos rellenos. Se daban aires de importancia porque sus valijas tenían etiquetas del Cuerpo de Defensa Civil rotuladas a París —de donde vino la vieja gata—. El reloj del aeropuerto parecía oxidado, o descompuesto, porque el tiempo transcurría muy lentamente. Por fin unos indivi-

duos todos vestidos de azul y con botones dorados se acercaron a nosotros y en exagerada reverencia de salutación nos anunciaron que el vuelo de Swissair, de Shannon al aeropuerto Internacional de Nueva York, estaba listo. Pensé que eso era una tontería, ¿cómo podíamos volar cuando todavía estábamos en tierra? Trataron de asir mi canasta, pero Mamy y el Patrón no lo permitieron. El Patrón levantó la canasta de la vieja gata y Mamy la mía. Amapola..., ¡qué se yo lo que levantó! Estaba muy ocupada para saberlo. Y allá nos fuimos, como colegiales en día de fiesta, atravesando el *hall* principal, y nos internamos en la oscuridad, que no era mucha, porque todas las luces de Shannon estaban encendidas. Sobre la pista había luces de todos colores. Otras ondeaban como dedos en el cielo. Luego miré hacia adelante y vi el avión. ¡Oh!, era más grande que cualquiera de los que había visto en el aeropuerto de Dublín. Me pareció casi tan grande como la Ciudad de Howth sobre ruedas.

Seguimos caminando, acercándonos al avión, que cada vez parecía más grande. En la parte delantera había una escalera cubierta en sus costados para que los hombres que estaban en tierra no pudieran ver lo que nosotros los gatos podíamos ver. Las piernas de las mujeres.

El viejo, llevando a Fifí, ascendió con lentitud. Un comisario de a bordo bien alimentado (¡y cómo comía!) hizo una reverencia tan profunda, que casi se parte en dos. Una camarera mejor alimentada aún, vestida de azul marino con cuello blanco, nos dio la bienvenida. No hizo ninguna reverencia porque el corsé se lo impedía. Todas las camareras y recepcionistas usan corsé, lo sé porque lo leí en un libro que escribió el Patrón hace tiempo. Al fin nos ubicaron en la cabina de primera y luego se fueron a buscar a los pasajeros

de "menor categoría". Los instalaron cerca del sitio de donde venía el ruido.

Apareció una cosa luminosa que decía prohibido fumar (¡a quién se le ocurre que los gatos fuman!) y que debíamos ajustarnos el cinturón de seguridad. Así lo hicimos. El Patrón se aferró a su canasta como si fuese algo precioso. Mamy se aferró a la mía sabiendo que lo era. Se golpeó una gran puerta de metal y el avión se sacudió como si fuera a caerse en pedazos. Pero no, se movió despacito pasando por entre un montón de luces. Afuera una multitud nos despedía. Veíamos sus bocas abiertas mientras gritaban. Se parecían a los pescados que habíamos tenido en un estanque. Seguimos avanzando, en medio de un ruido horrible; luego, cuando creí que estábamos llegando a América, el aparato giró en redondo y aumentó el ruido. Grité para que el piloto se detuviera, pero con todo el ruido que hacía no me podía oir. La máquina aceleró bruscamente, tan rápido, que casi se me mezcla el almuerzo con la cena, y súbitamente nos encontramos en el aire. El piloto no sería muy experto, porque inclinó el avión sobre un costado y describió un círculo sobre el aeropuerto, para asegurarse que habíamos partido. Distinguí luces abajo, cientos de cosas y luego mucha agua iluminada por la luna.

—"Eh! —grité—, eso allí abajo, es agua, si nos caemos nos ahogamos!"

No hay duda de que me oyó porque orientó el avión hacia arriba encaminándolo a América.

Subíamos cada vez más, atravesando nubes pintadas de plata por la luna. Y todavía más arriba. Íbamos cada vez más rápido y estábamos cada vez más alto. Miré por la ventanilla y observé que salían llamas por detrás de las alas. "¡Cielos!" me dije, "¡no nos van a ahogar,

pero nos van a cocinar!". Se lo advertí al Patrón, pero me dijo que todo estaba bien, y que no debía preocuparme. Seguí mirando y vi unos caños que estaban blancos por el calor. Así me sentía yo. El piloto debe haberme entendido porque habló desde el cielo raso y dijo que no nos preocupáramos, siempre había llamas cuando ganábamos altura.

La camarera gorda se acercó, pero no entendí lo que decía porque me asustaba el ruido que hacía cuando se inclinaba. "¡Sus ropas van a reventar!" pensé. Un par de yanquis tontos haraganeaban por la primera clase. Aparte de ellos, ¡qué chanchos gordos eran!, estábamos solos. Nos habíamos elevado a unos treinta mil pies, el avión se niveló, cerca del cielo creo, y navegamos junto a las estrellas.

—"Le voy a dar una tableta a Ku" —dijo Mamy, insertando una sustancia nociva entre mis labios antes que yo o el Viejo reaccionáramos.

Cerré los ojos y tragué. Por unos segundos no pasó nada, luego me sentí deliciosamente liviana. Sentí una necesidad terrible de cantar. ¡Hombre! ¡Qué alta estaba! Los viejos se enojaban cada vez más a medida que yo me iba poniendo más contenta.

Nota especial para los amantes de los gatos: el Viejo hizo averiguaciones en el zoológico de Detroit y se enteró que a los gatos los sedantes no los calman, ¡LOS EMBORRACHAN! Un señor en el zoológico de Detroit dijo que él había tenido una experiencia similar con un gato borracho. Bueno, esto me ha divertido. Creo que ya cumplí con mi deber y ahora le paso la tarea a la vieja gata, después de todo la empezó ella.

El avión rugía a cientos de kilómetros por hora. Las estrellas disminuyeron en intensidad, hasta desaparecer

finalmente, remplazadas por una suave luz azul. Ku yacía en su canasta y se reía suavemente. Las risitas se le escapaban. Por fin no la oí más, y la curiosidad fue más fuerte que mis buenos modales.

—"Srta. Ku —le pregunté despacito, para no molestar a nadie—, Srta. Ku, ¿de qué te ríes?"

—"¿Qué?, ¿yo riéndome? ¡Oh! sí, ¡ja! ¡ja! ¡ji! ¡ji!"

Me sonreí. La Srta. Ku estaba realmente "alegre" como dicen los humanos. Sólo una vez había visto un gato en ese estado, y había sido uno que se dedicaba a visitar una bodega y beber lo que goteaba. Ku se le parecía.

—"Esto es demasiado bueno como para callarme" —se rio y me preguntó si la escuchaba.

—"Sí, Srta. Ku —respondí—, por supuesto que la estoy escuchando, encantada de oir su relato."

—"Bueno —comenzó—, sucedió poco antes que tú vinieras a Howth. El Patrón, como tú sabes, es un sacerdote budista, o Lama. Un día estaba sentado sobre una roca a la orilla del agua, cuando un monje joven, católico, que estaba de vacaciones con un grupo de compañeros, se sentó junto al Patrón.

—"Hijo mío —le dijo el monje (¡el Patrón podría haber sido su abuelo!)—. Hijo mío, tú no has ido a Misa hoy ¿verdad?"

—"No padre —respondió el Patrón cortésmente—, no he ido."

—"Debes ir a Misa hijo mío —aconsejó el joven monje—, ¡prométeme que irás hoy!"

—"No padre —contestó el Patrón—, no puedo prometerle eso."

—"Entonces tú no eres un buen cristiano, hijo mío" —le replicó enojado el monje.

—"No, padre —contestó el Patrón suavemente—, soy un sacerdote Budista, ¡un Abad!"

La Srta. Ku se quedó callada por un instante y luego soltó una carcajada.

—"Fifí —dijo al fin—, tendrías que haber visto la cara del joven monje, ¡salió corriendo como perseguido por el diablo!"

Por fin Ku se cansó de hablar y reir, y se quedó dormida, me acomodé en mi canasto y también me quedé dormida.

Cuando desperté el Patrón estaba enfermo, el comisario de a bordo estaba inclinado sobre él dándole un remedio. El Patrón es viejo y ha tenido muchas enfermedades, y pasado por muchas pruebas. Le había dado un ataque al corazón en el avión y yo no esperaba que sobreviviera. Pero me había dicho antes de salir: "Si tú puedes soportarlo, Fifí, ¡yo también puedo! ¡Esto es un desafío para ti!" Mis sentimientos hacia el Patrón eran muy especiales, porque podía conversar con él con tanta facilidad como con Ku.

—"¡CIE-LOS! —dijo Ku con tristeza—, ¡qué curda tengo! Me gustaría darle a ese veterinario cara de viejo algunos de sus sedantes para que sepa cómo son. ¡Qué saben los veterinarios humanos de gatos!"

—"¿Qué hora es, Srta. Ku por favor?" —pregunté.

—"¿Hora? ¿Eh? ¡Oh, no sé, siempre me hago un lío con la hora. De todos modos, la luz azul ya se ha apagado y sólo están las luces grandes. Pronto será la hora de comer para Ellos."

Oí rumor de platos, y los ruiditos que hace la gente cuando se despierta. Ya casi me había acostumbrado a la ceguera, pero siempre me incomodaba no saber qué pasaba. La mano del Patrón se acercó para acariciarme.

—"Vieja gata tonta —me dijo—, ¿qué te preocupa

ahora? Despierta, es hora de desayunar, y pronto aterrizaremos."

Se escuchó una voz en el techo. "Ajústense el cinturón de seguridad, por favor, aterrizaremos en el aeropuerto internacional de Nueva York." Oí tintineo de metal, y el Patrón afirmó mi canasta. La nariz del avión apuntó hacia abajo y cambió el ruido del motor. Tuve la sensación de estar flotando y luego que se paraban los motores. Un golpe y luego el chirriar de las ruedas. Otro golpe más pequeño y el avión tomó la pista.

—"Quédense en sus asientos por favor —pidió la camarera—, esperen hasta que el avión se detenga."

Seguimos andando; algún ocasional chirrido de frenos y el piloto viró y nos detuvimos. Por un momento se oyó el sonido de la respiración de la gente, luego un fuerte ¡PUM! que vino desde afuera seguido por metales que se raspaban. Se abrió una puerta y entró un golpe de aire helado.

—"Adiós —saludó el comisario de a bordo—, vuelen con nosotros la próxima vez."

—"Adiós —agregó la camarera—, ¡espero que vengan con nosotros en su próximo viaje!"

Bajamos por la escalerilla, el Patrón me llevaba en brazos, Ku iba con Mamy y Amapola cubría la retaguardia. Hacía un frío intenso.

—"¡Brrr! —protestó Ku con disgusto—, ¡primero una curda de... y ahora un frío de...!"

La Familia se apuró para que no tomáramos más frío del necesario. Pronto estuvimos en un gran vestíbulo. Ku, que estaba enterada de todo, dijo que era el *hall* de Aduana e Inmigraciones, y el edificio más grande del mundo en su tipo. El Patrón presentó todos nuestros

papeles, pasamos por Inmigración y fuimos a la Aduana.

—"¿Qué declaran?" —preguntó una voz de hombre.

—"Nada que declarar —respondió el Patrón—, estamos en tránsito para el Canadá."

—"¿Qué es eso? ¿Gatos?" —preguntó el aduanero.

—"¡Ohhh! —exclamó una mujer en la Aduana con un suspiro—, ya he visto otros antes, ¡QUÉ HERMOSOS!" —y pasamos.

Al percibir un olor distinto me di cuenta que nuestro equipaje lo llevaba un hombre de color; pero el Patrón y Mamy portaban nuestras canastas. Ya en la entrada principal el Patrón se sentó, porque se sentía muy enfermo, y Mamy se fue a averiguar qué línea americana nos iba a llevar a Detroit. Tardó un rato largo. Cuando volvió estaba enojadísima.

—"Han roto el contrato —contó—, no llevarán a los gatos en la cabina de pasajeros, dicen que tienen que ir en un compartimiento para equipaje, es por sus reglamentos. Alegan que fue un error del agente de Shannon."

Me sentí vieja de golpe. Pensé que no podría sobrevivir entre el equipaje; ya había soportado bastante, y me sorprendía que Ku pudiera soportar eso. Pero el Patrón dijo:

—"Si los gatos no pueden ir ¡nosotros tampoco iremos! Vuelve y diles que haremos un escándalo y reclamaremos nuestro dinero porque ellos accedieron a llevarnos si pagábamos por adelantado".

Mamy se volvió a consultar y nos quedamos esperando. Cuando volvió dijo:

—"Les he dicho que estás enfermo, nos van a llevar a La Guardia en un coche especial. Me sugirieron que nos quedáramos allí, en el Motel, a ver si la compañía cambia de opinión".

Pronto estuvimos instalados en un coche grande, un

Cadillac inmenso, que tenía hasta aire acondicionado.

—"¡Cielos! —dijo Amapola mientras circulábamos entre el intenso tránsito de Nueva York—, ¡no me gustaría manejar aquí!"

—"Si conserva su mano no hay ningún problema" —dijo el conductor.

Veinte minutos más tarde llegamos a lo que Ku me dijo que era el Motel más grande que había visto. Entramos.

—"¿Tienen inconveniente en recibir gatos siameses?" —preguntó el Patrón.

—"¡Por supuesto que serán bien recibidos! —dijo el hombre de la administración, mirándonos bien—. ¡Muy bien recibidos!" —repitió, asignándonos piezas.

El recorrido por los pasillos fue interminable, anduvimos KILÓMETROS antes de llegar a nuestros cuartos.

—"¡El *toilette* de damas RÁPIDO!" —gritó la Srta. Ku.

¡Mentalmente agradecí su pedido! Nos proporcionaron con gran rapidez lo solicitado, lo que contribuyó a dejarnos en paz.

—"La comida" —dijo Mamy.

—"Ocúpate de las gatas primero" —pidió el Patrón.

Nuestra rutina estaba muy alterada, pero lo pudimos soportar. Fuimos a dar una vuelta, miramos las tres piezas que habíamos tomado, e investigamos cautelosamente el pasillo.

—"Puedo ver el aeropuerto —dijo Ku—, aquello debe ser La Guardia."

Mamy se puso de pie:

—"Bueno —dijo—, cruzaré hasta la Compañía y veré qué se puede hacer."

La puerta se cerró tras ella y Ku y yo nos instalamos a cuidar al Patrón. Estaba tirado en la cama, ¡el viaje había sido tan pesado para él! Amapola entró.

—"¿Cómo llegaremos a Windsor, si la Compañía no nos quiere llevar?" —preguntó.

—"No sé, tal vez por tren —respondió el Patrón—, podríamos conseguir un compartimiento en un tren y las gatas nos acompañarían" —agregó.

Cuando Mamy volvió lo encontró dormitando.

—"No nos llevarán a menos que las gatas vayan con el equipaje" —dijo.

—"No —replicó el Patrón—, encontraremos otra forma."

Hubo un largo silencio. Ku y yo estábamos sentadas una al lado de la otra temiendo que nos mandaran en el vagón de equipaje; después de todo no podíamos quedarnos mucho en el Motel, los precios eran fantásticos.

—"Me propusieron un taxi aéreo" —dijo Mamy.

—"Bueno —contestó el Patrón—, haremos que nos reintegren el importe del pasaje desde La Guardia a Detroit, ya que la Compañía rompió el contrato. Eso reducirá el costo. ¿Dijeron lo que nos iba a costar volar de aquí al Canadá?"

Mamy se lo dijo, era tan desmedido que la impresión lo dejó sin palabras. A Ku y a mí también. Luego articuló:

—"Contrata el avión para mañana por la mañana, pero fíjate que sea suficientemente grande como para nosotros y las gatas".

Mamy asintió y salió nuevamente.

Ku y yo nos ejercitábamos corriendo alrededor de las piezas. Como eran cuartos desconocidos, Ku me explicaba, mientras corría delante de mí, la ubicación de todo. La seguía de cerca y nos divertíamos mucho; al mismo tiempo entreteníamos al Patrón a quien le gustaba vernos jugar y saltar por el aire. Cuando nos cansamos Ku me guió a una ventana y me habló de las

altas "torres" de Manhattan, donde el Patrón había vivido y trabajado hacía muchos años.

Al volver Mamy dijo que todo estaba ya arreglado, y que llegaríamos a Windsor, Canadá, el día siguiente a la misma hora. Nos dispusimos entonces a tomar el té y cuando terminamos nos sentamos a pensar en el nuevo país al que nos dirigíamos. Oscureció temprano y todos nos fuimos a la cama para descansar lo más posible; el viaje desde Howth había sido más agotador de lo que pensáramos. Aquél era un Motel agradable, aunque carísimo, debido a su cercanía al aeropuerto de Nueva York, pero el Patrón no hubiera soportado el viaje sin un descanso. A la mañana siguiente nos desayunamos, y le dijimos adiós al empleado de la recepción con quien habíamos caído muy en gracia, lo que revelaba, según Ku, un gran sentido común de su parte. Como el Patrón estaba enfermo y teníamos equipaje, alquilamos un coche para que nos llevara hasta las oficinas del taxi aéreo. Un negro muy agradable nos atendió y nos llevó a la oficina correspondiente, y luego aproximándosele le murmuró al Patrón:

—"Lo espero aquí, Señor, hasta que vea que ya están instalados".

Entramos a la oficina, donde nadie parecía estar enterado de nada a nuestro respecto. Pero una de las personas que allí estaban pareció reaccionar de pronto y se acercó a un teléfono.

—"¡Ah, sí, sí! —dijo—, ahora viene el piloto. Esperen aquí."

Esperamos y esperamos. Al fin llegó un hombre muy agitado que nos preguntó:

—"¿Son ustedes los que van al Canadá?" —Asentimos, y Ku y yo sumamos nuestras voces para dar mayor én-

fasis—. "*O. K.* —dijo—, pondremos su equipaje a bordo, ¿y esos gatos?"

—"¡VIENEN EN EL AVIÓN CON NOSOTROS!" —exclamó el Patrón con voz que no dejaba lugar a dudas.

—"*O.K.* —asintió el piloto—, las dos damas deben sentarse atrás con los canastos en las rodillas."

Y encabezó la marcha hacia el avión.

—"¡Cielos! —exclamó Ku con sorpresa—, no es más que un juguete de... Dos motores, tres asientos, y otro más para el piloto, cuatro en total. Tres ruedas para aterrizar. ¡CIELOS! —exclamó más angustiada aún—, no sé cómo vamos a sentar al Patrón en ese asiento delantero tan pequeño. Si hasta el piloto se afeitó la cabeza para dejar más espacio."

Mamy y Amapola treparon al avión, que según referencias de Ku, era del tamaño de un auto pequeño, y con comodidad atrás para dos personas más o menos normales. Como Mamy es bastante gorda y Amapola delgada, se compensaban. Al subir el Patrón sentí al avión oscilar. Pesaba entre doscientas veinticinco y doscientas treinta libras. (Puede ser que haya perdido una libra o dos en el viaje.) El piloto debía ser el menos corpulento de todos, porque su peso no se sintió. Puso en marcha los motores, uno a continuación del otro, y luego los dejó calentar. Al soltar los frenos, el aparato arrancó lentamente. Anduvimos unos kilómetros por tierra, hasta el final del aeropuerto. Ku me dio una rápida explicación:

—"¡Diablos! —gritó—, parece que todos los aviones de Estados Unidos salen de aquí, por lo menos uno por minuto".

De repente el piloto dijo una MUY mala palabra y echó el avión con violencia hacia un costado, saliendo de la pista.

—"Hemos pinchado —rezongó—. El piloto de ese avión me avisó por radio."

Oímos un ensordecedor rugir de sirenas a nuestras espaldas y una caravana de coches nos rodeó.

—"¡Dios mío! —gritó Ku haciéndose oir a pesar del ruido—. ¡Han llamado a la Guardia Nacional! —y espió cautelosamente por debajo de la ventanilla, con las orejas echadas hacia atrás para que no la vieran—. Vigilantes, muchos vigilantes; los bomberos y un montón de empleados del aeropuerto, y también traen un remolque."

—"¡Dios mío! —exclamó el Patrón—, qué terrible conmoción por una simple pinchadura."

Había hombres corriendo por todos lados; las sirenas rugían, y el sonido de los motores de los coches, se mezclaba con el de los aviones que corrían antes de levantar vuelo. De pronto sentimos unos golpes debajo de nosotros y el avión se levantó algunas pulgadas del piso para que pudieran cambiarle la rueda. Los autos se alejaron en seguida, y el remolque se llevó nuestra rueda rota. Nos acomodamos para esperar. Esperamos una hora, dos.

—"¡Podríamos haber llegado CAMINANDO al Canadá en todo este tiempo!" —comentó el Patrón disgustado.

El camión volvió despacito por el camino, flanqueando la pista. Despacito no, LÁNGUIDAMENTE los hombres salieron del camión y cruzaron hasta el avión. Al fin arreglaron la rueda y el camión se alejó. El piloto volvió a hacer arrancar los motores y esperó a que se calentaran. Hablando por su micrófono a la torre de control dijo que estaba listo para despegar. Por fin le dieron permiso, arrancó y el avión corrió por la pista elevándose luego hacia el cielo. El piloto estabilizó el avión, y per-

maneciendo bien por debajo de las rutas aéreas, lo puso a velocidad de crucero.

Volábamos, volábamos y volábamos, pero parecía que no adelantábamos nada.

—"¿A qué velocidad vamos, Srta. Ku?" —pregunté.

Ku dobló el pescuezo y mirando por encima del hombro del piloto, dijo:

—"Ciento veinticinco, altitud seis mil pies, brújula nor-este".

Envidiaba sus conocimientos, su habilidad para ver. Yo sólo podía estar sentada, dependiendo de otros para que me contaran las cosas. Pensé y pensé en todos los vuelos que había hecho encerrada en una caja, inconsciente. Esto era MUCHO mejor, ahora me trataban MEJOR que a los humanos, porque estaba sentada en la falda de Mamy.

Capítulo VII

—"¡Toc! ¡Toc! —repitió Ku, espiando por entre los hombros del piloto y del Patrón—. ¡Toc! ¡Toc! ¡Toc! Necesitaremos un paracaídas, Fifí, ¡EL INDICADOR DE LA NAFTA ESTÁ GOLPEANDO!"

El Patrón se volvió hacia el piloto:

—"¿Se descompuso el indicador de la nafta?" —preguntó.

—"Se terminó la nafta —respondió el piloto tranquilamente—, «pero siempre podemos aterrizar»."

Por debajo de nosotros se extendían los picos de los Apalaches en Pensilvania, cubiertos de nieve. Ku me hizo estremecer cuando me habló de las afiladas puntas que se erguían hacia nosotros. El piloto consultó la carta de ruta e hizo una pequeña alteración en su curso.

—"¡Oh! Srta. Ku —exclamé asustada— ¡estamos BAJANDO!"

—"Oh, tonta, quédate tranquila —contestó Ku con calma—. Vamos a aterrizar para abastecernos de nafta, aquí cerca hay un pequeño aeródromo. ¡Ahora clava tus uñas en la canasta y SOSTENTE!"

¡Pum! hizo el avión, ¡pum! ¡pum!, hizo otra vez. Patinamos un poco sobre la nieve, yéndonos hacia un costado, pero luego marchamos por la pista hacia adelante. Frenando de golpe, el piloto abrió la puerta, y entró una ráfaga de aire helado. Saltando al suelo, le

gritó a una mujer que estaba al lado del surtidor de nafta. "¡Llénalo!" la mujer se acercó y llenó el depósito, sin mirarnos siquiera. El aeródromo estaba cubierto de nieve. Ku me contó que había numerosos aviones pequeños esperando que sus dueños los remontaran. El aeródromo estaba completamente rodeado de montañas cubiertas de nieve.

El Patrón bajó sin la chaqueta.

—"¡Cuidado! —le grité—, va a tomar frío!"

—"No seas tonta Fifí —dijo Ku—, este clima frío es como una ola de calor para lo que está acostumbrado el Patrón. En el Tibet, de donde él viene, ¡el frío es tan intenso que se hielan las palabras y se caen al suelo!"

La máquina rugió nuevamente y nos deslizamos por encima de la nieve. Aquí no había torre de control, era un lugar muy pequeño. El piloto calentó los motores, apretó el acelerador y carreteó por la pista. Trepaba describiendo círculos sobre el pequeño aeródromo hasta que ganó suficiente altura. Luego se encaminó, pasando por encima de las montañas, a Cléveland. Para entonces nos habíamos acostumbrado tanto a los motores que ya no los oíamos.

Seguimos volando; subiendo y bajando suavemente con las corrientes de aire, volando sin detenernos hacia la tarde que se perdía. El humo de Pittsburgh quedó atrás, alejándose bajo nuestra ala izquierda, adelante teníamos la bruma de Cléveland.

—"Volaremos sobre Cléveland —dijo el piloto—, y cruzaremos el Lago Erie desde Sandusky. De esa manera tendremos tres islas a nuestros pies, en caso de que falle la máquina."

El piloto se inclinó sobre los controles y el avión prosiguió con su misma canción monótona. Teníamos la

espalda entumecida de tanto estar sentados. Me moví incómoda cuando el avión hizo un rápido viraje a la derecha.

—"¡Santos gatos! —exclamó Ku—, alguien ha vaciado la heladera y volcado todos los cubitos de hielo! —Luego agregó tiritando—, en realidad no son cubitos de hielo, aunque desde esta altura lo parecen. Todo el lago está congelado y hay montañas de hielo apiladas por todas partes. Desde aquí parecen cubos de hielo."

A nuestros pies el hielo cubría el suelo, cualquier extensión de agua se helaba al instante. El piloto había dicho que aquél era un invierno excepcionalmente frío, y los boletines meteorológicos anunciaban aún más frío.

—"Isla Pelee —dijo el piloto—. Estamos exactamente en la mitad del lago. Pasamos por Kingsville camino a Windsor."

El avión se estaba inclinando algo, el aire enfriado por el hielo, nos producía cierta inquietud. Estaba cansada y hambrienta, y el viaje parecía no tener fin. Entonces pensé en el Patrón, tan enfermo y viejo. Si ÉL lo estaba soportando, yo también podría. Enderecé los hombros, me acomodé con más firmeza, y me sentí mejor.

—"Cinco minutos más y aterrizamos en el aeropuerto de Windsor" —dijo el piloto.

—"¡Ohhh! —gritó Ku excitada—, puedo ver los rascacielos de Detroit!"

El avión se inclinó y giró tierra adentro. El sonido de las máquinas cambió y planeamos. Hubo un suave chasquido sobre la pista cubierta de nieve y estuvimos en Canadá.

El avión carreteó suavemente y tomó por la derecha.

—"¡IZQUIERDA!, ¡IZQUIERDA! —gritó el Patrón, que co-

nocía bien el aeropuerto–, ése es el aeródromo clausurado, tiene que ir al nuevo."

En ese mismo momento la torre de control habló por radio con el piloto y le confirmó lo dicho por el Patrón. El piloto aceleró el motor de la derecha para virar el avión, y siguió una milla más, frenó y apagó los motores.

Por un momento permanecimos inmóviles, nos sentíamos tan acalambrados que creíamos que no íbamos a poder salir. Ku murmuró:

–"Blanco como la parte de arriba de una torta. ¿De dónde salió todo eso?"

El Piloto empujó la puerta y comenzó a bajar. De repente una voz chilló con brusquedad:

–"¿Adónde van ustedes?"

Los roncos gritos del hombre me horrorizaron y me pregunté qué clase de lugar era ése. Ahora sé que allí todos hablan en esa forma. El Patrón dice que es porque creen que todavía están en la época del Este salvaje ¡donde la cortesía y los buenos modales eran índice de amaneramiento!

El Patrón explicó que éramos inmigrantes y que teníamos todos los papeles en orden. Pero el hombre protestó:

–"Es tarde, Inmigración ya está cerrada".

Dio media vuelta y entró al edificio del aeródromo. Despacio, acalambrados, bajamos del avión y nos encaminamos a una puerta donde decía "Aduana Canadiense". Entramos hallándonos en un gran *hall* vacío. Sabía que era grande y que estaba vacío por el eco de las pisadas. Seguimos caminando hasta llegar a un mostrador. Detrás había un hombre.

–"Llegan tarde –dijo–, no nos avisaron que venían. No hay ningún empleado de Inmigraciones. No puedo revisarles nada hasta que hayan pasado por Inmigración."

—"Se les notificó —dijo el piloto—, les notificamos ayer desde La Guardia, en Nueva York. ¿Y ahora qué hago yo? Tengo que volver, fírmeme este papel, es solamente un comprobante para que vean que me presenté ante la Aduana canadiense."

El hombre de la aduana suspiró con tal fuerza que su uniforme crujió.

—"En realidad no tendría que hacer esto —dijo—, porque yo me voy dentro de unos minutos. Pero..." Su pluma rasgó el papel; el piloto masculló un "gracias" al hombre de la aduana y un "adiós señores" a nosotros y desapareció de nuestra vista. Los motores de su avión rugieron cuando se perdió en la distancia.

Se abrió y cerró una puerta. Fuerte pisadas se acercaban cada vez más.

—"¡Ah! —exclamó el empleado de la Aduana a su remplazante—, aquí esta gente dice que son inmigrantes. ¿Qué se le va a hacer? Ya está cerrado, bueno, eso es asunto TUYO, yo ya me voy" —y sin agregar más se fue.

El relevo habló con una agradable tonada irlandesa.

—"Claro que los despacharemos. Voy a conseguir algún empleado de Inmigraciones que venga desde el túnel de pruebas."

Buscó un teléfono y explicó detalladamente lo ocurrido. Luego se volvió hacia nosotros y nos dijo:

—"Viene un empleado, yo no puedo tocar nada hasta que él los certifique como inmigrantes. Primero Inmigración, luego deberán volver a pasar por la Aduana. ¿Qué tienen ahí?" —preguntó.

—"Dos gatas siamesas —contestó el Patrón—, aquí están los papeles certificando que gozan de buena salud."

El hombre suspiró y volvió a tomar el teléfono.

—"...Sí, dos gatas siamesas. Sí, yo vi los papeles, sí, pensé que solamente quería verlos. ¿No? *O.K.*!" —Se

volvió hacia nosotros—. Las gatas pueden pasar. Ahora ustedes tienen que esperar."

Ku se rio susurrándome:

—"¡Nosotras estamos despachadas, Fifí, pero la Familia está clavada!"

Esperamos, y esperamos. Esperamos tanto que casi hubiéramos podido hacer el viaje de vuelta. El aeródromo estaba terriblemente desierto, casi no se oía un ruido. Tuve la sensación de que el Patrón se estaba sintiendo cada vez peor. Mamy iba y venía, y Amapola respiraba como si ya estuviera en el límite del cansancio y del sueño. En alguna parte se cerró una puerta.

—"Ah —dijo el empleado de la Aduana—, aquí viene."

Se oían pisadas por el pasillo. Dos personas caminaban; se acercaron.

—"Esta gente dice que son inmigrantes —explicó el empleado de la Aduana—. Lo llamé porque no puedo revisar nada hasta que ustedes los hayan certificado. Las gatas tienen su permiso en regla."

El empleado de Inmigraciones era un viejo bueno, pero no parecía conocer mucho el aeropuerto, ni sabía a qué oficina entrar; no hacía más que preguntas al empleado de la Aduana. Luego dijo: "Vengan por aquí", y se dirigió a un cuartito.

—"Antes de comenzar necesitamos formularios y otras cosas —explicó, tirando inútilmente de los cajones cerrados—. Esperen aquí —pidió—, tengo que encontrar las llaves."

Salió y volvió en seguida con el empleado de la Aduana. Juntos trataron de abrir cajones y armarios, murmurando cosas, cuando los encontraban cerrados. Salieron y nosotros nos dispusimos a esperar otro buen rato.

—"¡Las encontramos! Encontramos las llaves —anun-

ció el funcionario de Inmigraciones triunfalmente—. AHORA, no tardaremos."

Probó llave tras llave, poniéndose cada vez más serio. No andaba ninguna. Y allá se fue corriendo a pedir ayuda al empleado de la Aduana. Avanzaron juntos hasta el infortunado escritorio.

—"Levántelo usted —dijo el de Inmigraciones—, yo me pondré debajo; si conseguimos que esto entre, lo podremos forzar."

El murmullo de los rezongos y resoplidos nos arrulló hasta casi hacernos dormir; luego se oyó un ruido a madera que se quiebra y uno o dos tornillos cayeron al suelo. Por un momento no habló nadie, luego, el hombre de Inmigración dijo con voz entrecortada:

—"Este escritorio de... está ¡vacío!" — y se dieron vuelta tratando de abrir otros escritorios y armarios.

Mucho, pero MUCHO más tarde el empleado de Inmigraciones exclamó:

—"¡Ah! ¡LO ENCONTRÉ! —Hubo ruido de papeles y murmullo de imprecaciones a media voz—, ahora ya tenemos los formularios, pero ¿DÓNDE ESTÁN LOS SELLOS DE GOMA?".

Más búsqueda, más palabras a media voz, más espera. Ku y yo nos instalamos a dormitar hasta que nos despertaron levantando las canastas.

—"Ahora vuelvan a la Aduana, por donde entraron" —dijo el funcionario de Inmigraciones. Volvimos por el *hall*.

—"¿Todo listo?" —preguntó el empleado de la Aduana, inspeccionando nuestros papeles ahora marcados «Inmigrantes Hacendados»."

El Patrón, ya extenuado, levantó las valijas y las puso sobre el mostrador, abriéndolas para la inspección. El

empleado de la Aduana verificó metódicamente nuestra lista de valijas y revisó nuestros efectos.

—"Bien —conformó—, pueden irse."

Afuera la nieve formaba una capa espesa.

—"El invierno más frío en mucho tiempo" —nos dijo un encargado de limpieza.

Pusieron rápidamente las valijas en un coche. Mamy, Amapola, Ku y yo subimos atrás. El Patrón se instaló adelante, con el conductor, y así avanzamos por el resbaladizo camino. El conductor no parecía muy seguro de la ruta y murmuraba continuamente: "Doblamos aquí, no, más allá, no, debe ser acá". El viaje fue muy largo e incómodo. Nos pareció más largo que el viaje en avión. Anduvimos a los saltos por un camino muy malo y después de innumerables barquinazos nos detuvimos.

—"Aquí es —dijo el conductor—, ésta es la casa."

Nos bajamos y entramos las valijas. Ku y yo estábamos demasiado cansadas para hacer una inspección a fondo, por lo que nos limitamos a una vuelta tomando nota de las cosas más importantes. El Patrón me puso sobre su cama y me quedé profundamente dormida.

A la mañana siguiente vino Ku a despertarme:

—"¡Vamos, haragana! Tenemos que trabajar, camina detrás de mí y te explicaré todo".

Salté de la cama y me di una buena rascada para despabilarme. Luego la seguí.

—"Aquí es donde comeremos —dijo—, y aquí está el baño. Aquí hay una pared contra la cual te estrellarías los sesos, si los tuvieras. ¡Fíjate en su ubicación, porque no te repetiré nada! —Y siguió—, aquí hay una puerta que da a un pequeño jardín con un garaje al fondo, y más allá un camino. —Me guió por toda la casa y

saltando a la ventana del dormitorio del Patrón exclamó—: Oh, Fifí, afuera hay una galería, luego mucho césped y más allá el mar. Está helado."

—"No seas tonta, Ku —la regañó el Patrón, levantándome sobre su hombro—, vamos Ku" —dijo, acercándose a la puerta y abriéndola.

Salimos y Ku corrió para "ser la primera".

—"Esto no es el mar —explicó el Patrón—, sino el Lago Saint Clair, y cuando el tiempo esté más templado, las dos podrán salir a jugar en el pasto."

Era una casa rara. Un enrejado en el cielo raso de las habitaciones inferiores, permitía que el aire caliente subiera a las de arriba. Ku ADORABA sentarse sobre la reja de uno de los cuartos de arriba, y observar lo que sucedía abajo, en la cocina. Ubicándose allí recibía más calor de la cocina y aprovechaba la distracción que significaba enterarse de todo lo que pasaba abajo; las conversaciones de los proveedores que llegaban a la puerta, y lo que se decía en el dormitorio del Patrón.

Llegamos al Canadá pocos días antes de Navidad. Como no conocíamos a nadie la pasamos muy tranquilos. Durante el transcurso de lo que para otros eran "las fiestas", no vimos a nadie, ni hablamos con nadie. El tiempo era crudo, con continuas nevadas, y la superficie del lago era una sólida capa de hielo. Pensé en mis Navidades de los años anteriores. Mme. Diplomat era una ferviente católica y NOËL significaba mucho para ella. Recuerdo que la ÚLTIMA Navidad la pasé encerrada en el viejo galpón, lo mismo que todo el día siguiente. Con motivo de las celebraciones se habían olvidado de mí. ESTA Navidad era realmente dichosa porque podía mirar hacia atrás y comprobar que ahora realmente me querían y que nunca más me sentiría triste, olvidada y hambrienta.

En mi convivencia con Mme. Diplomat me lo pasaba casi siempre escondida. Ahora, si desaparezco por un rato, siempre hay alguien que pregunta: "¿Dónde está Fifí? ¿Está bien?" Y se organiza la búsqueda. Ahora, he aprendido que mi presencia es querida, por lo que me mantengo bien visible, o hago notar mi presencia ni bien me mencionan. La comida se sirve regularmente; el Patrón dice que engullo la comida del día ¡todo el día! Él no está de acuerdo en darles a los animales una sola comida al día. Cree que tenemos suficiente sentido común para saber cuándo hemos comido lo necesario; consecuentemente, Ku y yo siempre teníamos comida y bebida disponible día y noche.

La Navidad pasó pero extrañábamos la falta de negocios en los alrededores de la casa que habíamos alquilado. No pasaba ningún ómnibus por la puerta, y la ciudad estaba a quince millas. La única forma de viajar a alguna parte era con taxi. Los proveedores venían a la casa trayendo leche, carne y pan, así que no había posibilidad de elección y el Patrón decidió comprar un auto.

"Primero compraremos uno viejo —dijo—, y cuando nos acostumbremos a los arriesgados conductores canadienses, compraremos otro mejor."

Algo que había impresionado al Patrón era la falta absoluta de cortesía en los caminos. Comentaba a menudo: "Quizá los americanos sean los peores conductores, pero los canadienses ocupan el segundo lugar". Como el Patrón había conducido automóviles en casi sesenta países sabía lo que decía.

El taxi llegó a la puerta y llamó. El Patrón partía, y Ku le recomendó:

—"Consigue un buen coche, ¡no te dejes engañar! —Oí cerrar la puerta del taxi, y el sonido del coche que se

alejaba—. Espero que consiga uno bueno, me ENCANTA andar en auto, cuando tengo que salir no puedo esperar".

Era cierto, Ku era capaz de ir a cualquier parte y a cualquier velocidad. A mí no me gustaba viajar en auto, a menos que fuéramos a sólo unas veinte millas por hora. La velocidad no es divertida cuando una está ciega. A la Srta. Ku le gusta correr por los caminos a la máxima velocidad permitida por la ley.

La mañana pasó lentamente, y nosotras las gatas, estábamos intranquilas por la ausencia de Mamy y el Patrón. Las orejas de Ku se irguieron:

—"Fifí, ahí vienen" —dijo.

Escuché y luego los oí. ¡Desgraciadamente volvieron en un taxi! Amapola corrió escaleras abajo, hacia la puerta. Ku saltó sobre la ventana dejando escapar una exclamación de disgusto.

—"¡Han vuelto en un taxi, no han comprado auto!"

Amapola abrió la puerta.

—"¿Y bien? ¿Cómo les fue?" —preguntó.

Ku chilló:

—"¡Rápido, rápido! desembuchen, ¡VAMOS!, ¿qué pasó?"

—"Bueno —dijo el Patrón—, vimos un auto que nos pareció adecuado. Es un Monarch viejo. La agencia lo va a mandar para que lo tengamos un día a prueba. Si nos gusta, lo pagamos y nos quedamos con él."

Ku subió la escalera corriendo, con la cola erguida por la excitación.

—"Subiré, y montaré guardia desde la ventana del baño" —gritó.

El Patrón y Mamy nos contaron, a Amapola y a mí todo lo que había pasado. Nos habíamos instalado a tomar una taza de té cuando Ku gritó: "¡HURRA!, vienen dos autos", se la podía oír bailando de alegría en el cuar-

to de arriba. El Patrón y Mamy salieron, mientras a Ku la impaciencia le daba fiebre. Corría por todos lados, como gata a la que le han quitado los gatitos. "¡Cielos! ¡Cielos!", exclamaba, ¿qué pueden estar haciendo? Amapola tampoco podía soportar el suspenso. Se puso un saco abrigado y salió volando. Entonces Ku largó un aullido ensordecedor.

—"Fifí, ¡lo puedo ver! ¡Es verde y grande como un ómnibus!"

La Familia llegó a tiempo para salvar a Ku que estaba próxima a reventar de ansiedad. El Patrón la alzó y le dijo:

—"Quieres ver el auto, ¿eh? ¿Quieres venir Fifí?".

—"No, gracias —respondí—, ¡déjenme donde estoy segura!"

El Patrón cargó a Ku, y junto con Amapola —bien abrigada— salieron al aire frío. Oí el sonido de un motor. Mamy me acarició la cabeza.

—"Ahora, Fifí, podrás ir a dar una vuelta."

Volvieron media hora más tarde. Ku no cabía en sí de excitación.

—"¡Maravilloso, MARAVILLOSO! —me gritó—, fuimos a Tecumseh."

—"Srta. Ku —dije—, te va a dar un ataque si sigues así. ¿Por qué no te calmas y me cuentas?, no te entiendo cuando te pones tartamuda."

Por un momento creí que se iba a enojar, pero dominándose se sentó sobre el radiador, cruzó sus manos con elegancia y comenzó:

—"Bueno Fifí, fue así. El Viejo me llevó afuera y me puso en el asiento de atrás. Él se instaló en el del conductor, había bastante lugar, y tú sabes cuánto lugar ocupa. Amapola se sentó junto a él y el Patrón arrancó. ¡Oh! Te diré que el auto es verde y automático, vaya

a saber uno lo que quiere decir eso; hay lugar para todos nosotros y aún caben dos más. El Patrón condujo con cuidado, respeta mucho los reglamentos de tránsito, así se lo dije y me contestó que esperara hasta que lo pagara. Van a ir esta tarde a pagarlo y entonces podremos ir más rápido. Fuimos a Tecumseh y volvimos, ¡y aquí estamos! —Hizo una pausa mientras se peinaba la punta de la cola y agregó—. ¡Tienes que verlo Fifí! ¡Oh!, me olvidaba que eres ciega, bueno, ¡tendrás que probar aquellos asientos!"

Sonreí, Ku estaba realmente encantada con el auto. Yo estaba contenta de saber que el Patrón iba a poder salir más a menudo.

—"Fifí —me dijo Ku—, el auto es ¡CALDEADO! Si quisieras podrías freir huevos en él."

Pronto terminamos con el almuerzo, y el Patrón y Mamy se prepararon para salir.

—"No tardaremos —anunció Mamy—, vamos solamente a pagar el auto y a buscar provisiones. Cuando volvamos las llevaremos a dar una vuelta."

—"No quisiera ir, Srta. Ku —comenté—, no me gustan los autos."

—"¡Oh! ¡Eres una vieja tonta!" —me regañó.

Se sentó dedicándose a su tocado: orejas, nuca, todo el cuerpo, y hasta la punta de la cola.

—"Tengo que causar una buena impresión al coche nuevo —explicó—, porque tal vez no corra bien si no le caigo en gracia."

Mamy y el Patrón volvieron sorprendentemente rápido. Estaba encantada de oir el crujir de los papeles porque eso quería decir que había provisiones nuevas. Una de las fobias, que conservaba desde mis días de hambre, era el miedo de quedarme sin comida. El sentido común me decía que era un temor tonto, pero las aprensiones

no son fáciles de disipar. Otro temor aún más poderoso, a pesar de todos los razonamientos lógicos, era el de que alguien me levantara del pellejo por la nuca. Ésta es una práctica tan salvaje que voy a escribir unas líneas al respecto. Después de todo, si nosotros los gatos, no les comentáramos a la gente nuestros problemas, no los conocerían.

Cuando estaba por tener mi tercera cría, Pierre, el jardinero francés empleado por Mme. Diplomat, me levantó de repente por la nuca. El dolor en los músculos fue tan intenso, que perdí los bebés, sobre el sendero de piedra y se mataron. El golpe me lastimó internamente. Llamaron al señor Veterinario que tuvo que taponarme para detener la hemorragia.

—"¡Me has hecho perder mis cinco gatitos, Pierre! —rezongó furiosa Mme. Diplomat—, debería deducirlo de tu salario."

—"Pero Madame —protestó—, tuve mucho cuidado, la levanté por la nuca, debe ser un animal enfermo, SIEMPRE, pasa algo con ella."

El señor Veterinario estaba rojo de ira.

—"¡Están arruinando a esta gata! —gritó—. Los gatos adultos NUNCA deben alzarse así, ¡sólo los TONTOS tratan así a los animales!"

Mme. Diplomat estaba furiosa por la pérdida de dinero causada por la muerte de mis gatitos y al mismo tiempo preocupada.

—"¡Pero señor! —balbuceó—, las gatas madres LLEVAN sus gatitos tomados por la piel del cuello, y no pasa nada."

—"¡Sí! Madame —contestó el señor Veterinario—, pero las gatas madres llevan así a sus hijos cuando éstos tienen nada más que unos días. Cuando tienen sólo unos DÍAS, son tan livianos que no les pasa nada. Los gatos

adultos deben alzarse de modo que el peso descanse en el pecho y las patas traseras. De otra forma se los puede lastimar por dentro."

Seré una vieja gata tonta, pero cuando alguien me levanta, y no es de mi Familia, tengo miedo. El Patrón NO PERMITE que un extraño me levante, así que no sé por qué me preocupo. Él me levanta mejor que cualquier otro, y en la forma correcta. Pone su mano izquierda bajo mi pecho, entre las patas delanteras, donde se unen al cuerpo. Y su mano derecha me sostiene la parte de adelante de las caderas, o permite que me pare con las patas traseras sobre su mano. Cuando se sostiene un gato extraño y nervioso, debe tomarse con la mano derecha la parte de adelante de las caderas, para que el gato no pueda patear o escaparse; es la forma más inofensiva de sostener un gato. Mucha gente le ha dicho al Patrón: "¡Oh!, siempre los levanto por el pescuezo como indican los libros de estudio sobre gatos!" Bueno, no importa "lo que digan algunos libros sobre gatos", nosotros los gatos, sabemos lo que nos conviene, y ahora USTEDES también. Entonces, POR FAVOR, si quieren a los gatos, y no nos quieren hacer daño, levántennos como les he dicho más arriba. ¿Les gustaría que los levantaran a ustedes por el cuello o por el pelo? ¡A nosotros, maldita la gracia!

Tampoco nos gusta ese tonto "¡Miz! ¡Miz!", entendemos CUALQUIER idioma si la persona que nos habla está pensando lo que dice. Tenemos cerebro y sabemos usarlo. Una de las muchas cosas de los seres humanos que me deja perpleja es que están tan seguros que somos "unos animales tontos"; tan seguros como de que no puede haber vida en otros mundos, porque los seres humanos ¡creen firmemente que son la forma más evolucionada de la creación! Déjenme contarles algo. Nosotros no ha-

blamos inglés, ni francés, ni chino, en lo que respecta a fonética, pero entendemos todos estos idiomas. Conversamos con el pensamiento. "Entendemos" por el pensamiento. Y los humanos también, pero antes..., sí, antes que traicionaran al mundo animal, ¡PERDIERON el poder de leer el pensamiento! Nosotros no usamos "la razón" (como tal), no tenemos lóbulos frontales; sabemos por intuición. Las respuestas "vienen" a nosotros sin que tengamos que resolver los problemas. Los humanos tienen que usar un teléfono para hablar a la distancia. Tienen que saber un "número". Los gatos sabemos el "número" del gato al que queremos hablar. Podemos enviar por telepatía nuestro mensaje a miles de millas. Muy pocas veces pueden ustedes entender nuestro mensaje telepático. Mamy a veces puede; el Patrón siempre. Bueno, como me hace notar Ku ésta es una forma un poco extensa de relatar la historia de nuestro primer auto en el Canadá. Pero todavía sostengo, con todo el respeto que me merece la Srta. Ku, que es bueno estar enterado de la forma en que debe tratarse a un gato.

A la mañana siguiente el cartero trajo la correspondencia, montones de cartas. El Patrón miró los sobres y oí el sonido del papel que se rasgaba y de una carta que salía del sobre; hubo un silencio hasta que:

—"¡Oh! —exclamó—, ¡estos Canadienses son unos bárbaros! Aquí hay una carta del Ministerio de Salud Pública, diciéndome que si no me presento de inmediato ¡me DEPORTARÁN!"

Mamy tomó la carta y la leyó.

—"Es la primera vez que te escriben, ¿por qué lo harán en esa forma tan fea?" —dijo.

—"No sé —contestó el Patrón—, ¡todo lo que sé es que lamento muchísimo haber venido a este terrible país! —y siguió leyendo otras cartas—. Aquí hay una de la

Aduana diciendo que nuestras cosas, las enviadas por vía marítima han llegado y alguien tiene que ir a buscarlas. Eso queda en Ouellette."

—"Yo iré" —dijo Mamy, corriendo a arreglarse.

Mamy volvió a la hora del almuerzo.

—"No sé por qué estos empleados canadienses son tan antipáticos —comentó al entrar—. Trataron de poner trabas por las máquinas de escribir. Decían que si queríamos una máquina de escribir eléctrica, tendríamos que comprarla en el Canadá. Yo les expliqué que la habíamos comprado antes de pensar en venir a este país. Ahora todo está arreglado, ¡pero se comportaron con bastante descortesía!"

Se sentó y almorzamos.

—"¿Quién quiere dar una vuelta?" —preguntó el Patrón.

—"yo" —gritó Ku corriendo a la puerta.

—"Me quedaré en casa para acompañar a Fifí" —dijo Mamy.

El Patrón, Ku y Amapola salieron y oí que se abría la puerta del garaje, y que ponían en marcha el coche.

—"Ahí van, Fifí —dijo Mamy acariciándome la espalda—. Van a echar un vistazo a Windsor."

Anduvimos dando vueltas por un rato, y ayudé a Mamy a hacer las camas, corría por encima de las sábanas y las enderezaba. Tuvimos que atender a los proveedores que llamaban a la puerta; al panadero y al lechero y a alguien que vino para preguntar el nombre del dueño de casa. Afuera corrían los autos, nunca pude entender por qué todo el mundo viaja así.

Una hora o dos más tarde volvió el Patrón. Amapola llevaba a Ku cargada para que no se le enfriaran los pies en la nieve. El Patrón cerró el garaje con llave y vino a tomar el té.

—"No es como la hermosa Dublín, Fifí —me contó

Ku—, Windsor es una ciudad muy pequeña y parece que todos los hombres fuman cigarros fuertes. Fuimos por una calle, donde pensé que había rascacielos, pero al llegar al final de ella nos encontramos con un río y que los edificios grandes estaban en Detroit, del otro lado.

—"Un hombre trajo nuestras valijas de la Aduana" —anunció Mamy.

Las fueron entrando de a poco. Valijas con ropa, libros, un grabador, una gran máquina de escribir eléctrica. Todo el resto de la tarde estuvimos ocupados desempacando. Ku y yo hicimos nuestra parte examinándolo todo y revolviendo ropas y papeles. El Patrón abrió el cajón grande que contenía la máquina de escribir.

—"Menos mal que ganamos tiempo adaptando el voltaje del motor a la corriente canadiense. Ahora podemos empezar otro libro sin más demora."

Agachándose levantó la máquina del suelo y la puso sobre la mesa, colocó una hoja de papel, la enchufó, y se sentó a escribir. Pero la máquina hacía un ruido tremendo. El Patrón comenzó a enfurecerse cada vez más. Se levantó y fue hasta el medidor donde leyó "115 voltios, 60 ciclos". Tomó la máquina para revisarla y vio que decía "115 voltios, 50 ciclos".

—"¡Rab! —explotó—, han arreglado mal el motor de esta máquina. ¡No se puede usar!"

—"Llamemos a los fabricantes —dijo Mamy—, tienen una sucursal en Windsor."

Semanas más tarde los encontramos; no estaban dispuestos a cambiarla, ni a hacer ninguna concesión al respecto. Por fin el Patrón cambió la máquina por una portátil común de otra marca y por intermedio de una fábrica distinta. Ahora Amapola usa esa máquina. El Patrón sigue usando la vieja Olympia portátil con la

que escribió *El Tercer Ojo, El médico de Tibet, El cordón de plata,* y ahora este libro para mí.

Mamy y Amapola se fueron un día a Windsor a comprar musgo de pantano para Ku y para mí. Ni bien volvieron Ku me dijo:

—"Hay algo en el ambiente, ¡créeme Fifí! Amapola está excitada. ¡Hay algo en el ambiente!" —Meneó la cabeza y se fue murmurando algo entre dientes.

—"¡Sheelagh ha visto un mono!" —dijo Mamy.

El Patrón suspiró.

—"Ya ha visto bastantes, ¿no es cierto?" —dijo.

—"¡Fifí! —susurró Ku corriendo hacia mí—, por ESO huele tan raro, ha estado cerca de un mono. ¡Santo cielo! ¡Uno nunca sabe qué es lo que va a hacer esta señorita!"

—"¿Te gustaría tener un mono en casa?" —le preguntó Mamy al Patrón.

—"¡Por Dios! —replicó—, ¿acaso no vivo con ustedes dos ahora?"

—"No, en serio, Sheelagh quiere un mono."

—"¡Amapola, Amapola!, ¡oh! Amapola, ¿qué has hecho ahora?" —preguntó Ku. Y me comentó por lo bajo—, con esta ocurrencia lo ha embromado al Patrón, ¡un MONO! ¿Qué querrá después?"

El Patrón estaba sentado en una silla; me acerqué y froté mi cabeza contra su pierna para demostrarle mi simpatía. Me acarició y dándose vuelta le habló a Amapola.

—"Qué es lo que pasa?"

—"Bueno —explicó ella—, entramos a buscar musgo y había un mono sentado muy triste en el fondo de una jaula. Es AMOROSO. Le pedí al vendedor que me permitiera verlo, creo que está medio paralítico de estar tanto tiempo encerrado. Pero si lo traemos se repondrá pronto."

—"Bueno, yo no te lo puedo impedir —dijo el Patrón—, si quieres un mono, ve a buscarlo, pero son asquerosos."

—"¡Oh! VENGA a verlo" —pidió Amapola excitada—. ¡ES AMOROSO! —suspiró tan profundamente que casi hace saltar sus botones.

El Patrón se puso de pie.

—"Vamos, o nos veremos en medio del denso tránsito de la tarde" —dijo.

Amapola corrió por todas partes muy excitada y Ku sonrió cuando la vio salir.

—"¡Hubieses visto la cara del Patrón!" —comentó.

Eso es algo que me GUSTARÍA ver: la cara del Patrón. Sé que es calvo, barbudo y robusto. Ku me describe a las personas —y lo hace bien—, pero una copia jamás remplaza al original. Los ciegos desarrollamos un *sentido* muy especial, nos formamos una especie de imagen mental de lo que puede ser una persona. Podemos SENTIRLA, olerla y averiguamos mucho por su tacto y su voz; pero no tenemos idea de su color.

Anduvimos dando vueltas, repartiendo nuestros pensamientos entre la casa y el té, que estaban preparando, por una parte, y entre el Patrón y Amapola por la otra. Nos preguntábamos qué novedades se producirían.

—"Yo viví varios días en una jaula para monos, Srta. Ku" —dije a modo de introducción.

—"¡Ah! Bueno, no veo por qué te sacaron de allí —dijo Ku—. ¿Monos? ¿Quién quiere monos?" —prosiguió melancólica.

Nos sentamos a esperar. Mamy preparó el té y se sentó pensativa a nuestro lado, tal vez pensara también en monos.

—"Me voy arriba, a espiar por la ventana del baño —anunció Ku—, en cuanto vea algo te avisaré." —Y corrió escaleras arriba.

Un muchacho trajo el diario de la tarde, Mamy lo fue a buscar, entró y se puso a leer los titulares. A Ku ni se la oía, escondida en la ventana del baño. Esperamos.

Capítulo VIII

La puerta se abrió y entraron el Patrón y Amapola. Por sus pasos me di cuenta que estaban transportando algo pesado. Ku se me acercó.

—"¡Puff! ¡Qué olor!" —exclamó.

Fruncí la nariz, HABÍA un olor acre, un olor de conejo mojado, cloacas, o gato viejo.

—"Bueno, gatas —dijo el Patrón—. Vengan a saludar al mono."

Puso algo sobre el suelo, y sentí una sensación extraña, me corrió un frío por el espinazo y se me irguió la cola.

—"¡Cuidado, Fifí! —me recomendó Ku—. ¡Tenemos un tipo raro! Lo han traído en una enorme jaula de loro. ¡Oh! —exclamó consternada—, ¡se le ha escapado un chorro!"

—"¿Cree que le podremos sacar la cadena? —preguntó Amapola—, pienso que estaría mejor sin ella."

—"Sí —contestó el Patrón—, saquémoslo de la jaula primero."

Fue hasta la jaula y oí el ruedo de una puertecita al abrirse. Y aquello fue el infierno. Los alaridos parecían una mezcla entre la sirena de un barco que había oído en el puerto de Nueva York, y la sirena del faro de Bailey, en Irlanda. Ku se apartó impresionada.

—"A mí me gustaría hacer un escándalo semejante, y

que no me dijeran nada. ¡Córrete para atrás Fifí!, que ha despedido otro chorro."

Retrocedí varios pasos sin darle la espalda al animal, y acercándome a Ku le pregunté:

—"¿Lo están matando?".

—"¿Matando? No, ¡por Dios! El animalito es un histérico, chilla de un modo infernal y ni siquiera lo han tocado. El Patrón le está sacando una cadena grande, para que así esté más cómodo."

—"Pongan diarios sobre el piso —ordenó el Patrón—, hagan que la prensa sirva para algo."

Oí el ruido producido por los papeles y luego el animal comenzó a gritar, silbar y roncar.

—"Ku —pregunté—, ¿cómo vamos a llamar a «eso»?"

—"Yo lo voy a llamar ¡Monodespertador! —contestó Ku—. ¡Oh! —agregó—, ¡Amapola realmente se ha enloquecido!"

—"Mira Sheelagh —dijo el Patrón—, si colgamos la jaula aquí, entre las dos piezas será mejor, ¿qué te parece?"

—"Bueno, sí —contestó—. Pero yo quiero que esté afuera de la jaula."

—"Creo que deberíamos revisarlo —dijo el Patrón—. Vamos a buscar un veterinario para que lo vea."

—"¡Fifí! —dijo Ku—, ¡ESCONDÁMONOS! Viene un veterinario, a lo mejor nos mira las orejas." —Para estar seguras nos metimos bajo la cama del Patrón.

Mamy volvió después de hablar por teléfono.

—"El veterinario vendrá mañana, al principio no quería venir, pero le dije que no podíamos llevarle el mono. Estará aquí alrededor de las once de la mañana."

—"*O.K.* Fifí —dijo Ku—, por ahora, estamos a salvo, podemos salir otra vez."

—"Dime Ku, ¿a qué se parece el mono?" —pregunté.

—"¿A qué se parece? Creo que no hay nada en la tierra que se le parezca. Es un animal verdaderamente feo. La última vez que vi algo tan feo, fue cuando Amapola tuvo un bebé. Fue en Inglaterra. La «cosita» era un varón y tenía una cara igual a la de este mono, o el mono tiene una cara como la de él. Arrugado, marchito y desvalido. Hace ruidos raros y siempre está húmedo. —Ku hizo una pausa—. ¡Ah! Ésos sí que fueron tiempos raros —agregó—. Entonces Amapola tenía un marido. Un buen día anunció muy excitada «¡voy a tener un bebé!» y lo tuvo. ¡Ahora tiene un mono! ¡*Psss*! ¡*Pss*! ¡*Puf*!

—"¡Maldición! ¡Maldición! —dijo Monodespertador—. ¡Maldición! ¡Maldición! ¡Todo maldito! Vida en negocio mala, no quería ir. Eddy vendió mal. ¡Maldición!"

—"Srta. Ku —exclamé consternada—, ¿no crees que deberíamos hablar con Monodespertador? NO PODEMOS tener tantas maldiciones aquí. Ésta es una BUENA casa."

—"¡Oh!, el tipo está loco!" —contestó Ku.

—"¿Loco? ¿Loco? —dijo Monodespertador—. ¡Gatos, locos! Yo buen americano, odio todos los otros, gatos locos salgan de aquí."

Llegó el Patrón y me alzó:

—"Fifí —dijo—, te pondré cerca de la jaula y le dirás al mono que se está portando tontamente. No te puede alcanzar ni tocar."

—"¡Todo maldito! ¡Todo maldito! —chilló Monodespertador—. ¡Váyanse! ¡Váyanse!"

Sentí profunda tristeza de ver que pudiera existir una criatura tan tonta, tan descarriada, y espiritualmente ciega.

—"Monodespertador —le dije—, escúchame, queremos hacerte feliz, queremos que salgas de esa jaula y juegues con nosotros, te cuidaremos."

—"¡Vieja gata loca! ¡Vieja gata loca! —chilló Monodespertador—, vete."

El Patrón me frotó el mentón y el pecho.

—"No importa, Fifí —me consoló—, tal vez reflexione, si lo dejamos tranquilo."

—"*O.K.*, Patrón —contesté—, Ku y yo lo cuidaremos, y le avisaremos si entramos en comunicación con él. Creo que ha estado encerrado demasiado tiempo en aquel negocio. Está histérico. Dejemos obrar al tiempo."

—"¡Eh! Patrón —llamó Ku—, déjeme hablar con Amapola, tal vez si lo pone en el suelo se sentirá mejor."

La jaula estaba suspendida de una arcada entre dos habitaciones. El Patrón trató de levantar a Monodespertador mientras Amapola sostenía la jaula. El aire se estremecía, no, se quebraba, con los chillidos de Monodespertador que se aferraba a la jaula y gritaba, y gritaba y gritaba.

—"Éste sí que es un mono neurótico" —reflexionó Ku.

—"¡Maldición! ¡Maldición! —gritaba.

Por fin salió y se sentó en el suelo. Oí un ruido como de agua que cae y me acerqué para investigar.

—"¡Cuidado! —gritó Ku—, si te acercas tendrás que saltar sobre el Mar Amarillo. Y si no prestas atención te salpicarán las olas."

—"¡Rab!"

—"¿Sí?" —dijo Mamy.

—"¿Qué te parece si abrigamos a las gatas y las llevamos a la orilla del agua? La pobre Ku se está desorbitando de tanto querer mirar afuera."

Ku y yo tenemos unos sacos especiales para cuando hace frío, están tejidos con lana gruesa, tienen sisas y nos mantienen realmente abrigadas. Ahora, con ellos puestos, y además envueltas en una manta aún más gruesa, estábamos listas para salir. El Patrón se fue con

Ku, porque son los más aventureros. Yo salí con Mamy. Abrimos la puerta del porche y pisamos el césped cubierto de nieve. Por el tiempo que nos llevó atravesarlo calculo que el jardín tendría más o menos unas tres casas de largo. Al fondo había una pared grande y detrás de ella estaba el lago helado.

—"Tengan cuidado —nos advirtió el Patrón, dirigiéndose a Mamy y a mí—. Aquí está muy resbaladizo."

—"¡Ohhh! —gritó Ku—. Qué GRANDE es el lago —y dirigiéndose a mí—. Es como un mar, tan grande como el mar en Howth. Y está helado. Ahora déjame ver, ¿qué más te puedo describir acerca de él? Oh sí, ya sé, delante de mí está el lago. A mi izquierda hay una isla y sobre la cumbre una torre desde donde los hombres vigilan para que nadie robe el hielo. Deberían comprar heladeras, y harían un negocio —agregó—. Frente a nosotros, en la distancia, puedo ver los Estados Unidos, y a la derecha el lago se *hincha*, haciéndose más y más grande.

—"¿Cómo estás Fifí? —preguntó el Patrón—. ¿No sientes frío?".

Le aseguré que estaba bien, y disfrutando del paseo.

—"Ku —exclamó el Patrón—, ¿eres una gata valiente?"

—"¿Yo? ¡por supuesto!" —contestó Ku.

—"Bien, afírmate —dijo el Patrón—, tú y yo bajaremos al hielo, y luego le contarás a Fifí."

Ku gritó de alegría. Oí el sonido de pisadas sobre madera congelada y a Ku que gritaba desde lejos.

—"Eh, Fifí, estoy sobre el hielo, es espeso, podría caminar hasta los Estados Unidos, Fifí."

Nos alegramos de volver a la casa, donde el ambiente estaba caldeado. Amapola curaba a Monodespertador. Cuando entramos se puso rápidamente de pie, y poniendo al mono sobre el piso, exclamó:

—"¡Oh!, ¡qué calamidad! Todo sobre mi vestido limpio."

Ku comentó, volviéndose hacia mí:

—"¡Bah! ¡Bah! Recuérdame que jamás tenga un mono de. . ., Fifí."

La tormenta duró toda la noche. "¡La peor desde hacía muchos años!", decían los "meteorologistas" que traían el pan y la leche. "Y habrá otras", agregaban. Nosotros también estábamos enterados por las noticias de la radio. Las cañerías del sótano estaban congeladas.

—"Es una lástima que no se le congelen al mono" —observaba sombría la Srta. Ku.

El veterinario de los monos había estado a verlo y se había ido ya, para gran alivio nuestro.

—"No tiene cura —había diagnosticado—, traten de masajearle las piernas, PODRÍA ayudarlo, aunque lo dudo, es mucho el tiempo que ha pasado."

Se despidió con una ligera inclinación de cabeza y se fue. Salimos de nuestro escondite ya más tranquilas.

Algo golpeaba el techo de la casa de al lado. En alguna parte el viento hacía rodar una lata sobre un camino de nieve. Monodespertador estaba sentado en medio del piso. Nosotras en un sofá. "¡Uuuh!" hacía el viento. "¡Pam! ¡Pum! crujió nuestra ventana grande al abrirse dejando que la tormenta penetrara en la habitación. Amapola vino a la carrera, levantó a Monodespertador y corrió con él hacia un dormitorio. Ku y yo nos metimos bajo la cama del Patrón a esperar los acontecimientos. El Patrón tomó algunas herramientas, clavos y otros materiales, y salió afuera tratando de hacer algo antes que se volara el techo y se desplomaran las paredes. Amapola bajó cubierta con un impermeable y equipada para protegerse del viento y de la nieve.

—"¡Santas gatas-peludas! —exclamó Ku—, nosotras, po-

bres gatas, volaremos por el hielo hasta los Estados Unidos si no se apuran."

El viento helado sacudió la casa con furia. El Patrón y Amapola manipulaban con planchas de plástico y pedazos de madera. Estaban forcejeando y casi se las lleva el viento cuando éste se embolsó bajo una plancha de plástico. Mamy sostenía fuertemente las cortinas para que la pieza no se llenara de nieve. Arriba Monodespertador gritaba como loco. El viento hacía lo mismo. Por fin regresaron Amapola y el Patrón. Ya habían terminado de arreglar la ventana rota.

—"Llama al dueño de casa —dijo el Patrón—, dile que hemos hecho un arreglo provisional, ¡pero que si no lo hace arreglar bien se le va a volar el techo!"

—"Qué mal aspecto tiene el Patrón —dijo Ku—, sabes, debe ser el corazón."

El invierno parecía interminable y Ku y yo creíamos que era porque el Canadá debía estar cerca del Polo Norte. Todos los días eran iguales: opacos, nevando de continuo y con temperaturas bajo cero. Ku salía mucho en el auto, se ocupaba de las compras y le indicaba al Patrón dónde tenía que ir. A los autos que venían atrás les gritaba que no se le fueran encima y los retaba por su manera poco adecuada de conducir. Un día el Patrón y Amapola la invitaron a acompañarlos a Detroit. Allá se fueron, dejándome con Mamy para hacer la limpieza. Monodespertador estaba en su jaula. Cuando volvieron Ku entró con la cola erguida, y cierto airecito mundano.

—"Fifí, siéntate a mi lado y te contaré cómo es Detroit. Necesitas una visión más amplia de las cosas."

—"Sí, Srta. Ku" —contesté halagada al ver que se ocupaba tanto de mí.

Me corrí hasta donde estaba golpeando impaciente-

mente el piso con la cola y me senté. Se instaló lo mejor posible, y mientras hablaba comenzó a peinarse con cuidado los bigotes.

—"Bueno, la cosa es así —empezó—, nos alejamos de este basural y nos dirijimos al sitio donde el viejo Hiram hace su whiskey. Eso queda cerca del sitio donde el Patrón se hizo revisar los pulmones. Doblamos a la izquierda y cruzamos la vía, y de allí seguimos a Wyandotte. Continuamos avanzando tanto que yo creí que ya habíamos vuelto a Irlanda, luego doblamos a la derecha, y otra vez a la izquierda. Un tipo de uniforme nos hizo avanzar y pudimos meternos bajo tierra. Anduvimos a la carrera por un túnel mal iluminado, pero yo no estaba nada asustada. El Patrón me dijo que pasábamos bajo el río de Detroit, y lo creo, porque daba esa sensación. Tuve escalofríos. Seguimos andando, y subimos, después de doblar, a un sitio donde había una señal que decía: «Pavimento resbaladizo cuando está húmedo» y pagamos algo. Unos metros más adelante un hombre metió su fea cabeza por la ventanilla y preguntó «¿Dónde van?». El Patrón se lo dijo, y Amapola —como de costumbre— se metió en la conversación. El hombre dijo «*O.K.*» y seguimos."

—"Debe haber sido maravilloso, Srta. Ku —le dije—. Me hubiera encantado poder ver todo eso."

—"¡Uf! —continuó Ku—, todavía no has visto nada. Escucha esto. Fuimos hasta una calle grande, con edificios tan altos, que esperaba ver sobre sus terrazas angelitos sentados. Los automóviles corrían como si se hubieran vuelto locos, claro, eran norteamericanos. Seguimos andando y vimos el agua y dos barcos blancos con sus sobretodos puestos para protegerse de la nieve. El Patrón nos explicó que cuando les sacaban las lonas

llevaban muchos norteamericanos a alguna parte y los traían de vuelta. Para eso tenían que pagar."

Asentí con la cabeza, porque sabía algo de esto, había estado en un barco en Marsella, y más allá, lejos, sobre las playas del tibio Mediterráneo. El pensar que ahora estaba sentada cuidando un mono loco en el nevado Canadá, me hizo sonreir.

—"No interrumpas Fifí" —dijo Ku.

—"¡Pero no he dicho una palabra!" —protesté.

—"No, pero estabas pensando en otras cosas. Si es que he de continuar quiero contar con toda tu atención."

—"Sí, Srta. Ku, soy toda oídos" —aseguré.

Suspiró al continuar.

—"Vimos algunos negocios elegantes. A Amapola le gustaba ver zapatos; mientras ella se agachaba para mirar los zapatos, me tendí de espaldas y levanté la vista para ver los altos edificios. Por fin Amapola decidió que había visto suficientes zapatos, y entonces le dedicaron más atención a la pobre Ku. Anduvimos por un camino horrible. Era tan malo que creí que se me iban a caer los dientes. El Patrón dijo que estábamos «en Porter». Al principio pensé que era la cerveza que uno bebe (no yo, naturalmente), después que era el hombre que lleva las valijas, pero por fin me di cuenta que se refería a la calle Porter [1]. Doblamos a la izquierda y dimos tal barquinazo que creí que se habían salido las ruedas. El Patrón le pagó a otro tipo uniformado y pasamos por una hilera de casitas donde controlaban el tránsito. Al mirar hacia arriba vi una estructura semejante a un mecano grande con un cartel que decía «Puente Ambassador»; avanzamos y ¡oh! ¡qué espectáculo! Habíamos entrado a Detroit por debajo del río, con los cascos de los

[1] Juego de palabras con *porter*, que en inglés tiene dos acepciones: "changador", y también "cerveza negra". (*N. del T.*)

barcos sobre nuestras cabezas. Ahora, en el viaje de regreso al Canadá íbamos a una altura tal, que un americano hubiera dicho que estábamos borrachos.

Nos detuvimos sobre el puente y miramos hacia abajo. Detroit se extendía ante nosotros, semejante a uno de esos dibujos que hace el Patrón. Los ferries transportaban coches de ferrocarril a través del agua. Una lancha de carrera que pasó a gran velocidad, hizo que los barcos del lago se bambolearan como juguetes en una bañera. El viento al golpear sobre el puente lo sacudió un poco. Y a mí también.

—"Salgamos de aquí Patrón" —le pedí.

Él asintió y seguimos hasta el final del puente.

—"¿Qué llevan ahí amigos?" —preguntó un hombre de uniforme, mirándome con recelo.

—"Nada" —dijo el Patrón. Así que continuamos viaje hasta Windsor, ¡y aquí estamos!

—"¡Oh! —suspiré—, ¡HAS tenido una aventura!"

Pero eso no era nada comparado con la que iba a pasar a los pocos días. El Patrón es muy minucioso en todo lo referente al auto. Todo debe marchar con exactitud, y si no está como él quiere lo hace revisar en seguida. A los tres, ¿o eran cuatro?, días de este suceso del viaje a Detroit, entró el Patrón y dijo:

—"No estoy satisfecho con el volante del auto, parece que algo anda mal".

Mamy le aconsejó:

—"Llévalo a la estación de servicio que está en el camino, será más rápido que ir hasta Windson".

Él así lo hizo. Después de un rato me pareció oir la sirena de la policía, pero no le presté atención. Media hora más tarde llegó un auto, se cerró una puerta, y entró el Patrón.

—"Ya está listo?" —preguntó Mamy.

—"¡No! volví en taxi. Nuestro auto no estará listo hasta la tarde, necesitamos un repuesto."

—"¿Qué pasó?" —insistió Mamy, que conocía bien al Patrón.

—"Iba por el camino a veinticinco millas cuando sentí una sirena justo a mis espaldas. Un auto policial me pasó, obligándome a frenar. Por supuesto me detuve y el policía bajó de su auto y se acercó. Me puse a pensar qué infracción habría cometido, ya que había estado manejando a cinco millas menos de lo permitido. «¿Es usted Lobsang Rampa?» —preguntó el policía—. «Sí» —contesté—. «Yo he leído uno de sus libros» —dijo el hombre—. ¡Imagínate! Lo único que quería era hablarme. Me dijo que los periodistas todavía estaban tratando de ubicarnos."

—"¡Qué lástima que no tengan nada mejor que hacer —dijo Mamy—. No queremos saber nada con la prensa, ya han dicho bastantes mentiras de nosotros."

—"¿Qué hora es?" —preguntó el Patrón.

—"Las tres y media" —replicó Mamy.

—"Creo que iré a ver si está listo el auto, y si está volveré a buscarte a ti y a Ku, para que salgamos a probarlo."

Mamy preguntó:

—"¿No quieres que averigüe por teléfono? Si enviaran el auto, es decir si está listo, puedes llevar al mecánico de vuelta al garaje, y luego volver por nosotros. Llamaré ahora" —dijo Mamy, corriendo al pie de la escalera donde estaba el teléfono.

Ku me comentó:

—"¡Oh! ¡Qué bueno! Voy a salir, ¿hay algo que necesites Fifí?".

—"No gracias, Srta. Ku —le contesté—. Espero que tengas un lindo viaje."

Mamy volvió corriendo.

—"Ya viene el mecánico —anunció—, cuando ustedes se hayan puesto los abrigos ya estará acá."

El Patrón no acostumbraba a usar sobretodos gruesos como otras personas, por eso se había puesto un abrigo liviano para protegerse de la nieve. A menudo me causaba gracia ver salir al Patrón llevando solamente una chaqueta y un pantalón cuando los demás iban CUBIERTOS con todo lo que tenían a mano.

—"El coche está en la puerta" —gritó Amapola desde arriba, donde estaba jugando con Monodespertador.

—"¡Gracias!" —contestó el Patrón acercándose al mecánico que lo esperaba junto al Monarch verde.

—"Vamos Srta. Ku —dijo Mamy—, tenemos que estar listas, no tardará en volver."

Ku se acomodó para que Mamy la ayudara a ponerse el abrigo, uno azul con ribetes rojos y blancos. El auto tenía calefacción, pero el camino hasta el auto no.

—"Me acordaré de ti, tonta —me dijo Ku—, mientras ando por la carretera en el auto, tú te quedarás soportando los gritos de Monodespertador."

—"Ya están aquí" —dijo Mamy.

—"Adiós Srta. Ku, cuídate" —la despedí.

Se cerraron las puertas y el coche arrancó. Me senté a esperar. Era terrible estar sola. Yo dependía enteramente del Patrón y de Ku; eran mis ojos y, a veces, mis oídos. Cuando una se pone vieja, especialmente después de una vida agitada, el oído se torna menos agudo. Ku era joven, y siempre había comido de lo mejor. Tenía vitalidad, salud, siempre estaba alerta y su mente era ágil. Bueno, yo no era más que una gata vieja, que había tenido demasiados gatitos, y pasado demasiadas penurias.

—"¡Cuánto tardan, Fifí!" —me dijo Amapola, mien-

tras bajaba después de haber atendido a Monodespertador.

—"¡Ya lo creo!" —contesté sin darme cuenta que ella no entendía el idioma gatuno.

Fue a la ventana y después de mirar hacia afuera se ocupó de la comida. Lo único que recuerdo es que tenía algo que ver con frutas y verduras, porque a Amapola le gustaban mucho las verduras y las frutas. A mí no me gusta la fruta en absoluto, excepto el pasto grueso. A Ku le gustaban de vez en cuando las uvas blancas, quería que se las pelaran y luego se sentaba a chuparlas. Es curioso, pero también le gustaban las castañas asadas. ¡Una vez en Francia, conocí un gato que comía ciruelas y dátiles!

Amapola encendió las luces.

—"Se está haciendo tarde, Fifí, ¿qué les habrá pasado?" —preguntó.

Afuera, en el camino, se intensificaba el tránsito, la gente de Windsor volvía de sus negocios, oficinas o fábricas. Otros autos corrían en sentido contrario. (¡Se iban a divertir, aunque luego quedaran sin un centavo!) Autos, autos por todas partes pero no el que yo quería ver.

Cuando el último pájaro se hubo sacudido la nieve que lo cubría y escondió la cabeza bajo el ala para dormir se oyó el golpe de la puerta de un auto. Entraron el Patrón, Mamy y Ku.

—"¿Qué les pasó?" —preguntó Amapola.

—"¿Qué pasó?" —hice eco.

Ku corrió hacia mí, y casi sin aliento me dijo:

—"Metámonos debajo de la cama, Fifí, ¡tengo cosas que contarte!"

Nos fuimos juntas al dormitorio del Patrón y nos metimos debajo de la cama para conferenciar. Ku se

sentó y cruzó los brazos. De la pieza contigua llegaba el rumor de las voces.

—"Bueno, Fifí, esto es lo que pasó —dijo Ku—. Subimos al auto y yo le dije al Patrón, «probémoslo» a ver cómo anda. Salimos al camino y por él atravesamos Tecumseh, que como te dije antes, es un sitio donde todos hablan francés. Luego doblamos y entramos en una super carretera para alta velocidad donde la gente aprieta el acelerador y se olvida de todo."

Ku hizo una pausa para ver si yo le prestaba atención, y satisfecha continuó:

—"Por un rato anduvimos despacio y luego le dije al Patrón «Vamos, apriete un poco más el acelerador». Así lo hizo y vi que íbamos sólo a sesenta, lo que era muy legal. Aumentamos un poco, tal vez a sesenta y cinco, luego sentimos un golpe y una lluvia de chispas apareció por debajo de nosotros. Rápidamente miré al Patrón. Estaba con el volante en la mano, ¡suelto!".

Hizo otra pausa para provocar mi expectativa, y cuando vio que había logrado el efecto que deseaba prosiguió.

—"Allí estábamos, sobre esa larga carretera, a sesenta y cinco millas por hora o más. Y no teníamos volante. Por fortuna el tránsito no era denso. El Patrón se ingenió para frenar el auto y detenerlo con una de las ruedas delanteras colgando sobre una zanja. El aire olía a goma quemada porque había tenido que frenar a fondo para evitar que volcáramos en la zanja. El Patrón bajó, dobló las ruedas delanteras con la mano y volvió al auto. Lo puso en marcha atrás y volvimos al camino. Mamy se bajó y caminó hasta un lugar donde había teléfono, y desde allí llamó al taller para que vinieran a remolcarnos."

Estaba maravillada, Ku no parecía haberse asustado,

por el contrario, me lo contaba muy serena. No tuve paciencia para esperar a que continuara y la interrumpí.

—"Pero Srta. Ku, el volante recién había sido arreglado, ¡por eso fue que lo llevaron al taller!"

—"Sí, claro, sí —contestó—, todas las piezas del volante eran nuevas; pero se cayeron porque se habían olvidado de ajustar algo. Bueno, como te decía, vino el remolque a buscarnos con una gran grúa. El hombre se bajó, chistó entre dientes y preguntó: «¿Están todos vivos?». Entonces ubicamos el coche en forma que el remolque pudiera ir adelante. Yo me instalé al frente, haciéndome oir a pesar del ruido, y diciéndole a todos lo que tenían que hacer. Oh, fue realmente un espectáculo, Fifí, y todavía no te he contado ni la mitad. Bueno, los tres nos sentamos en el asiento delantero del Monarch, y la grúa levantó las ruedas de adelante —reflexioné sobre el aspecto poco digno que ofrecíamos—. El camión dio la vuelta hacia casa con nosotros atrás, balanceándonos y haciéndonos saltar. Así anduvimos varias millas, y hasta el día de hoy sostengo que el remolque rápido perjudicó nuestra transmisión automática. —Ku me miró con aire doctoral y agregó—: tú no eres ingeniero Fifí, si lo fueras sabrías que es muy peligroso remolcar un auto con transmisión automática. Un remolque muy veloz puede arruinarlo, y éste lo hizo. Pero en fin, no te estoy dando una conferencia técnica, lo que de todos modos no estaría al alcance de tu mente."

—"Srta. Ku —le pregunté—, ¿qué sucedió luego?"

—"¿Qué sucedió luego? ¡Oh! sí, haciendo un ruido infernal cruzamos la barrera en Tecumseh y llegamos al taller. El Patrón estaba enojado porque tuvo que pagar por los repuestos, pero el hombre del taller no quería saber de nada, afirmando que lo que había pasado era un «acto de Dios», qué quiso decir con eso, no lo sé. Creo

que a causa de que yo le dije que no podía traer alzado al Patrón todo el camino, nos hizo traer a casa en su propio auto. ¡Y aquí nos tienes!"

Podía oir el ruido de platos, y a pesar de que era la hora de comer, no hubiera podido tragar un bocado por la ansiedad que me dominaba. Tenía una idea fija.

—"Dime Srta. Ku, ¿estuviste asustada?" —le pregunté.

—"¿Asustada? ¿Asustada? Loados sean diez gatos juntos, no. Sabía que si alguien podía sacarnos del lío, ése era el Patrón, y además, yo estaba allí para aconsejarle. Mamy se mantuvo muy tranquila, no nos dio ningún trabajo. Pensé que tal vez le daría un ataque de nervios y se arañaría, pero lo tomó con mucha tranquilidad. ¡Ahora a comer!"

Salimos de abajo de la cama para ir a la cocina donde estaba lista nuestra cena.

—"Al viejo le pasa algo —comentó Ku—, ¿qué será?"

Nos dimos prisa con la cena para poder ir a escuchar, sin perdernos demasiado ni de la comida ni de la conversación.

—"Pronto Fifí —me urgió Ku—, nos podemos lavar mientras escuchamos."

Nos metimos en el *living* y nos sentamos a lavarnos para enterarnos de todas las noticias.

—"¡Estoy cansado de ese auto! —se quejó el Patrón—, deberíamos cambiarlo por algo mejor."

Mamy carraspeó para aclararse la garganta, lo que indicaba que tenía sus dudas.

—"¡Fíjate en Mamy! —susurró Ku—, ¡está pensando en el dinero!"

—"¿Por qué no esperamos? —argumentó Mamy—, todavía estamos esperando esos derechos de autor que tienen que llegar en estos días."

—"¿ESPERAR? —preguntó el Patrón—, si cambiamos el auto ahora, tendremos con qué hacer la transferencia. Si esperamos hasta tener ese dinero, el viejo Monarch se habrá hecho pedazos. ¡No! Si esperamos hasta tener con qué comprarlo no lo haremos nunca."

—"Monodespertador ha estado terrible —dijo Amapola, cambiando de tema—. No sé qué hacer con él."

Ku se lo dijo, pero por suerte Amapola no entendía el idioma gatuno. El Patrón sí, ¡y aplaudió dándole a Amapola una educada y cuidadosamente censurada traducción!

Esa noche, al acostarme, pensé en lo peligroso que eran los autos. Se gasta mucho en arreglarlos, y luego se caen a pedazos y cuestan todavía más plata. A mí me parecía increíble que a la gente le gustara ir a toda velocidad por el campo en una lata con ruedas. Me parecían peligrosos en extremo, yo prefería quedarme en casa y no moverme; reflexioné que ya había viajado mucho, y que no me había servido de nada. Di un brinco sobresaltada; sí, me habían servido, me habían llevado a Irlanda, y si no me hubiesen transportado a ese país no me habría encontrado con el Patrón, Mamy, Amapola y la Srta. Ku. Ya completamente desvelada, me fui hasta la cocina en busca de una comida liviana que me ayudara a pasar algunas horas de la noche. Allí me encontré con Ku que no había podido dormir pensando en los peligros del día. Monodespertador charlaba contento sin parar, y como siempre sucedía con él oí el ruido de agua que salpicaba. Ku me codeó murmurando:

—"Te apuesto a que el río Detroit es mucho más profundo desde que esa cosa vino a vivir con nosotros. Amapola debe haber estado loca cuando decidió que semejante animal viniera a vivir aquí".

—"Maldición, maldición" —chillaba Monodespertador.

—"Buenas noches, Fifí" —dijo Ku.

—"Buenas noches, Srta. Ku" —le respondí.

A la mañana siguiente el Patrón fue al taller para ver qué se podía hacer con el auto. Estuvo ausente casi toda la mañana y cuando volvió lo hizo manejando el Monarch. El Patrón siempre convocaba a una reunión de familia cuando había que decidir algo importante. Es una costumbre oriental a la que nosotros los gatos estamos acostumbrados. Ku y yo discutíamos siempre las cosas antes de decidir algo importante. En la reunión, yo me senté con el Patrón y Ku con Mamy. Amapola estaba sentada sola porque Monodespertador no tenía intelecto y sólo sabía gritar "¡Maldición! ¡Maldición! ¡Quiero irme, no quería venir!"

—"Primero —empezó el Patrón—, debemos mudarnos de esta casa. Tengo entendido, por lo que me dijo la gente del taller, que van a utilizar el otro lado de la calle como vaciadero de residuos, van a llenar la zanja con desperdicios. Eso traerá a las moscas por millones en el verano. Y en esa misma época del año el camino es casi intransitable a causa de los norteamericanos andariegos. Por lo tanto: nos vamos. —Se detuvo y nos contempló. Nadie se movió, ni dijo una palabra—. Luego —continuó—, está la cuestión del volante del auto, que ya está arreglado, pero pronto será necesario mucho dinero para ese coche. Considero que deberíamos ir a Windsor y cambiarlo por otro. El tercer punto es el siguiente: ¿qué vamos a hacer con Monodespertador? Se está poniendo cada vez peor, y como predijo el veterinario, cada vez va a necesitar mayor atención. ¿Se lo podemos dejar al que nos lo vendió? Él entiende de monos."

Permanecimos sentados por un buen rato discutiendo

los problemas, autos, casas y monos. Ku tomó nota de todo, tenía buena cabeza para los negocios y podía ocuparse de los de los demás.

—"Creo que tendríamos que ir a Windsor esta misma mañana —dijo Mamy—, ya que lo tienes pensado, será mejor terminar cuanto antes con el asunto. Yo también quiero ver una casa."

—"¡Bien! —murmuró Ku—, ¡acción, por fin! Qué activos están esta mañana."

—"Bueno, Sheelagh, qué hacemos con Monodespertador?" —le preguntó el Patrón a Amapola.

—"Lo hicimos revisar para ver si tenía cura, pero no está mejorando, y extraña a los otros animales. Creo que tendríamos que devolverlo."

—"Bien —contestó el Patrón— veremos qué se puede hacer. Tendremos una semana atareada."

En ese momento interrumpió Ku para decir que era tonto vivir en despoblado, lejos de Windsor.

—"Yo quiero ver los negocios, ¡ver la vida!" —protestó.

—"Esta vez encontraremos algún lugar en el centro de Windsor" —prometió el Patrón.

Mamy se puso de pie.

—"Si nos quedamos sentados aquí, no encontraremos nada —dijo— iré a prepararme."

Y allá se fue, mientras el Patrón salía a decirle cosas feas al Monarch que nos había defraudado. Volvió antes que Mamy estuviera lista para salir en auto.

—"Ese hombre que vive allá arriba, sobre el camino —contó—, pasaba y me vio en el taller. Se detuvo para decirme que unos periodistas estuvieron curioseando, tratando de averiguar donde vivíamos."

La Familia se ha visto muy perseguida por la prensa, venía gente de diferentes partes del mundo, y todos querían "una nota exclusiva". También recibíamos car-

tas de todo el mundo, y a pesar que sólo una entre mil traían estampillado para la respuesta, el Patrón las contestaba todas. Pero ahora discrimina mejor, no las contesta TODAS. Ku y yo tuvimos que hablarle muy seriamente para que las clasificara. Tiene una buena condición, si se le demuestra la verdad de los hechos, se deja persuadir. Ku y yo muchas veces hemos tenido que demostrarle fehacientemente las cosas para convencerlo. El sentido común es más efectivo que los sentimientos.

El Patrón llamó a Amapola desde la escalera.

—"¡Sheelagh! Andan por aquí un montón de periodistas tontos. Te sugiero que no atiendas la puerta ¡y asegúrate que esté con llave!"

Mamy y él salieron, dejándonos a Ku y a mí en casa para proteger a Amapola de los periodistas. Oí cómo arrancaba el auto y los otros ruidos que hizo al girar el coche para dar la vuelta.

—"Bueno, vieja gata —dijo Ku jovialmente—, pronto tendremos otro auto mejor. TÚ tendrías que salir más, Fifí, eso te daría más mundo."

—"Cuídense, gatas —dijo Amapola bajando por la escalera—, quiero limpiar este piso."

Nos fuimos a sentar sobre la cama del Patrón. Ku miraba por la ventana y me describía la escena.

—"El hielo se está abriendo en el lago —me explicó con alegría—. Puedo ver grandes trozos impulsados por la corriente donde ésta es más fuerte. Eso quiere decir que pronto el tiempo será más caluroso. Tal vez podamos salir en bote, eso te gustaría, tener solamente agua alrededor. Nunca tendrías sed."

Nosotros los gatos siameses somos muy gregarios, DEBEMOS amar a la gente que nos rodea. El tiempo se arrastraba y parecía no pasar nunca mientras esperábamos. Amapola estaba ocupada en la cocina, y no

queríamos molestarla. Monodespertador cantaba: "¡Me quiero ir! ¡Me quiero ir! ¡Maldición, odio a todos!", decía. Pensé en lo trágico de todo esto, puesto que aquí tenía el mejor de los hogares ¡y no estaba satisfecho! El Gran Reloj Francés, dio las once. Bostecé y decidí hacer una siesta para pasar el tiempo. Ku ya estaba dormida, su respiración era un suave rumor que rompía el silencio del dormitorio.



Capítulo IX

—"¡Cielos! ¡Oh cielos! —exclamó Ku—, qué automóvil tan grande y poderoso. —Su voz se hacía oir cada vez más, casi gritaba—, ¡Y ES MI AUTO NUEVO, ahí llegan! —Apretó con más fuerza su nariz contra el vidrio de la ventana de la cocina—. ¡Santos gatos! —suspiró—, es uno de capota dura, y azul Fifí, el color de tus ojos, y la capota es blanca. ¡Vaya qué inteligente fue el Patrón al comprar semejante cosa!"

Tengo que armarme de paciencia, pensé, y esperar hasta que me cuenten todo lo demás. A veces sufro mucho por estar ciega y por tener que depender tan enteramente de la buena voluntad de los otros. Un auto del color de mis ojos había dicho. Eso me halagaba mucho. Y con capota blanca. Eso lo haría muy elegante y haría resaltar más el azul. Pero oí que se cerraban las puertas, el Patrón y Mamy pronto estarían aquí. Oí pasos que se acercaban. Se abrió la puerta de alambre y el resorte golpeó. El Patrón y Mamy entraron. Amapola bajó corriendo la escalera, tan ansiosa como nosotras.

—"¿Vienen a verlo?" —nos preguntó el Patrón a Ku y a mí.

Yo dije:

—"No, gracias, la Srta. Ku me lo describirá cuando vuelva."

Y el Patrón y Amapola salieron a ver el auto llevándose a una muy bien abrigada Srta. Ku. Yo podía sintonizar las ondas telepáticas de la Srta. Ku. "Maravilloso, Fifí, hermoso olor a cuero. Alfombras en las que VALE LA PENA clavar las pezuñas. ¡Santas langostas!, hay METROS de vidrio y lugar de sobra para sentarse en la ventanilla de atrás. Nos vamos a dar una vueltecita por el camino, adiós Fifí, te veré luego."

Algunos se preguntarán: "Bueno señora Bigotes Grises, ¿por qué no puedes sintonizar siempre mensajes telepáticos?", y yo respondería así a preguntas tan sensatas como ésta. Si todos los gatos usaran sus poderes telepáticos con toda su fuerza, constantemente, el "aire" estaría tan lleno de ruidos que nadie entendería ningún mensaje. Hasta los humanos tienen que regular sus estaciones de radio para evitar interferencias. Los gatos se ponen en la onda del gato con el que desean comunicarse, y entonces no importa la distancia, pero cualquier otro gato que esté en esa onda también oye el mensaje; en esa forma no puede haber intimidad. También empleamos la conversación a corta distancia cuando queremos hablar en privado, y usamos la telepatía para discusiones a larga distancia y transmisiones a la comunidad gatuna. Conociendo la onda de un gato, determinada por su frecuencia básica, se puede conversar con cualquier gato de cualquier parte, y el idioma no es un obstáculo. ¿No es un obstáculo? Bueno, no mucho. Las personas, y esto incluye a los gatos, tienden a pensar en su propio idioma, y proyectan imágenes construidas directamente, en base a su cultura, y de acuerdo con su concepción de las cosas. No pido disculpas por dar tantos detalles sobre esto. Si mi libro lograra dar a los humanos una idea, aunque fuera peque-

ña de los problemas gatunos, por sólo eso este trabajo estaría justificado.

Un humano y un gato ven las mismas cosas, pero desde distintos puntos de vista. El humano ve una mesa y lo que hay sobre ella. El gato sólo ve la parte de abajo. Nosotros vemos del suelo hacia arriba. La parte inferior de las sillas; de un auto; piernas que se elevan como árboles en un bosque. Para nosotros el piso representa una vasta llanura salpicada de enormes objetos y pies torpes. Un gato, no importa donde esté, ve el mismo tipo de panorama que otro, y de esa forma cualquier otro gato puede descifrar su mensaje. Pero con los humanos es diferente, porque ellos proyectan una figura en perspectiva, lo que es tan irrazonable que a veces nos crea problemas. Los gatos viven entre una raza de gigantes. Los humanos viven con una raza de enanos. Tírense sobre el piso, con la cabeza descansando sobre él, y entonces verán las cosas como los gatos. Los gatos se trepan sobre los muebles y paredes para poder ver como los humanos y así poder entenderlos.

Los pensamientos humanos son incontrolables y se irradian por todas partes. Sólo la gente como el Patrón puede controlar sus irradiaciones y desparramar sus pensamientos sin mezclarlos. El Patrón nos contó a Ku y a mí que los humanos conversaban por telepatía hace muchos, pero muchos años, pero abusaron de esta facultad y la perdieron. Éste, dice el Patrón, es el significado de la Torre de Babel. Los humanos antes, como nosotros ahora, empleaban la palabra para hablar en privado dentro de un grupo, y la telepatía para larga distancia. Ahora, por supuesto, los humanos, o la mayoría de ellos, sólo emplean la palabra.

Los humanos no debieran nunca subestimar a los gatos. Tenemos inteligencia, cerebro y habilidades. No

empleamos la "razón" en el sentido general del término, sino "la intuición". Las cosas "nos llegan" pero, nosotros tenemos la respuesta de los problemas sin necesidad de resolverlos. A muchos esto les parecerá increíble, pero, como dice el Patrón: "Si las personas, o sea los seres humanos, conocieran más de ESTE mundo antes de intentar conocer el Espacio, estarían en mejores condiciones de investigar esto último. Puesto que si no fuera por la mente, NO habría implementos mecánicos quc justamente han sido creados por ella".

Algunas de nuestras leyendas se refieren a grandes hazañas habidas en el pasado entre gatos y humanos, antes de que los humanos perdieran su clarividencia y sus poderes telepáticos. ¿Que hay quien se ríe de la existencia de nuestras leyendas? ¿Entonces por qué no se ríen de las leyendas de los gitanos, que se remontan a varios siglos? Los gatos no escribimos. No lo necesitamos porque recordamos todo, y podemos usar el Registro Ascárico. Hay muchos gitanos que tampoco escriben, pero sus historias perduran a través de los siglos. ¿Quién entiende a los gatos? ¿PODRÍA usted afirmar que los gatos no tienen inteligencia? Realmente usted convive con una raza que desconoce, porque nosotros, los gatos, no *queremos* que nos conozcan.

Espero que algún día, el Patrón y yo podamos escribir un libro de historias de gatos. ¡Será un libro que dejará atónitos a los humanos! Pero todo esto me aparta de lo que estaba escribiendo.

El tibio sol me calentaba a través de la ventana de la cocina, cuando volvió Ku.

—"¡Brrr! —exclamó al entrar—, afuera hace frío, pero por fortuna el auto tiene muy buena calefacción."

Y se fue a tomar algo que la repusiera de la excitante aventura pasada con el nuevo auto. Pensé que yo tam-

bién debía comer, y además sabía que le gustaba la compañía.

—"La comida tiene buen gusto, Fifí —comentó—, creo que el paseo me ha despertado el apetito. ¡Tienes que salir, así comerás más, si eso fuera posible!" —Sonreí porque nunca había negado el hecho de que comer era uno de mis placeres.

Después de pasar hambre durante años, era lindo poder comer cuando a uno se le ocurría. Después de la cena, mientras nos lavábamos le dije a Ku:

—"¿Me contarás cómo te fue en el auto, Ku, por favor?".

Pensó un momento mientras se peinaba y lavaba detrás de las orejas.

—"Ya te hablé del color —dijo—. Supongo que querrás saber qué es lo que sucedió. Bueno, subimos y el Patrón nos contó todo. Había ido con Mamy hasta donde estaban los coches y los había mirado todos. El gerente conoce bien al Patrón, y le recomendó éste como muy bueno. Lo probó, le gustó, y lo compró. Le cambiaron el viejo Monarch. El Patrón nos va a llevar a las dos a dar una vuelta más tarde, va a manejar despacio, puedes estar tranquila."

Monodespertador estaba gritando otra vez. "¡Quiero irme! ¡Quiero irme!" Amapola le reprochó amablemente que hiciera tanto ruido. Estaba loco, de eso estábamos seguros. ¡Siempre quejándose!

—"¿Cuándo lo vamos a devolver?" —preguntó Amapola.

—"¡Hurra! —gritó Ku, saltando de alegría—. El viejo mono miseria se va, ¡todo estará más seco! ¿Por qué no se le congelarán las cañerías a ÉL?"

La noche anterior había sido más fría que de costumbre, y se habían congelado las cañerías. Estaba de

acuerdo con Ku en lo que dijera muchas veces, que Monodespertador era un mono muy húmedo.

—"Tendríamos que hablar por teléfono y avisar que lo vamos a devolver —dijo el Patrón—, no lo podemos abandonar en cualquier parte."

Mamy se fue a hablar por teléfono. El Patrón NUNCA usaba el teléfono, si lo podía evitar, porque muchas veces *oía* los pensamientos de la otra persona, y no lo que ésta decía, ¡dos cosas muy distintas! Después de algunos incidentes a causa de que el Patrón interpretaba mal las cosas, decidieron que sólo Mamy o Amapola usarían el aparato. Mamy actuaría como "gerente" puesto que desempeñaba muy bien, ya que también se encargaba de administrarlo todo por disposición del Patrón.

—"Sí, ya está todo listo para devolverlo —anunció Mamy, agregando con disgusto—, ¡pero no devolverán el dinero!"

—"Bueno Sheelagh, ¿qué hacemos?" —preguntó el Patrón.

Amapola estaba tan trastornada que tartamudeaba y no sabía qué hacer con los pies.

—"Bueno —dijo— no se ha mejorado, y es bien evidente que no le gusta estar aquí. Creo que le teme a los gatos, o quizá le gustaría más una casa sin ellos. ¡Devolvámoslo!"

—"¿Estás SEGURA, BIEN segura?" —insistió el Patrón.

—"Sí, lo haremos por su bien."

—"Muy bien, sacaré el auto ahora."

Se levantó y fue hasta el garaje. "¡Maldición! ¡Maldición!", chilló Monodespertador, "¡Quiero irme, quiero irme!" Amapola lo sacó de la jaula con tristeza y lo envolvió en una frazada. El Patrón entró y se llevó la jaula, y la metió en el baúl del coche.

Esperó un rato en el auto, y conectó la calefacción para templar el ambiente. Ya satisfecho con la temperatura, dio un bocinazo para que saliera Amapola. Oí cerrarse la puerta del auto. Luego se perdieron a lo lejos.

El coche era hermoso y Ku lo adoraba. Salí en él unas cuantas veces, pero como ya he dicho los autos no me gustaban mucho. Una vez el Patrón nos llevó a Mamy, a Ku y a mí a un lugar agradable, debajo del Puente Ambassador. Nos quedamos sentados en el coche, y el Patrón abrió un poco la ventanilla para que nos llegara "el aroma" de Detroit a través del río. Ku me indica que "aroma" no es la palabra exacta, ¡pero por lo menos no es grosera! Sentados allí, en el coche calentito, Ku me describía la escena.

—"Sobre nosotros está el Puente Ambassador, atravesando el gran río Detroit como un Mecano de juguete sobre una bañera. Una caravana incesante lo atraviesa. Hay muchos coches particulares. Los turistas estacionan sus automóviles para tomar fotografías. A nuestro frente hay una playa de ferrocarril, y a la derecha los norteamericanos están edificando un Gran Salón, porque les gusta ir a esos lugares a charlar. Ellos los llaman conferencias o convenciones, pero lo que en realidad quieren decir es que se libran de sus señoras, se cargan de bebida, y se meten en líos con mujeres. —Ku se quedó callada por un momento y luego agregó—: ¡Oh!, ¡cómo está bajando el hielo! Si pudiéramos guardar algo de él para el verano ganaríamos una fortuna. Bueno, como te iba diciendo, si quieres, le pediré al Patrón que nos lleve a Detroit."

—"No, gracias —contesté nerviosa—, como no puedo ver, creo que no lo disfrutaría, no tendría objeto. Pero me parece que le gustaría llevarte a ti!"

—"Fifí, eres realmente tonta —me contestó Ku—, realmente, me avergüenzas."

—"Llevemos a las gatas de vuelta y vamos a buscar una casa" —dijo Mamy.

—"Bien, es hora de irnos, de todos modos no me gustó el lugar desde el principio."

Yo dije: "Adiós, Señor Puente Ambassador", había tenido contactos anteriores con embajadores y cónsules, y no quería faltarle el respeto a ese puente. El Patrón puso el motor en marcha y Ku exclamó: "¡*O. K.*, adelante!" El Patrón apretó suavemente el acelerador y el auto se deslizó por la cuesta cubierta de nieve. Al pasar por la estación Windsor, un tren silbó con impaciencia y yo di un salto estremecida. Seguimos por el costado del río, pasamos por una fábrica de bebidas y bordeamos un Convento. Ku dijo que siempre se acordaba del señor Loftus de Irlanda cuando veía ese lugar. El señor Loftus tenía una hija en un convento, y estaba muy contenta allí.

Después de nuestro largo paseo nos detuvimos al costado del camino, y el Patrón me dijo:

—"De nuevo en casa Fifí, pronto tomarás el té. Primero tomaremos el té, ¿no, Rab?" —preguntó dirigiéndose a Mamy.

—"Sí, será mejor, así no tendremos que preocuparnos por la hora."

El Patrón había estado tan enfermo, que tenía que comer poco pero continuamente. A causa de "los años difíciles", antes de venir a esta casa, como me lo había anticipado el Viejo Manzano, yo también había pasado penurias, y ahora tenía que comer poco y seguido. Entramos en la casa, todavía muy abrigados pues había nieve. Amapola tenía listo el té. Me eché sobre ella para expresarle mi contento por estar de vuelta.

Cuando terminamos el té el Patrón se puso de pie diciendo:

—"Bueno, salgamos, porque si no nos damos prisa nos veremos en medio del gentío de la tarde."

Se despidió de nosotras recomendándonos que cuidáramos a Amapola. Salió seguido de Mamy y volvimos a oir el motor que se alejaba. Sabiendo que estaríamos a nuestras anchas por una hora o dos, hicimos varios ejercicios. Primero la corrí a Ku por el cuarto y después ella me corrió a mí. Luego hicimos una competencia para ver quién podía hacer más agujeros en el diario en el menor tiempo posible. Nos cansamos pronto pero de todas maneras el diario había quedado deshecho.

—"Fifí —sugirió Ku—, vamos a ver quién sube más alto por la baranda de la escalera sin caerse. —Pero en seguida aclaró—, ¡oh! me olvidaba que tú no puedes ver, bueno, eso no importa." —Se sentó y comenzó a rascarse suavemente la oreja izquierda en la esperanza de recibir una súbita inspiración.

—"¡Fifí!" —gritó.

—"Sí, Ku" —contesté.

—"Fifí, cuéntame un cuento, una de esas viejas leyendas, háblame suavemente, quiero que me hagas dormir. Tú puedes dormirte después" —añadió magnánima.

—"Muy bien Ku. Te contaré la historia de los gatos que salvaron un Reino."

—"¡Demonios! Eso me parece fantástico, bueno, empieza." —Se instaló cómodamente, yo me acomodé para estar frente a ella y comencé.

—"Había una vez, puede haber ocurrido hace miles o millones de años, una hermosa isla verde, acariciada suavemente por un luminoso sol. Las aguas azules jugaban indolentes sobre las rocas y enviaban blancas llo-

viznas al aire, formando arco iris que se entrelazaban como brazos. La tierra era fértil y lujuriante; los árboles altos y gráciles se erguían hacia el cielo, acariciados por suaves brisas. Desde las tierras más altas los ríos fluían sobre enormes cantos rodados para volcarse luego en grandes lagos, antes de entregarse serenamente al mar, siempre ávido. En las tierras interiores se alzaban las montañas, escondiendo sus picos entre las nubes, y tal vez sirviendo de cimientos para la Casa de los Dioses.

"A lo largo de sus arenas doradas, bordeadas por espuma blanca, los nativos felices jugaban, nadaban y se hacían el amor. Allí no existía más que paz, alegría y una inefable satisfacción. No se pensaba en el futuro; el dolor y la maldad eran desconocidos, sólo la felicidad reinaba bajo las ondeantes palmeras.

"Un ancho camino se extendía desde la playa internándose en el fresco crepúsculo de una inmensa floresta, y reaparecía más allá donde el escenario cambiaba completamente. Había templos, labrados en piedras de colores y oro y plata. Enormes cúpulas que parecían alcanzar el cielo, eran majestuosas y vastas prolongaciones de mórbidos edificios. Desde un alto templo llegaban las notas de un gong, haciendo volar miles de pájaros que dormitaban al sol sobre las cornisas.

"Mientras continuaba el repicar del gong, hombres vestidos con togas amarillas se dirigían presurosos al edificio central. El ajetreo continuó por un rato, luego todo volvió a estar tranquilo. En la nave principal del inmenso templo los monjes se acomodaban nerviosamente, cavilando sobre el porqué habían sido llamados con tanta urgencia. Por fin se oyó el abrir de una puerta y se vio aparecer una fila de monjes con togas amarillas. El superior, un hombre viejo, marchito y agotado por los años, caminaba al frente muy despacio, escol-

tado por dos inmensos gatos de colas y orejas negras y cuerpo blanco. Llevaban máscaras. Era evidente que había un completo entendimiento telepático entre el viejo y los gatos. Se dirigieron hacia un púlpito, y una vez allí, el viejo se quedó un momento contemplando el mar de caras que lo enfrentaba.

"—«Hermanos de todas las castas —dijo al fin muy lentamente—, los he convocado para comunicarles, que ésta, nuestra isla, está en peligro mortal. Por mucho tiempo hemos sufrido la amenaza de los científicos que habitan la tierra del otro lado de la montaña. Estamos separados por una gran abertura que casi divide esta isla, y no es fácil llegar a ellos. Dentro de su territorio la ciencia ha remplazado a la religión; no tienen Dios ni sentido de los derechos de los demás. Y ahora, hermanos de todas las castas —el viejo sacerdote se interrumpió y miró con fijeza a su alrededor. Satisfecho de contar con la atención de su auditorio, prosiguió—, hemos sido amenazados. A menos que inclinemos la cerviz ante la negación de Dios y nos subordinemos a esos hombres malvados, ¡amenazan destruirnos con sus extraños y mortíferos gérmenes! —Fatigosamente hizo una pausa. Le pesaban los años—. Nosotros, hermanos, estamos aquí para discutir la forma de liberarnos de esta amenaza a nuestra existencia y libertad. Sabemos dónde están almacenados esos *gérmenes cultivados*, pues algunos de nosotros hemos tratado de robarlo para destruirlo. Pero hemos fracasado, y aquellos a quienes enviamos fueron muertos y torturados.»

"—«¡Santo Padre! —preguntó un monje joven—, ¿cómo son esos gérmenes cultivados?, ¿son grandes y pesados para transportar? ¿Podría un hombre robarlos y CORRER?» —y se sentó, confuso por su temeridad de haberse dirigido al Padre Santo.

"El viejo clavó sus ojos melancólicos en el vacío.

"—«¿Pesados? —preguntó—, no, no son pesados. Los gérmenes cultivados están dentro de un tubo que puede sostenerse entre el índice y el pulgar, pero una sola gota que se desparramara por toda nuestra tierra nos aniquilaría. El tubo lo guardan dentro de una torre fuertemente vigilada. —Hizo otra pausa y se secó la frente—. Para demostrarnos su desprecio lo colocaron sobre el marco de una ventana abierta, bien a la vista de todos aquellos a quienes hemos enviado a su tierra. Un árbol pequeño enlaza una de sus ramas frente a la ventana, atravesándola. Es una rama del grosor de mi muñeca. Para demostrar que no nos temen, nos enviaron un mensaje diciéndonos que debemos orar hasta que se nos despeje la cabeza, y tal vez entonces la rama nos soportará.»

"La reunión continuó hasta la madrugada porque los monjes discutían la forma de salvar a su pueblo de la destrucción.

"—«Si pudiéramos derribarlo para que se rompiera, se eliminarían los gérmenes y nos salvaríamos del desastre» —dijo un monje.

"—«Así es —dijo otro—, pero si lo derribamos también podemos alcanzarlo. Si los podemos conseguir, tendremos el poder, porque se dice que no hay antídoto ni forma de salvarse de los gérmenes malignos...»

"En una celda interior yacía el viejo, exhausto sobre un sofá. A su lado, cuidándolo, había dos gatos.

"—«Su Santidad —le dijo uno por telepatía—, ¿no podría ir yo a esa tierra, trepar al árbol y sacar el frasco?»

"El otro gato miró a su compañero.

"—«Iremos juntos —dijo—, duplicará las posibilidades de éxito.»

"El viejo sacerdote meditó pensando todo lo que estaba en juego. Por fin habló telepáticamente:

"—«Puede que ustedes tengan la solución —dijo—, ya que nadie salvo un gato podría trepar ese árbol y moverse sobre esa rama. Sí, ustedes pueden tener la solución. —Se sumió en sus pensamientos por un rato y ningún gato se atrevió a entremeterse en sus pensamientos privados—. Ésa puede ser la solución —dijo por fin el viejo—. Haremos que los lleven a los dos hasta el desfiladero, y a través del mismo para que no se cansen. Y allí esperaremos el feliz regreso. —Hizo una pausa, agregando—, no le diremos a nadie lo que van a hacer, porque hasta en una comunidad como ésta hay quienes hablan demasiado. ¡Sí! —Levantó las manos con alegría—, enviaremos un emisario para que especifique los términos del convenio y eso distraerá su atención».

"Los días siguientes fueron de mucha actividad. El Supremo Sacerdote hizo saber que enviaría un Emisario, y se recibió la contestación permitiendo el viaje. Los hombres que vigilaban al Emisario llevaban dos canastos. Treparon la montaña, alcanzaron el desfiladero, lo cruzaron y llegaron al territorio enemigo. El Emisario entró aprovechando la oscuridad y liberó a los gatos de su encierro. Éstos, silenciosos como la noche, se acercaron cautelosamente al árbol quedándose al pie del mismo mientras usaban al máximo sus poderes telepáticos para poder detectar la presencia del enemigo. Uno ascendió sigilosamente, mientras el otro vigilaba. El gato se arrastró con infinita cautela por la rama hasta que por fin, en las mismas narices del guardián, dio un zarpazo al frasco. Mucho antes que los hombres pudieran salir de la torre, los gatos ya habían desaparecido en la oscuridad llevándole al viejo sacerdote el

frasco que salvaguardaría por muchos años su tierra. Ahora, en aquel país, los gatos son sagrados para los descendientes de los sacerdotes y ¡sólo los gatos saben el porqué!"

Un suave ronquido coronó mi última frase, y para asegurarme escuché. Sí, era un ronquido y esta vez más fuerte. Sonreí contenta pensando: "Bueno, soy una vieja gata aburrida, ¡pero por lo menos sirvo para hacer dormir a la Srta. Ku!" Pero no durmió mucho. De pronto se irguió.

—"Comienza a lavarte, Fifí —ordenó—, ya vienen para acá y no quiero tenerte desprolija."

Momentos después oímos el motor de un auto, seguido del ruido de la puerta del garaje. Luego, pisadas en el sendero, y el Patrón y Mamy entraron.

—"¿Cómo les fue?" —preguntó Amapola, sacándose el delantal y poniéndolo a un costado.

—"Ya encontramos un lugar —contestó el Patrón—, nos viene muy bien. Te llevaré a verlo y si quieres, también llevaremos a Ku."

Me sentía feliz de que no me hubieran pedido que fuera a ver el nuevo departamento, aunque el Patrón sabía que odiaba esas cosas. Prefería esperar hasta que nos hubiéramos mudado. ¿Qué podía haber para una gata ciega? Para qué iba a ir yo si no sabía nada de nada, ni siquiera podía darme cuenta de los objetos que debía esquivar. Quería esperar hasta que todo estuviera arreglado, con todos los muebles en su lugar, porque entonces el Patrón y Ku me llevarían por todos los cuartos señalándome la ubicación de las cosas, y el Patrón me indicaría la distancia al suelo de los distintos objetos, yo lo memorizaría, y así podría saltar

con tranquilidad. Cuando conocía un lugar podía subir y bajar de una silla sin caerme ni lastimarme. Primero me paro y toco una silla para ver dónde está el respaldo y de allí salto al sitio donde quiero ir. ¡Por supuesto que a veces me golpeo contra los muebles pero me las ingenio para no golpearme dos veces con la misma cosa!

No tardaron. Cuando volvieron, Ku se me acercó alborotada y me ordenó:

—"Para las orejas, Fifí. Es hora que te informes. Es una casa dividida en dos departamentos. Hemos tomado toda la casa para que el Patrón pueda escribir otro libro. Nosotros viviremos en el departamento de arriba. Tiene cuartos grandes que dan sobre el río Detroit. Hay un gran balcón con baranda que el Patrón dice que podemos usar cuando el tiempo esté más caluroso. Y tiene un ALTILLO donde podemos jugar y llenarnos de tierra. ¡Te gustará!"

¿Así que el Patrón iba a escribir otro libro, eh? Yo sabía que la gente le había insistido sobre la necesidad de otro libro, y sabía que tenía instrucciones al respecto de algunas entidades. Ya tenía pensado el título. Ku me leyó los pensamientos:

—"¡Sí! —exclamó contenta—, ni bien nos mudemos, la semana que viene, vamos a ir a ver a la señora Durr para conseguir papel y empezar el libro".

—"¿La señora Durr? —le pregunté—, ¿quién es la señora Durr?"

—"¿No conoces a la señora Durr? Todos la conocen, es una señora que vende libros; por el momento trabaja para una firma de Windsor, pero está por instalar su negocio. ¡No la conoces a la señora Durr! ¡Bueno, bueno! Pareces de otro mundo" —meneó la cabeza murmurando algo con disgusto.

—"¿Cómo es Srta. Ku? —pregunté—, yo no puedo ver, ¿sabes?"

—"Oh, ¡no por supuesto! me olvidaba de eso —dijo Ku—. Siéntate vieja gata y te contaré. —Nos trepamos a la ventana y sentadas cara a cara comenzó su relato—. Bueno, te has perdido algo. La señora Durr, Ruth para sus amigos, es ¡ELEGANTE! Algo gordita, de lindas facciones y castaña, como la llama Mamy, pero no sé qué quiere decir. Casi siempre usa miriñaques, supongo que no en la cama, y el Patrón dice que parece una figura de porcelana china. También tiene lindo cutis. ¿Te das cuenta?"

—"Sí Srta. Ku, muy explícita tu explicación, gracias" —contesté.

—"Vende libros y otras cosas, y a pesar de ser holandesa vende libros en inglés. Está vendiendo los libros del Patrón. A nosotros nos resulta agradable y esperamos verla más a menudo ahora que vamos a vivir en la ciudad."

Nos quedamos un momento meditando en las bondades de la señora Durr, y se me ocurrió preguntar:

—"¿Tiene gatos?" —Ku se entristeció.

—"Ah, cuánto siento que me hayas preguntado eso, es un caso VERDADERAMENTE triste —hizo una pausa y estoy segura que la oí moquear una o dos veces. Pero se controló en seguida y continuó—: Sí, tiene uno chiquito, que es gato y no es gato, y que es gata y tampoco es gata. Ha habido un terrible error, el pobrecito tiene una terrible mezcla en el Departamento Vital de él o ella. Pero posee un corazón de oro. Es la persona más amable que te puedas imaginar. Tímida, muy reservada, como es previsible en alguien en sus condiciones. La pobrecita sería una muy buena madre para algún

gatito huérfano; tendré que hablar con el Patrón sobre esto."

—"Hay algún señor Durr? —pregunté, agregando—: por supuesto tiene que haber si no no habría una señora."

—"Oh sí, hay un señor Durr, él hace la leche para Windsor, sin él todos tendrían sed, él también es holandés. Sí Fifí, te gustará la señora Durr, vale la pena un ronroneo. Pero no tenemos tiempo de discutir esas cosas ahora, tenemos que arreglar lo de la casa. La semana que viene nos mudamos y le dije al Patrón que me encargaría de ti para que no te asustaras."

—"No me asustaré, Srta. Ku, ya me he mudado muchas veces."

—"Bueno —dijo Ku ignorando mi observación—, la semana que viene van a llevar el equipaje y otras cosas en un camión, y Mamy va a estar allá para recibirlas. Entonces el Patrón te llevará a ti, a Amapola y a mí, y cuando estemos instalados él y Mamy volverán aquí para ocuparse de que todo esté limpio y en orden y entregarán la llave al dueño de casa."

Para entonces la nieve ya se estaba derritiendo y el hielo que cubriera el lago se rompía flotando sobre el río. Las tormentas repentinas de nieve nos recordaban que el verano no había llegado aún, pero sabíamos que lo peor ya había pasado. La vida en el Canadá era muy cara, todo costaba el doble o más que en Irlanda o Francia. El Patrón trató de obtener trabajo escribiendo y también en el mundo de la televisión. Pero comprobó con amargura que las empresas del Canadá no querían extranjeros, a menos que fueran (como decía el Patrón) ¡peones! Viendo que no conseguía nada escribiendo o en la televisión, intentó varias otras cosas pero no le dieron resultado. A ninguno de nosotros nos

gustaba el Canadá. La falta de cultura y apreciación de los valores espirituales eran notorias. Yo me consolaba con la idea que pronto vendría el verano y todos nos sentiríamos mejor.

El Patrón, Amapola y la Srta. Ku salieron un día a dar una vuelta; creo que fueron a un negocio para comprar musgo. Mamy y yo hicimos las camas y algunos trabajos de la casa. Había que limpiar la escalera y guardar los diarios viejos. Cuando volvieron ya habíamos terminado.

—"¿Qué te parece Fifí?" —preguntó la Srta. Ku.

—"¿Qué me parece qué Srta. Ku? ¿Qué ha sucedido?"

—"Oh no te puedes imaginar. Esto te va a dejar patitiesa. El Patrón se encontró con un hombre llamado Heddy, que adora los monos."

—"¿Monos? ¡no querrás decir con eso que vamos a tener otro mono otra vez!" —La Srta. Ku rio cínicamente.

—"No, Fifí, no vamos a tener UN mono, sino DOS de esos horrores. Pienso que con dos de esas cosas vamos a tener que nadar y trabajar extra en el Departamento de Inundaciones. —Se quedó silenciosa por un momento y luego agregó—: Pero tal vez los tengan en la galería; no podríamos tener dos monos salvajes corriendo por ahí. Monodespertador no podía caminar, pero éstos están en buenas condiciones, garantizados, si no nos satisfacen nos devuelven el dinero —suspiró y dijo—, Amapola va a ir pronto a visitar a ese hombre. ¡Ella ADORA los monos!"

—"Qué extraño —observé—, los monos tienen tan mala reputación, recuerdo uno en Francia, que era la mascota de un marino retirado, y un día se escapó y casi hace pedazos una frutería. Aunque no podría asegurarlo, una señora me lo contó, tenía un hospital de

animales. Cuando estuve internada allí, me contaron la historia del último ocupante de la jaula, el mono que se había cortado al caerse a través de un vidrio."

Estábamos ocupados empacando y Ku y yo trabajamos muchísimo, porque había innumerables cosas que poner en los cajones. Pisábamos las cosas, apretujándolas, para que ocuparan menos lugar en los baúles. A veces teníamos que escarbar en un cajón ya listo para asegurarnos que no nos habíamos olvidado de nada. Tuvimos que arrugar papel de seda, porque como todos saben el papel de seda arrugado es más suave que el nuevo. Trabajamos mucho y estoy orgullosa de pensar que ayudamos tanto. Un trabajo que adorábamos era dejar las sábanas limpias ya listas para usarse. A nadie le gustan las sábanas directamente del lavadero, duras y poco acogedoras. Ku y yo inventamos un sistema especial. Corríamos de arriba a abajo por las sábanas hasta que quedaban suaves, sin los dobleces típicos de las sábanas recién planchadas.

—"¡Sheelagh! —Mamy llamaba desde la cocina—, aquí está el carpintero que ha venido a hablar del asunto de la jaula para el mono."

—"Voy" —respondió Amapola, bajando por la escalera.

Ku gruñó con disgusto.

—"Jaula para mono, ¿eh? ¡Eso va a costar mucho! ¡Cielos! Ya no sé qué va a pasar. Tenemos que ir a escuchar."

—"Sí, sí —decía el carpintero—, la jaula la quieren en secciones, ¿no? La voy a hacer rápido."

—"Qué enorme va a ser esta jaula. El Patrón, Mamy, Amapola y nosotras entraríamos juntos."

—"¿Habrá lugar en la otra casa, Srta. Ku?" —pregunté.

—"Sí, bastante, tendremos mucho lugar arriba, en la galería que está completamente cercada con alambre tejido. Yo pensé que la usaríamos como pieza de recreo, y en cambio será pieza de mono, ¡oh bueno! ¡así son las cosas!"

En esta forma transcurrieron los últimos días. El Patrón y Amapola fueron a ver al señor Carpintero holandés y volvieron con la noticia de que la jaula estaba terminada y la iban a colocar en la nueva casa. En cada viaje que el Patrón hacía a Windsor, se llevaba más y más cosas. Ku lo acompañaba para comprobar que todo estuviera en orden y volvía diciendo:

—"Bueno, Fifí, mañana dormiremos en la ciudad de Windsor, desde donde podremos apreciar Detroit, y sus paisajes. ¡Y qué paisajes! Algunos residentes de Detroit vienen aquí con sus enormes autos y traen dólares al país. Eso es bueno para el comercio y otras cosas.

El Patrón me alzó y jugamos un rato. A mí me gustaba jugar con él, solía tener un palo muy fino con algo que sonaba en la punta y al arrastrarlo por el piso yo lo podía seguir gracias al ruido. Por supuesto que él me dejaba alcanzarlo muchas veces para inspirarme confianza. Yo SABÍA que lo hacía a propósito pero me comportaba como si lo ignorara. Esa tarde me revolvió el pelo y acariciándome el pecho me dijo:

—"Vete temprano a la cama, Fifí, pues mañana tendremos un día muy ocupado."

—"Buenas noches" —saludaron Mamy y Amapola.

—"Buenas noches" —contestamos, y luego oí el clic de la llave de la luz cuando el Patrón la apagó por última vez en aquella casa.

¿Mañana? Mañana sería otro día, y nos llevaría a otra casa. Por esa noche me acosté y dormí.

Capítulo X

—"La, la, la —cantaba la Srta. Ku—, ya nos vamos otra vez, viajamos por el ancho mundo como un gato en una lancha. Llegamos a esta ciudad de Windsor, para irnos otra vez."

—"¡Eh! estáte quieta, Ku —pidió el Patrón—. No hay nadie en el mundo que pueda pensar mientras tú trates de cantar. Resígnate, tienes tanto oído para la música como yo."

Me sonreí. Ya era de mañana, y Ku amanecía cantando. Después de lo que le dijera el Patrón se alejó protestando: "¡No aprecia el arte!"

Me estiré lánguidamente, pronto tomaríamos el desayuno. Mamy ya estaba en la cocina. Alcanzaba a oir el ruido de los platos, y después:

—"¡Ku, Fifí! Vengan a tomar el desayuno."

—"¡Voy, Mamy!" —contesté, busqué el borde de la cama y salté al piso.

Siempre era una aventura salir de la cama por la mañana. Nuestros sentidos y percepciones no están tan agudizados cuando nos despertamos y siempre temía saltar sobre los zapatos del Patrón o sobre cualquier otra cosa. Sin embargo, era un peligro más aparente que real, porque ponía excepcional cuidado para que no me pasara nada.

—"Ahí va Fifí!" —le gritó el Patrón a Mamy.

—"Vamos, a tomar el desayuno, esta mañana estás lerda como una viejecita" —me regañó Mamy. Sonreí y me senté a tomar el desayuno.

—"No, un poco más a la derecha, ¡así!" —agregó Ku.

—"¿Y ahora qué llevaremos? —preguntó el Patrón—, voy a buscar la correspondencia."

Mamy sugirió que las cosas más frágiles, y el Patrón y Amapola las llevaron al auto. Teníamos una casilla de correo en Windsor. La abrimos cuando nos dimos cuenta que si la gente tenía nuestra dirección aparecía sin avisar. Y esto provocaba muchas complicaciones porque el Patrón no recibía a nadie que llegara de improviso y pidiera ser recibido. Ku me dijo que cuando la Familia vivía en Irlanda —antes que yo entrara en escena— llegó una mujer de Alemania y ORDENÓ que se la admitiera de inmediato ya que "quería sentarse a los pies del Lama". Cuando se le dijo que no podía entrar, prácticamente acampó en el umbral de la puerta hasta que el señor Loftus, con aspecto muy fiero y marcial —en su elegante uniforme— le ordenó retirarse.

La mudanza era un asunto que no nos competía a las gatas. Con gran rapidez llegaron los hombres de la mudadora, cargaron nuestras cosas y se fueron. Ku ambulaba por la casa despidiéndose de las habitaciones. Ésta era una partida que nos alegraba, porque la casa nunca había sido acogedora. Cuando llegó el momento nos llevaron a Ku y a mí, bien envueltas, al coche que ya estaba calentito. El Patrón aseguró las puertas del auto y partimos. El camino era muy malo, como mucho caminos canadienses. La Srta. Ku me dijo que había un cartel que decía: "Camino malo, ¡el riesgo es suyo!" Seguimos adelante y llegamos a un cruce. Ku me dijo:

—"De aquí proviene nuestra comida, es un lugar llamado: «Pare y compre». Ahora estamos sobre el camino principal a Windsor".

Aquí la ruta era mejor. Arrugué la nariz al percibir un olor familiar, un olor que me recordaba al señor Veterinario irlandés en su hospital para gatos. Ku se rio.

—"No seas tonta, Fifí, éste es un hospital para humanos; donde llevan a la gente que está muy enferma. —Seguimos andando y luego agregó—, aquí es donde se hacen los automóviles, estamos pasando frente a la fábrica Ford. Te describiré todo, Fifí."

—"Srta. Ku, qué olor extraño, me recuerda vagamente a los viñedos franceses, pero el olor es distinto."

—"Seguro que lo es —dijo Ku—, aquí hay una fábrica donde hacen una bebida. El grano que podría alimentar a mucha gente que se muere de hambre es triturado para hacer una bebida sin la cual la gente estaría mejor. Pero ahora pasamos sobre un puente de ferrocarril. Todos los trenes que van a Windsor pasan por debajo de este puente."

Seguimos andando un poco más y de pronto un fenomenal rugido me hizo saltar por el aire.

—"No seas tonta, Fifí —dijo Ku—, eso no era más que una locomotora."

El Patrón dobló y se detuvo.

—"Llegamos Fifí" —dijo Mamy.

Me llevaron junto con Ku por un caminito cubierto de nieve, traspusimos la puerta de entrada y subimos una escalera.

Había en el aire un fuerte olor a barniz fresco y a jabón. Olí el piso y vi que recién había sido lustrado.

—"Eso no importa —dijo Ku—, puedes ocuparte más tarde del piso. Ahora voy a llevarte de cuarto en cuarto

para describirte el lugar. Presta atención porque tenemos algunos muebles nuevos."

—"¡Sheelagh! vamos a entregar las llaves al dueño de casa. No tardaremos."

El Patrón y Mamy salieron; los oí bajar la escalera, subir al coche y partir.

—"Bueno, ahora sígueme" —ordenó Ku.

Recorrimos todo el departamento. Ku señalaba los obstáculos y el lugar de las sillas. Luego salimos a la galería de atrás.

—"Abre, ¡por favor!" —gritó Ku.

—"¿Quieres salir, Ku? —preguntó Amapola—, bueno, abriré la puerta."

Atravesó la cocina, abrió la puerta y entró una ráfaga de aire helado.

—"Aquí —explicó Ku—, está la galería de arriba. Cercada con alambre tejido por los tres costados. Dentro de poco será la casa del mono. Tendrá calefacción. ¡Brr! Salgamos, aquí hace demasiado frío."

Fuimos hasta la cocina y Amapola cerró la puerta con un suspiro de alivio y otro dedicado a los gatos tontos que andan por ahí, ¡según ella sin rumbo!

—"Aquí está el dormitorio que compartirás con el Patrón. Mira al río Detroit, al ferrocarril y a la ciudad de Detroit. En verano, así me dicen, pasan frente a esta ventana barcos de todas partes del mundo. ¡Ya los veremos! —Ku estaba en su elemento describiendo el paisaje—. Hacia la derecha está el lugar donde unos hombres cavaron un túnel bajo el río para hacer un camino a los Estados Unidos; más allá, a la izquierda, está el Puente Ambassador. El Patrón sostiene que la palabra Detroit es una deformación del francés «El Estrecho». ¡Pero tú sabrás eso, Fifí! —Ku se dio vuelta con tanta rapidez que su cola me rozó la cara—. ¡Cielos!

—suspiró—, un hombre de aspecto horrible me está observando, lleva una cartera que parece oficial."

Esa noche dormimos sobresaltadas, molestas por el ruido de los trenes que pasaban frente a la ventana. A la mañana siguiente Mamy bajó a buscar la leche. Volvió con ella y con una carta que entregó al Patrón.

—"¿Qué es esto?" —preguntó.

—"No sé —dijo Mamy—, estaba en el buzón."

Oí rasgar el sobre, y el Patrón leyó en silencio.

—"¡Mi Dios! —exclamó—. ¡No hay límite para la estupidez de los funcionarios canadienses! Escucha. Es una carta del Departamento Nacional de Réditos y dice:

«Estimado Señor:

Información recibida en esta Oficina indica que usted está efectuando pagos a un no-residente canadiense, sin retener el impuesto correspondiente. Como usted no ha retenido el impuesto desde el 1º de mayo de 1959 está obligado a retener, de su próximo pago, una cantidad suficiente como para cubrir el monto del impuesto adeudado.

Si usted no retiene dicho impuesto como lo especifica la ley de impuesto a los réditos, será multado de acuerdo con...»

—"¿Ven? —dijo el Patrón—, nos mudamos ayer y ya recibimos amenazas. ¡Cuánto daría por poder despertar, como de una pesadilla, y encontrarme en la querida Irlanda! ¿Por qué los canadienses amenazan en esta forma? Creo que voy a llevar el asunto a los funcionarios de Ottawa."

Ku me codeó.

—"¿Ves Fifí? Ese hombre horrible de ayer era un espía

de impuestos. Yo lo vi." —Escuchamos, el Patrón estaba hablando todavía.

—"No puedo entender a este país, me amenazan con deportación en la primera carta que me envían. En lugar de pedirme que vaya a la oficina de Salud Pública, me amenazan con deportarme si no voy. Ahora, al día siguiente de habernos mudado, me hostigan con toda clase de penalidades. La gente de este país parece no tener criterio suficiente para comprender que los días del Lejano Oeste se acabaron."

—"El Patrón se está poniendo violento —murmuró Ku—, ¡tendremos que escondernos debajo de la cama!"

Los días pasaban sin mayores alternativas. Poco a poco nos íbamos acostumbrando al estrépito de los trenes. El Patrón hizo un terrible escándalo por las cartas amenazadoras, y recibió pedidos de disculpas de los funcionarios locales de réditos y también del gobierno de Ottawa. Apareció un suelto en los diarios sobre los funcionarios canadienses que intimidaban a los residentes. El tiempo estaba más benigno y Ku y yo pudimos sentarnos en el balcón y jugar en el jardín de abajo.

Una mañana llegó el Patrón del correo con mucha correspondencia, como de costumbre, pero ese día trajo una carta muy linda de la señora O'Grady.

—"La extraño, desearía que pudiera venir a vernos" —expresó Mamy.

El Patrón se quedó meditando por un rato y luego agregó.

—"Fue una buena amiga para nosotros. ¿Por qué no le decimos que venga?"

Mamy y Amapola se quedaron mudas de asombro.

—"El Patrón se ha vuelto loco —susurró Ku—, eso es lo que le ha hecho el Canadá."

—"Rab —pidió el Patrón—, ¿por qué no le escribes a

la señora O'Grady y le preguntas si quiere venir? Dile que si viene el mes próximo estará aquí al mismo tiempo que la Reina de Inglaterra. Fíjate, la Reina de Inglaterra y la señora O'Grady de Irlanda, las dos aquí y al mismo tiempo. Dile que pasará frente a nosotros, por el río. Y por favor, dile que nos avise."

Ku, con inconsciente humorismo añadió:

—"Bueno, Fifí, ahora que nos habíamos librado de los monos vamos a tener a la señora O'Grady".

Todos ADORÁBAMOS a la señora O'Grady, y la considerábamos una buena amiga. Me reí, y le hice notar que había puesto a la señora O'Grady en la misma categoría de los monos. Ku, con su habitual desenfado, me contestó con un:

—"Tonterías Fifí, cualquiera que no fueras tú podría darse cuenta que después de la tormenta sale el sol. La señora O'Grady es el sol después de la tormenta de los monos".

Los monos habían sido una "tormenta". Inmediatamente después de habernos mudado a la casa ubicada junto al río, el señor Carpintero holandés llegó en un camión con la jaula.

—"Quiero traer a mi esposa para que vea a los monos, ¿puedo?" —preguntó.

Amapola, la "reina de los monos", dijo que sí, que podía traer a su esposa para que viera a los monos cuando éstos estuvieran instalados. El señor Carpintero holandés y su hijo llevaron arriba las piezas y la armaron. Luego se frotaron las manos y esperaron su paga. Solucionado este asunto se aseguraron de que la Señora sería invitada a ver a los monos y se fueron.

Un día o dos más tarde llegaron dos monos en una gran canasta. Amapola, ansiosa por verlos, y con muy poca cautela abrió demasiado la tapa.

—"¡Epa! —gritó Ku—, ZAMBÚLLETE BAJO LA CAMA FIFÍ, HAY MONOS SALVAJES SUELTOS!" —nos metimos debajo de la cama para despejar el lugar mientras el Patrón, Mamy y Amapola corrían por toda la casa cerrando puertas y ventanas. Por un rato fue la locura. Daba la impresión de que había hordas de monos sueltos.

—"Yo me quedaré cerca de la pared, Fifí, así podré defenderte empujándote hacia atrás si un mono te llega a alcanzar."

Por fin consiguieron atrapar un mono y ponerlo en la jaula, y después de mucho luchar hicieron lo mismo con el otro. La Familia se sentó a descansar. Pero muy pronto Amapola se puso de pie transformándose en una auxiliar del cuerpo sanitario; recorría la casa recogiendo las marcas de fábrica de los monos, distribuidas en gran profusión por todas partes. Como muy sabiamente reflexionara Ku "¡por fortuna estos bichos no vuelan!" pensé yo. El Patrón y Mamy recorrieron la casa acomodándolo todo y ayudando a restaurar el orden para que volviera a su estado pre-mono.

El experimento mono no fue un éxito. El ruido, el olor y la conmoción general que estos bichos causaban era demasiado. Le enviaron un suplicante pedido de auxilio al hombre llamado Heddy.

—"Sí —acordó, estos monos salvajes de los bosques de Sud América no son muy adecuados para casas particulares, sólo sirven para zoológicos." —Dijo que se llevaría a los monos y traería uno manso, domesticado.

La Familia, pálida y abatida, le contestó con un unánime "¡NO!, ¡llévese éstos y la jaula también!". Entonces los dos monos junto con la gran jaula fabricada especialmente para ellos fueron devueltos. Ku y yo anduvimos por la casa más tranquilas, sin tener que estar en constante alerta como cuando los monos andaban

sueltos. Cuando no hubo más olor, y después que lavaron la galería varias veces, pasamos mucho tiempo allí. Era un lugar agradable donde podíamos oler las flores del jardín cercano. ¡Nos reíamos mucho de los monos, pero sólo por lo sucedido, sólo por lo sucedido!

Nuestra alegría por la partida de los monos se vio aumentada por una carta de la señora O'Grady. Anunciaba su llegada y decía que su esposo estaba contento de que tuviera una oportunidad de viajar.

—"¿Qué es él?" —le pregunté a Ku.

—"Es un hombre importante —me contestó—, era la Voz de un barco y hablaba para que todo el mundo pudiera oirlo. Lo llamaban Radiotelegrafista. —Ku meditó un momento y agregó—. Pienso que tiene algo que ver con la radio, sí debe ser algo así; ahora hace toda la electricidad para Dublín, claro ¡coincide, coincide!"

—"¿Tienen familia, señorita Ku?"

—"Sí, por supuesto —contestó—. Tienen una gatita llamada Doris, ella también vendrá, y el señor Perro Samuel que cuida la casa. Es casi tan viejo como tú, Fifí."

Pasaron las semanas. Una mañana el Patrón nos llamó y nos dijo:

—"La semana que viene, Gatas, va a ser muy atareada y ruidosa. La Reina de Inglaterra viene a Windsor, habrá bandas y juegos de artificio. La señora O'Grady y Doris llegarán hoy. Tú, Ku, debes cuidar a Fifí, te hago responsable de su seguridad.

—"¡*O. K.*, Patrón! —dijo Ku—, ¿no la cuido siempre como si fuera mi tatarabuela?"

Hubo muchos preparativos; Mamy y Amapola usaron grandes cantidades de cera, el Patrón y nosotras, las gatas, usamos nuestra energía extra apartándonos del lugar para que no nos barrieran.

—"Vayamos al altillo —dijo Ku por fin—, estas mujeres son peligrosas con sus trapos."

El tiempo era caluroso, terriblemente caluroso. Nos encontramos con que hasta respirar nos costaba demasiado trabajo. Así como nuestro primer invierno en el Canadá fue excepcionalmente frío, el verano se presentó excepcionalmente caluroso.

—"¡Cielos!, Fifí —comentó Ku—, ahora no se pueden comer cosas crudas, todo tiene que estar cocinado."

Mamy había ido a Montreal el día anterior para poder volver en el mismo avión con la señora O'Grady. El día de la llegada, alrededor de la una, el Patrón sacó el auto y se fue al Aeropuerto de Windsor. Amapola iba de un lado para el otro y a cada rato miraba por la ventana. Ku dijo que había mucho para ver. Dentro de algunos días habría procesiones, bandas y desfiles de aviones. Pero no por la señora O'Grady sino por la Reina que visitaba el Distrito. Tendríamos fuegos artificiales, lo que quería decir mucho ruido. Pero nosotros esperabamos a nuestra amiga, la señora O'Grady.

Mientras Amapola miraba por la ventana, Ku y yo tomamos una comida liviana para entonarnos. De pronto Amapola exclamó: "¡Ah, aquí vienen!" (lo dijo en inglés ya que no hablaba gatuno), y corrió escaleras abajo para abrir la puerta.

—"Apártate, Fifí —aconsejó Ku—. Las pequeñas gatas pueden ser a veces un poco torpes con los pies, pero TODOS los humanos lo son —dijo como al pasar—, quédate cerca de mí y me ocuparé de que no te pase nada."

En la escalera había gran conmoción. Charlas, risas y el ruido de valijas que se caían al suelo.

—"¡Cielos! —susurró Ku—, pobre señora O'Grady, tiene tanto calor como una panceta recién frita. ¡Espero que sobreviva!"

Por fin llegaron arriba y la señora O'Grady se tiró en la primera silla que encontró. Cuando se hubo repuesto Mamy dijo:

—"Vamos al balcón, allí estaremos más frescos."

Salimos todos y nos sentamos. Por un rato se habló de Irlanda; un tema muy grato a Mamy y al Patrón. Luego la conversación se desvió a la Reina de Inglaterra, un tema muy grato a Amapola, pero intrascendente para el Patrón. Ku comentó:

—"Si quieren hablar de Reinas, ¡NOSOTRAS somos las mejores Reinas!"

La señora O'Grady tenía cada vez más calor. Por fin se retiró al departamento de abajo para refrescarse un poco con la mejor agua de Windsor. Volvió poco después ya más repuesta.

Mamy se había ocupado de que la señora O'Grady y su hija se alojaran en un muy buen hotel, el Metropol y una vez que vieron las luces de Detroit, el Patrón y Mamy se las llevaron al hotel; Ku las acompañó para indicarles el camino. Creo que estuvieron ausentes durante media hora, luego volvieron el Patrón, Mamy y Ku y todos juntos nos fuimos a acostar para descansar.

A la mañana siguiente Mamy sugirió:

—"Las iremos a buscar después del desayuno, cuando vayamos por la correspondencia. Me parece que tendríamos que llevarlas a dar una vuelta por Windsor para que puedan apreciar el lugar".

Después del desayuno, Ku y yo ayudamos al Patrón a vestirse. Está muy enfermo. Ha tenido bastantes molestias y cualquier ataque puede terminar con él. Ahora tiene que descansar mucho y cuidarse. Ku y yo dedicamos nuestra vida a cuidarlo.

Mamy y él bajaron por la escalera de atrás y cruzaron el jardín rumbo al garaje. La dueña de nuestra casa

vivía en Detroit y en Windsor sus negocios eran atendidos por su prima, una dama muy agradable que siempre hablaba con Ku y conmigo. Como nuestro auto era demasiado grande para el garaje, esta dama nos permitía usar el suyo, que era muy, pero muy grande. Sí, era muy agradable y hablaba mucho con nosotras. Recuerdo que un día me contó que en vida de su padre todos los habitantes trabajaban con el rifle a un costado porque la amenaza de los indios era grande. Me dijo que su padre llevaba el ganado a beber al río, en el mismo sitio donde hoy día corre un ferrocarril. Tenía otra casa a unas pocas millas de Windsor, era una cabaña de troncos hecha con maderos de nogal. Ku fue una vez a visitarla y quedó impresionada por las cosas raras que vio.

—"¡Santo cielo! —exclamó Ku—, ¡cómo tardan! —Como pensamos que era perder el tiempo estar sentadas esperando, nos fuimos al altillo donde nos afilamos las uñas sobre las vigas y nos dimos un lindo baño de tierra. Ku se instaló en la cornisa más alta de la casa y miró hacia la calle—. Han llegado" —dijo y saltó al piso echando a correr por la escalera.

Llegamos justo a tiempo para darles la bienvenida. El Patrón me levantó y me colocó sobre su hombro llevándome escaleras arriba. Ku nos precedía gritándole a Amapola que viniera a decir "Buenos Días, visitas".

—"Fuimos a visitar los destructores británicos —dijo el Patrón—. Están anclados al lado del Parque Dieppe. También fuimos a dar una vuelta por la ciudad. Ahora la señora O'Grady quiere descansar y recuperarse del calor."

Llevamos unas sillas al balcón y nos sentamos. La señora O'Grady estaba muy interesada en el espectáculo del río; había barcos de todas partes del mundo que

iban y venían. El Patrón hablaba de un canal y dijo que ésa era la razón de la presencia de los barcos. Yo no entendía y Ku era muy vaga en sus explicaciones, pero aparentemente, unos hombres habían cavado una zanja para que el agua de Los Grandes Lagos fluyera más rápidamente al mar. Como algunas ciudades norteamericanas estaban consumiendo demasiada agua, se colocaron llaves que estaban en poder de los canadienses. Tenían que abrir una llave para que pudiera flotar un barco, luego cerraban una atrás y abrían otra adelante. Todo era muy misterioso para nosotras, pero el Patrón estaba enterado de todo y le explicaba a la señora O'Grady que también parecía entenderlo todo.

Unos días más tarde la Familia volvió a llevar a la señora O'Grady a pasear. A mí me parecía que era perder el tiempo. Cuando pasaba gente frente a la ventana Ku exclamaba: "¡Oh! ¡Fifí, esa mujer, que mamarracho!" Había mucha actividad frente a la casa, se veían hombres colocando decoraciones y palcos.

Pequeños barcos iban y venían por el río ocupados por hombres que hablaban a los gritos para darse importancia. Verdaderas multitudes se sentaban a la orilla del río y montones de autos se agolpaban en el camino. La Familia se ubicaba en el balcón y tomaba muchas fotografías, tenían una cosa de tres patas con una cámara encima. Ésta tenía un teleobjetivo con suficiente poder como para retratar un gato que estuviera en Detroit.

La señora O'Grady se revolvía inquieta en su silla:

—"¡Miren! —exclamaba excitada—, ¡toda la costa está rodeada por la Policía Montada Canadiense!"

La señorita Ku ahogó una risita y el Patrón respondió.

—"No, señora O'Grady, no son guardias, es un tren

cargado con tractores pintados de rojo que son exportados del Canadá."

Pero como decía Ku PARECÍAN tropas vestidas de rojo y se podía disculpar a cualquiera que cometiera un error tan inocente.

Por el río venían más barcos. El ruido de la multitud se apagó un poco. Luego se oyó un rumor y aplausos.

—"Allí está —exclamó Mamy—, de pie en la cubierta de popa, sola."

—"Y ahí está el Príncipe —agregó Amapola—, más hacia el centro del barco."

—"Saqué una buena foto de ese helicóptero —dijo el Patrón—, ¡había un hombre asomado fotografiando el barco!"

Los barcos ya desaparecían por el río y cuando el último se hubo perdido de vista los autos del camino empezaron a moverse, la multitud a dispersarse y como dijo Ku, todo lo que quedaba como recuerdo del espectáculo era media tonelada de desperdicios. El ferry comenzó nuevamente a cruzar el río y los trenes volvieron a rugir por las vías ubicadas delante de nuestra ventana.

No había oscurecido aún, cuando unas lanchas fueron remolcadas por el río e instaladas en el sitio donde Canadá se transforma en Estados Unidos y Estados Unidos en Canadá. Si los fuegos artificiales se iban a disparar desde aquel lugar, los dos países y no sólo uno, serían los responsables de los perjuicios que se ocasionaran. Se volvió a amontonar la gente, traían comestibles y bebidas —especialmente lo último—. Pararon todos los trenes y alguien les debe haber dicho a los barcos que no se acercaran. Por fin llegó la hora de los fuegos artificiales. Pero no sucedió nada. Pasó un rato y nada. Un hombre anunció que una de las piezas de artillería se

había caído al agua. De vez en cuando se oían débiles explosiones que ni siquiera asustaban a un gato recién nacido, y Ku dijo que había luces raras en el cielo. Después todo terminó y el Patrón y Mamy dijeron que era hora de llevar a la señora O'Grady de vuelta al hotel. Mamy propuso:

—"Será mejor conseguir un taxi, no podremos sacar el auto del garaje con tanta gente".

Llamó a la compañía de taxis pero le dijeron que todos estaban en la calle.

—"Hay un millón o más de personas en la orilla del río y el tránsito está paralizado" —le contestaron. El Patrón sacó el auto, y él, Mamy y la señora O'Grady desaparecieron entre la multitud. Una hora más tarde aparecieron el Patrón y Mamy y dijeron que les había llevado una hora hacer dos millas.

Al día siguiente el Patrón y Mamy llevaron a la señora O'Grady a visitar Detroit, dieron muchas vueltas y después volvieron a vernos a Ku y a mí. La señora O'Grady dijo que tenía que hacer unas compras y se fue con Mamy y Amapola dejándonos a mí y a Ku para cuidar al Patrón. Ésa fue una semana muy atareada, dos o tres semanas de turismo en una. Pero demasiado pronto la compañía de aviación fletó un avión de retorno a Irlanda, a Shannon, de donde nosotros habíamos partido.

El Patrón y Mamy llevaron a la señora O'Grady y su hija al aeropuerto de Windsor. Oímos que Mamy le decía a Amapola que habían esperado hasta que el avión partió. Los O'Grady regresaban a Irlanda, un viaje que nosotros envidiábamos. El Patrón había tratado por todos los medios de encontrar trabajo en Windsor o en cualquier parte del Canadá. Hubiese ido a cualquier parte del país. Pero todo lo que le ofrecían eran traba-

jos manuales, de obrero, y hacer eso era una tontería. Llegamos a la conclusión de que Canadá era un país inculto y no veíamos el día de poder salir de él. En realidad éste no es un tratado sobre los defectos del Canadá, ¡ya que eso llevaría una biblioteca!"

Ahora Ku y yo podíamos salir al jardín a menudo, aunque nunca solas, por supuesto, por los perros que había en el barrio. Los gatos siameses no le temen a los perros, pero los humanos temen lo que NOSOTROS podamos hacerle a los perros. Se sabe que hemos saltado sobre el lomo de un perro, montándolo como los humanos montan un caballo y que le hemos clavado las garras. Generalmente se permite que los humanos se coloquen espuelas y espoleen a los caballos. Pero si nosotros le clavamos las uñas a un perro, somos salvajes.

Aquélla era una tarde muy agradable y estábamos sentadas bajo la silla del Patrón —él era muy grande, pesaba doscientas veinticinco libras y necesitaba una silla grande— cuando oímos una caravana de autos que pasaba haciendo sonar sus bocinas como para voltear una casa. Eso nunca me había preocupado antes, pensaba que eran canadienses y nada de lo que hacían parecía tener sentido.

—"Señorita Ku —pregunté—, ¿por qué estarán haciendo tanto ruido?" —Ella era muy erudita y además tenía la ventaja de poder ver.

—"Te diré Fifí —contestó—, cuando aquí un hombre y una mujer se casan, le ponen cintas a los autos y salen en procesión tocando la bocina todo el tiempo. Creo que con eso quieren decir «¡cuidado, aquí viene una banda de locos!». —Se acomodó un poco y agregó—, y cuando muere un humano y lo llevan para meterlo en un pozo en la tierra, todos los autos del cortejo fúnebre encienden los focos y ponen banderas azules y blancas a

los costados del coche para indicar que es un funeral. Así tienen derecho al libre tránsito y no se detienen ante la luz roja."

—"Esto es SUMAMENTE interesante, sumamente interesante señorita Ku" —comenté.

Ku masticó por un momento un pastito y luego agregó:

—"Podría contarte muchas cosas del Canadá. Aquí, por ejemplo, cuando muere un humano llevan el cuerpo a una Casa Fúnebre, lo arreglan, lo llaman embalsamar, le pintan la cara y lo exhiben en un cajón. Luego llega la gente para dar el pésame. A veces el cuerpo está medio incorporado en el cajón. El Patrón dice que esas casas fúnebres son una mina de oro. Cuando alguien se casa le dan una «lluvia»[1]." —Ku se quedó callada y se rio—. Cuando oí eso por primera vez, Fifí, creí que los amigos le daban un baño, una ducha, ¿sabes? Pero no, quieren decir que reciben una lluvia de regalos. Especialmente cosas que no quieren o que ya tienen. ¿Qué hace una novia con media docena de cafeteras? —Suspiró—. Es un país muy raro, de todos modos —agregó—, pasa lo mismo con los chicos. «No les hagan nada a los tesoritos.» «No se enojen con ellos.» «Pongan guardias especiales que los ayuden a cruzar las calles.» Los tratan como si no tuvieran cerebro propio, lo cual es cierto, pero yo pregunto, ¿qué hacen el día que abandonan por última vez el colegio, cuando están solos y nadie los cuida? Aquí Fifí, existe un culto sagrado del Gato Humano. Ellos no pueden hacer nin-

[1] En inglés la palabra "shower" significa, entre otras cosas, chaparrón, lluvia, etc., y también se emplea para denominar las despedidas de soltera, donde las amigas de la novia le hacen "una lluvia de regalos", generalmente cosas prácticas, pero de poco valor. (*N. del T.*)

gún mal. Peor para ellos, Fifí, peor para el país. Deben conocer la disciplina o de lo contrario, en el futuro caerán en el crimen porque cuando jóvenes fueron tratados con excesiva complacencia. Aquí los chicos son unos sabandijas impertinentes. ¡BAH!"

Asentí con aprobación. La señorita Ku tenía razón. Consientan mucho a un gatito y habrán cimentado un adulto insatisfecho.

El Patrón se puso de pie.

—"Si ustedes gatas, se quieren quedar aquí otro rato, yo voy arriba a buscar la cámara. Quiero fotografiar estas rosas."

El Patrón era un buen fotógrafo y tenía una linda colección de dispositivos. Subió por la escalera a buscar su cámara japonesa.

—"¡Psst! ¡Psst! —chistó el gato de al lado—, ¡psst! tengo algo que decirte Lady Ku'ei, acércate al alambrado."

Ku se levantó y se acercó a la verja del jardín. Hablaron un rato en voz baja, y luego Ku volvió y se sentó a mi lado.

—"Solamente quería darme las últimas noticias sobre el lunfardo norteamericano. Nada importante" —dijo.

Salió el Patrón con la cámara para fotografiar las rosas y nos escondimos bajo unos arbustos, porque ODIÁBAMOS que nos fotografiaran. Y también que nos miraran los curiosos.

Ku tenía un recuerdo mortificante. Una vez, una tonta canadiense había metido la nariz por la ventanilla del auto, y señalándola había preguntado: "¿Qué es, un MONO?" Cada vez que Ku se acordaba de eso la sangre le hervía.

Aquella noche era una noche de sábado y andaba mucha gente por ahí. Había una especie de fiesta en un bar cercano. Los coches andaban a toda velocidad

y los hombres hablaban muy fuerte, negociando con las mujeres de la calle. Nos acostamos, Amapola en un cuarto que daba a la calle, cubierto por fotografías de monos, gatitos humanos y la estatua de un bull-dog llamado Chester. Mamy y Ku tenían una linda pieza al frente de la casa. El Patrón y yo dormíamos también en un cuarto ubicado al frente, con vista a Detroit y al río. Bien pronto oí que el Patrón apagaba la luz y crujía la cama al acostarse. Por un rato me quedé sentada sobre el marco de la ventana escuchando los ruidos de la noche y pensando. ¿Pensando? ¿En qué? Bueno, estaba comparando mi amargo pasado con este presente maravilloso, pensando en que ahora tenía un hogar como me predijera el viejo árbol. Era querida y feliz, y vivía en paz. Ahora sabía que podía hacer cualquier cosa e ir a cualquier parte de la casa, y tomaba especial cuidado en no hacer nada que ofendiera a Mme. Diplomat en la lejana Francia. Recordaba el lema del Patrón: "Haz lo que quisieras que hicieran por ti". Me invadió una ola de felicidad. El Patrón respiraba suavemente y me corrí hasta su cama para asegurarme que estaba bien. Me acurruqué a los pies de su cama y cerré los ojos.

Me desperté sobresaltada. La noche estaba silenciosa, pero oía algo que rascaba débilmente. ¿Una laucha? Escuché por un rato. El ruido continuaba. Me llegó el rumor sordo de madera que se rompe. Salté con rapidez y sigilosamente crucé la pieza en busca de Ku, quien entró a mi cuarto y dijo:

—"Escucha, tengo noticias para ti, y ¡créeme! lo supe por el gato de al lado. Abajo hay un LADRÓN. ¿Bajamos y le cortamos el pescuezo?". —Por un momento pensé que los gatos siameses hacen esas cosas en defensa propia,

pero luego pensé que debíamos ser civilizadas, y contesté:

—"No, creo que tenemos que avisar al Patrón".

—"Oh, ¡sí! —exclamó—, él lo arreglará en seguida."

Salté sobre la cama y toqué suavemente al Patrón en el hombro. Estiró una mano y me acarició la barbilla.

—"¿Qué pasa, Fifí?" —preguntó. Ku saltó y se sentó sobre su pecho.

—"Eh, ¡Patrón! Ha entrado un LADRÓN. ¡Déle una paliza!"

El Patrón escuchó un momento y después, en silencio, se puso las chinelas y la bata. Recogió una poderosa linterna y se deslizó por la escalera. Ku y yo lo seguimos. Amapola salió de su pieza.

—"¿Qué sucede?" —preguntó.

—"¡Shhh! Ladrones" —dijo el Patrón, siguiendo por la escalera.

Abajo había cesado el ruido. Ku gritó: "¡AHÍ ESTÁ!" Oí fuertes pisadas y el golpe del portón del jardín. Para entonces ya se nos habían agregado Mamy y Amapola. Nos fuimos todos al piso de abajo. Por la ventana abierta entraba una fresca brisa.

—"¡Santo Cielo! —exclamó Ku—, el tipo rompió el marco de la ventana."

El Patrón se vistió y salió a arreglar las maderas rotas. No llamamos a la policía. Otra vez, cuando un grupo de chicos nos robó el portón de atrás, Mamy llamó a la policía. Cuando por fin llegaron sólo nos dijeron: "Oh, tienen suerte que no los dejaran sin techo".

Nosotros, los gatos siameses, tenemos un alto sentido de la responsabilidad. En el Tibet cuidamos los templos, y también a aquellos que nos quieren (aun a

costa de nuestras vidas). Aquí tienen otra de nuestras leyendas.

Hace muchos años vivía un viejo que era el guardián de la selva de un Convento de Lamas en el Lejano Este. Vivía muy dentro de la selva, compartiendo su cueva con una pequeña gatita siamesa que había visto muchas cosas tristes en su vida. Juntos, el viejo guardián —que era venerado como un santo— y la gatita siamesa, recorrían los caminos de la selva, manteniendo ella una respetuosa distancia detrás de él. Iban juntos en busca de animales enfermos o hambrientos, llevando consuelo a los afligidos y socorriendo a los que tenían algún miembro roto.

Una noche, el viejo guardián, que era un monje, se retiró a descansar a su cama de hojas, exhausto después de un día muy cansador. La gatita se le acurrucó cerca y pronto se durmieron, no temiendo nada, ya que eran amigos de todos los animales. Hasta el salvaje jabalí y el tigre respetaban y querían al guardián y a su gata.

Durante las horas más oscuras de la noche, una víbora venenosa se arrastró, con malas intenciones, hasta la cueva. Celosa, y con la maldad que solamente una víbora venenosa puede tener, llegó hasta la cama del monje dormido, y estaba a punto de golpearlo con su lengüeta venenosa, cuando de un brinco la gata le saltó al cuello, distrayendo su atención del monje, que se había despertado. La batalla fue larga y feroz, con la víbora serpenteando a lo largo y a lo ancho de la cueva. Por fin, la gata, casi muerta de cansancio, atravesó con los dientes la espina dorsal de la víbora y la dejó inerte.

El monje desembarazó con suavidad a la gatita del monstruoso abrazo de la víbora muerta y acurrucándola

en sus brazos le dijo: "Gatita, por mucho tiempo tú y tu especie nos han protegido, a nosotros y a nuestros templos. Siempre tendrás un lugar en los hogares y en los corazones del hombre. De ahora en adelante nuestros destinos estarán unidos".

Pensando en todo esto volví al dormitorio. Me estaba acostando cuando el Patrón sacó una mano y me acarició amorosamente las orejas. Luego se dio vuelta y se quedó dormido.

Capítulo XI

—"¡Fifí! —llamó Ku corriendo por la escalera con gran agitación—. ¡Fifí! el viejo se ha vuelto loco!" —lo repetía mientras se metía en la cocina buscando algo para comer.

¿Se había vuelto loco el Patrón? No podía entender lo que me estaba diciendo. Sabía que la había llevado a dar una vuelta por el río. Ahora, después de haber estado afuera por más de una hora, ¡volvía y me decía que se había vuelto loco! Salté sobre la ventana para pensarlo. En el río se oyó la sirena de un barco que según el Patrón decía: "Entro a puerto".

Oí pisadas suaves, era Ku que saltó sobre la ventana y se sentó a mi lado.

—"Tiene metida en la cabeza una roca tan grande como la montaña de Howth" —comentó mientras se lavaba cuidadosamente.

—"Pero señorita Ku —pregunté—, ¿qué ha sucedido? ¿CÓMO se ha vuelto loco?"

—"¡Oh! —contestó—, íbamos despacito, tranquilamente, cuando de pronto le dio el ataque. Detuvo el auto y miró el motor. No me gusta el ruido que hace —dijo—, sé que va a suceder algo."

Mamy estaba sentada a su lado, muy erguida, y no

decía nada. Volvió a subir al coche y seguimos andando.

—"Llevaremos a Ku de vuelta a casa y luego iremos a la agencia para ver qué otros coches tienen."

—"Así que aquí me tienes, ¡tirada como una bolsa mientras ellos andan por ahí en mi auto!" —Y se quedó sentada muy enojada, en el otro extremo de la ventana.

—"¡Hola! ¡Caramba! —Ku bailaba en un frenesí de excitación. Y yo, siendo ciega, no podía hacer otra cosa que quedarme tranquila, ya que no sabía el motivo de su entusiasmo—. ¡Cielos! —chillaba, y su voz era cada vez más aguda—, es realmente bonito, ¡un automóvil deslumbrante! Blanco y rosado."

Me quedé quieta, esperando que se calmara para que me contara lo que estaba pasando. Entonces fue cuando oí cerrarse la puerta de un auto y segundos más tarde Mamy y el Patrón subieron la escalera.

—"Auto nuevo ¿eh?" —preguntó Amapola.

¡Fantástico!, pensé, ahora me voy a enterar.

—"Sí, otro auto, un Mercury —dijo el Patrón—, se lo compré al dueño original y tiene pocos kilómetros de uso. Un auto muy bueno. Creo que el eje de levas del otro nos iba a dar trabajo. Éste lo tenemos a prueba por un día. ¿Quieren salir?" —Ku pegó un salto y corrió hacia la puerta, para que así no se olvidaran de ella.

—"¿Vienes a dar una vuelta en el auto nuevo, Fifí?" —preguntó el Patrón acariciándome.

—"No gracias —contesté—, me quedaré aquí con Mamy para cuidar la casa."

Me reprochó el que siempre me acobardara y salió. Ku y Amapola ya estaban sentadas en el auto. Los oí partir y Mamy y yo nos fuimos a preparar el té para que estuviera listo a su regreso.

Ring, ring, ring, sonó el teléfono. Mamy corrió a atenderlo.

—"¡Hola! ¡Oh! la señora Durr —dijo Mamy y se quedó escuchando por un rato. Yo podía oir sonidos distantes, aunque no lo suficientemente fuertes como para entenderlos—. Ha salido, está probando un auto nuevo. Le diré cuando vuelva" —decía Mamy—. Hablaron por un rato y luego Mamy siguió con su trabajo. En ese momento oímos que Amapola, Ku y el Patrón subían por la escalera de atrás.

—"Llamó la señora Durr, tiene dificultades con la persona que le iba a alquilar la casa. No lo va a hacer."

Todos queríamos mucho a la señora Durr. Después de haber trabajado intensamente para otros iba a poner su propia librería que llamaría "Librolandia", en la Plaza Dorwin de Windsor.

—"Está muy preocupada —contó Mamy—, no tiene dónde guardar sus libros hasta que pueda mudarse al nuevo local en Dorwin."

El Patrón siguió tomando su té y hasta que lo terminó no dijo nada.

—"¿Por cuánto tiempo quiere la casa?" —preguntó.

—"Sólo por un mes" —respondió Mamy.

—"Dile que venga a vernos. Puede guardar todas sus cosas en el piso de abajo. Nosotros estamos pagando el alquiler y la dueña no puede decir nada mientras no se hagan ventas."

Mamy fue hasta el teléfono y discó el número...

—"¡Ahí viene Ruth!" —exclamó Ku.

—"¡Ku! —dijo el Patrón—, no eres canadiense para llamar a todos por su primer nombre, Ruth es la señora Durr."

—"¡Oh! —protestó Ku—, ella es RUTH, y el gatito siamés que tiene es Chuli, no el señor Durr."

La señora Durr subió por la escalera del frente y todos la saludamos, luego bajamos por la otra escalera para ver el departamento de abajo. El Patrón me llevó cargada sobre su hombro porque pensó que había demasiados pies como para que yo pudiera esquivarlos.

—"Bueno, ahí tiene señora Durr —dijo el Patrón—, puede poner todas sus cosas aquí y trabajar todo el día si quiere. Pero NO PUEDE vender nada, y tampoco pagar alquiler. Así la dueña no tendrá nada que decir. Porque esto no es un negocio como usted sabe."

La señora Durr estaba encantada. Jugó conmigo y le brindé uno de mis mejores ronroneos, aunque no el mejor, porque ésos los guardamos para la familia. Eso se lo explicaría al señor Chuli Durr más adelante cuando fuera más grande. En aquella época todavía era muy chiquito; todavía tenía la cola y la cara blancas. Ahora, mientras escribo, me doy cuenta que es un magnífico ejemplar de gato. Ku recibió hace poco una foto suya y me lo describió detalladamente.

Al día siguiente trajeron montones de libros al departamento de abajo y durante toda la mañana anduvieron de un lado para el otro, hombres cargados con cajones de libros. Rezongaban continuamente tratando de arrastrarlos a través de las puertas. Después del almuerzo oí que llegaban más hombres.

—"Son los hombres del teléfono —dijo Ku—. Tiene que tener un teléfono, ¿no es así? ¡Cualquier idiota se daría cuenta de eso! —Se oyó el ruido de un martillo y después el de la campanilla cuando lo probaban—. Voy hasta abajo para ver si todo está en orden" —agregó Ku.

—"Espera Ku —ordenó el Patrón—, deja que terminen los hombres y después iremos a ver a la señora Durr."

Me pareció que lo mejor que podía hacer era po-

nerme a comer porque no sabía cuánto iban a tardar. Me fui a la cocina y tuve la suerte de descubrir que Mamy me estaba sirviendo la comida. La empujé con la cabeza y me froté contra su pierna en señal de agradecimiento. ¡Qué lástima, pensé, que no entienda el idioma gatuno como el Patrón!

Después de un rato el Patrón abrió la puerta de la cocina que daba a la escalera de atrás. Ku salió corriendo. Ahora yo me podía arreglar bastante bien en la escalera, ya la conocía y sabía que no habría obstáculos. El Patrón era MUY exigente en esto. Exigía estrictamente que las "rutas" se mantuvieran despejadas y los muebles siempre en el mismo lugar. Me imagino que el Patrón conocía mis problemas mejor que nadie, por haber estado ciego por más de un año.

Corrimos por la escalera y nos detuvimos en la puerta de la señora Durr, quien la abrió y nos dio la bienvenida. Esperé en la puerta al Patrón, ya que no conocía los obstáculos. Me alzó y llevándome adentro me ubicó cerca de un cajón para que pudiera oler todas las noticias. Algunas eran mensajes muy groseros deja dos por los perros, otros olores indicaban que la parte de abajo del cajón había descansado sobre un suelo húmedo. En un libro había un mensaje del señor/señorita Stubby Durr. Él/ella estaba encantada de tener a su cuidado al señorito Chuli Durr. Ku suspiró con melancolía.

—"Viejo Stubby, un tipo o tipa muy agradable —observó—, es triste decirlo, pero algo se mezcló cuando estaban repartiendo los sexos, y al pobre Stubby le tocaron los dos. ¡De lo MÁS embarazoso! Una tarde que fui a lo de la señora Durr, no le podía sacar los ojos de encima, no, quiero decir, no sabía adónde mirar."

—"Sí, sí, señorita Ku dije—, pero tengo entendido

que él/ella tiene un carácter muy agradable y el señorito Chuli Durr estará bien cuidado."

Ku salía mucho en el Mercury, recorría los alrededores, iba a Leamington y a otros sitios. Me alegraba cuando volvía y me contaba todo lo que había visto y que yo ya no podía ver. Una tarde, al regresar, rebozaba de alegría. Codeándome me dijo:

—"Ven abajo de la cama Fifí, que te contaré algo. —Me levanté y la seguí. Nos sentamos una al lado de la otra. Ku comenzó a lavarse y a hablar—. Bueno, salimos y recorrimos la carretera. Pasamos frente a un montón de puestos de frutas y verduras; donde la gente vende lo que produce. Amapola no hacía más que decir: «¡Oh! ¡Ah!» cada vez que pasábamos por uno de esos puestos, pero el Patrón no se detenía. Seguimos rumbo al lago y luego pasamos frente a una fábrica donde hacen cincuenta y siete variedades de comidas. Piensa Fifí, si no te gustaría que te dejaran suelta por allí".

Lo pensé, y cuanto más lo pensaba, más segura estaba que nada —nada— podría superar a mi hogar. Cincuenta y siete variedades de comida sí, pero aquí yo tenía UNA variedad de cariño. Esa sola idea me hizo ronronear.

—"Luego fuimos a echar un vistazo al lago y comprobamos que el agua estaba tan mojada como la de Windsor. Nos volvimos a casa. Al pasar por los puestos de fruta Amapola siguió con su «¡Ah! ¡Oh!» y entonces el Patrón se detuvo y ella bajó y compró una de esas cosas olorosas que salpican cuando se muerden. Deliró de alegría durante todo el trayecto. De vez en cuando tocaba la fruta y pensaba cuánto la iba a disfrutar. Fuimos a Walkerville, recogimos el correo y aquí estamos."

—"Gatas, paren las orejas —dijo el Patrón—, la señora Durr se lleva sus cosas, ya terminaron su local de la Plaza Dorwin."

—"¡Oh! —gritó Ku—, ¿me llevarás a verlo?"

—"Por supuesto —dijo el Patrón—, y a Fifí también si quiere."

Bajamos por la escalera y golpeamos la puerta. La señora Durr abrió y nos invitó a pasar. Miramos por todas partes, olimos todos los cajones de libros que estaban ya empacados y listos para ser transportados al nuevo negocio.

—"¿Por qué los había desempacado?" —pregunté.

—"Pero, gata tonta —dijo Ku—, tenía que revisarlos, verificar las facturas y hacer un catálogo. Cualquier gato sabría eso. De todas maneras yo la vi cuando lo hacía."

Me acerqué a la señora Durr y me froté contra ella para demostrarle cómo lamentaba verla trabajar tanto. Luego el Patrón y Mamy bajaron y todos nos fuimos al jardín a oler las rosas.

Unos días más tarde vi al Patrón y a Mamy discutir acaloradamente.

—"En este país los precios son tan fantásticamente altos que tendré que conseguir un empleo" —dijo el Patrón.

—"Tú no puedes hacerlo" —contestó Mamy.

—"No, pero hay que vivir. Voy a ir a la Bolsa de Trabajo para ver qué me dicen. Después de todo puedo escribir, he trabajado en radio, y hay un montón de cosas que puedo hacer."

Salió a buscar el auto. Mamy le dijo:

—"Ku quiere ir a Walkerville con nosotros a buscar la correspondencia".

El Patrón acercó el auto a la puerta y Mamy salió

llevando a Ku. Subieron y se alejaron. Volvieron a la hora del almuerzo, muy apesadumbrados.

—"Vamos abajo de la cama, Fifí, te contaré lo que pasó. —Me levanté y caminé a nuestro lugar de Conferencias. Cuando nos instalamos Ku comenzó—: Después de retirar la correspondencia fuimos a la Bolsa de Trabajo. El Patrón bajó y entró. Mamy y yo nos quedamos en el auto. Al rato salió el Patrón, enojadísimo. Subió al auto, y sin decir palabra, arrancó. Fuimos hasta ese lugar que está debajo del puente Ambassador, allí donde te llevamos una vez. Detuvo el auto y exclamó: «¡Cómo desearía irme de este país!» «¿Qué sucedió?», preguntó Mamy. Apenas entré, un empleado que estaba en el mostrador se rio tontamente, hizo ruidos raros y se rascó una barba imaginaria. Me acerqué a otro empleado y le dije que quería trabajo. El hombre se rio y me dijo que solamente conseguiría trabajo como obrero, igual que cualquier otro P.D. de ... «¿P.D.?», preguntó Mamy. «¿Qué es eso?» «Persona Desplazada», contestó el Patrón, «estos canadienses creen que son los representantes de Dios en la tierra, piensan que cualquiera que viene de otra parte es un ex-presidiario o algo por el estilo. Bueno, el hombre me dijo que ni siquiera conseguiría empleo de obrero si no me afeitaba la barba. Otro me dijo que allí no querían vagabundos, que los empleos se los daban a los canadienses»."

Ku terminó su charla y suspiró.

—"El Patrón usa barba porque no se puede afeitar, un japonés le rompió el maxilar de una patada cuando estuvo prisionero. Me gustaría poder salir del Canadá, o por lo menos de Ontario" —agregó.

Me sentía muy triste. Sabía que lo iban a perseguir sin ningún motivo. Me levanté, me encaminé hacia el

Patrón y le hablé de mi solidaridad. Ku me previno:

—"No le digas nada a Amapola de todo esto, no queremos desilusionarla con respecto al Canadá. ¡Ah! me olvidaba, ella no entiende nuestro idioma".

Por el resto del día el Patrón estuvo muy serio y casi no hablaba con nadie. Esa noche, cuando nos acostamos, me senté cerca de su cabeza y le ronroneé hasta que se quedó dormido.

A la mañana siguiente, después del desayuno, el Patrón llamó a Ku y le dijo:

—"Ku, nos vamos a Plaza Dorwin para ver el nuevo negocio de la señora Durr. ¿Vienes?"

—"Claro que voy, señor Patrón" —aceptó Ku con vehemencia.

—"¿Y tú Fifí?" —me preguntó el Patrón.

—"No, gracias Patrón, yo no voy —contesté—. Me quedaré con Amapola a cuidar la casa."

Mientras el Patrón, Mamy y Ku estuvieron afuera, de visita, Amapola me dio un baño y me senté sobre la cama del Patrón a pensar.

—"¡Hola! —gritó Ku mientras subía a la carrera por la escalera—. Sabes, Fifí, tienen un negocio muy lindo, pero ahora no puedo quedarme, primero tengo que comer algo. —Salió disparando por la pieza, desparramando las alfombras, camino de la cocina. Me bajé despacito de la cama y la seguí, pero *despacito* ya que no quería llevarme por delante las alfombras desordenadas—. Sí, ¡tiene un negocio realmente fantástico! —me dijo con la boca llena—. Hay gran variedad de tarjetas, para todas las ocasiones. Tarjetas de salutación para cuando te meten presa, tarjetas de pésame para cuando eres lo suficientemente tonta como para venirte a vivir al Canadá, tarjetas de duelo para cuando uno se casa. Hay montañas de libros escritos por el Patrón.

Tendrías que ir, queda muy cerca, vas por la calle Dougall, cruzas las vías del tren y los negocios que hay sobre la derecha que forman la Plaza Dorwin. El Patrón te puede llevar en cualquier momento. También hay libros franceses."

Yo sonreí para mis adentros, y el Patrón que estaba detrás de mí, le dijo:

—"¡Cómo puede leer si está ciega!"

—"¡Oh —murmuró arrepentida—, me olvidaba que la viejecita es ciega!"

El Patrón se enfermó y se puso muy grave. Pensamos que se iba a morir, pero de alguna manera se las arregló para aferrarse a la vida. Una noche mientras lo estaba cuidando —los otros se habían acostado hacía rato— un hombre del Otro Lado de la Muerte vino y se paró a mi lado. Ya estaba acostumbrada a esta clase de visitas, pero ésta era una muy especial. Los ciegos, como les expliqué antes, no son ciegos para las cosas de la mente. La forma astral del Patrón se alzó de su cuerpo terreno y sonrió a la Visita. El Patrón en su forma astral llevaba las togas y vestiduras de un alto Abad de la Orden de los Lamas. Ronroneé con tanto placer que casi exploto cuando el Visitante se inclinó sobre mí, me hizo cosquillas en la barbilla y comentó. "¡Qué hermosa Amiga tienes aquí Lobsang!" El Patrón me acarició con sus dedos astrales haciéndome estremecer de placer y contestó: "Sí, es una de las personas más leales de la Tierra". Conversaron de muchas cosas y yo anulé mis percepciones telepáticas, porque uno NUNCA debe robar los pensamientos ajenos, sólo debe escuchar cuando se lo piden. Pero no pude evitar de oir algo: "Como te mostramos en el cristal, queremos que escribas otro libro, titulado *El Cordón de Plata*". El Patrón se puso triste, y el Visitante continuó: "¡Qué

importa que la gente de la Tierra no crea! Tal vez no estén preparados para ello. Libros como los tuyos, con pensamientos estimulantes, podrían ayudarlos a conseguir ese entendimiento. ¡Hasta su propia Biblia Cristiana refiriéndose a eso dice que a menos que se vuelvan niños CREYENDO...!"

El cuerpo astral del Patrón, vestido con su reluciente túnica dorada de la Orden Superior, suspiró y dijo: "Como quiera, habiendo ido tan lejos y sufrido tanto, sería una pena abandonar ahora".

Entró Ku. Vi su cuerpo astral saltar de su cuerpo terreno, emocionado al ver figuras brillantes.

—"¡Oh! —exclamó—, qué turbación siento; ¿con una reverencia será suficiente?"

El Patrón y el Visitante se volvieron para mirarla y se rieron.

—"Tú serás bien recibida en cualquier parte Lady Ku'ei" —expresó el Visitante.

—"Y tú también mi vieja gata abuela" —agregó el Patrón abrazándome. El Patrón me quería más a mí, tal vez porque ambos habíamos sufrido mucho en la vida. Nos unían lazos estrechísimos, ¡y cómo me gustaba eso!

A la mañana siguiente Mamy y Amapola entraron al dormitorio para ver cómo estaba el Patrón.

—"Bueno, lo lamento por ustedes —anunció éste—, pero voy a escribir un nuevo libro."

Recibimos la noticia con lamentaciones. Mamy y Amapola se fueron a ver a la señora Durr para comprar papel y otras cosas. El Patrón se quedó en cama y yo permanecí a su lado para cuidarlo. Todavía no estaba bien como para escribir, pero TENÍA que hacerlo. Comenzó ese mismo día, tecleando sentado en la cama.

—"Doce palabras por renglón, veinticinco renglones

por página; eso hace trescientas palabras por página. Así tendremos seis mil palabras, más o menos, por capítulo" —dijo el Patrón.

—"Sí, creo que está bien —afirmó Ku—, y no te olvides que un párrafo no debe tener mucho más de cien palabras —agregó—, ¡para no cansar al lector! —Se dio vuelta con una sonrisita y me dijo—: tú debes escribir un libro, Fifí. Cuida que los lobos no asedien la puerta. Amapola no lo puede hacer, porque si ella contara sus cuentos fantásticos tendríamos jaurías en la puerta."

Sonreí, Ku estaba de buen humor y eso me hacía feliz. El Patrón estiró una mano y me frotó una oreja.

—"Sí, tú escribirás un libro, Fifí, y yo te lo pasaré a máquina" —dijo.

—"Pero usted debe seguir con *El Cordón de Plata,* Patrón —le contesté—. Por ahora no ha escrito más que el título."

Se rio, y empujó a Ku, que estaba tratando de encaramarse sobre él, en lugar de la máquina de escribir, haciéndola rodar.

—"¡Vamos Fifí! —me dijo mientras se incorporaba—, Vamos, deja que el Viejo juegue con las teclas."

Mamy hablaba con alguien, no sé quién era.

—"Está muy enfermo —decía—, su vida ha sido muy dura. No sé cómo sigue viviendo."

Ku me codeó malhumorada.

—"Espero que no le pase nada, Fifí —me dijo en voz baja—, ¡es útil tenerlo! Recuerdo lo cariñoso que fue cuando murió mi hermana. Todavía era pequeña cuando se enfermó y murió en los brazos del Patrón. Era muy parecida a ti. El Patrón quería mucho a mi hermana Sue. ¡Oh!, tú sí que lo tienes fascinado al Patrón. Bueno, yo también, ¡él admira mi inteligencia!"

Salté sobre la cama y me le acerqué. Dejó de escribir

y me acarició, SIEMPRE disponía de tiempo para nosotras, las gatas.

—"¡No se muera, Patrón! —le dije—. Nos daría mucha pena a todos" —y froté mi cabeza contra su brazo al recibir su mensaje telepático. Ya más tranquila, me deslicé hasta los pies de la cama y me hice un ovillo.

Cartas, cartas, cartas, pero ¿no había trabajo en Canadá? Necesitaban solamente obreros. El Patrón se presentó para muchos empleos pero parecía, según él, que los canadienses empleaban solamente a canadienses, o a aquellos que tenían alguna influencia política o gremial. Alguien dijo que había más empleos en la Columbia Británica y el Patrón decidió ir allá para ver cuáles eran las condiciones. Decidieron que Amapola lo acompañaría para cuidarlo. Cuando llegó el día se marcharon para averiguar si las condiciones eran mejores.

Cuando un ser querido está ausente no hay alegría. Los minutos se alargan hasta convertirse en tristes horas; la espera es angustiosa. La casa estaba muerta, envejecida, hasta Mamy se movía lentamente, como si estuviera en una morgue. Mi alma estaba en tinieblas. Sentía cómo los brazos húmedos del miedo se apoderaban de mí, diciéndome que no volvería; que estaba enfermo, en fin, CUALQUIER cosa, pero espantosa y terrible. De noche me acurrucaba al lado de su cama helada y vacía, después de asegurarme que no vivía una pesadilla. Los ciegos viven introvertidos y los temores les hielan y corroen el alma.

Ku jugaba con alegría forzada. Mamy nos cuidaba pero sus pensamientos estaban en otra parte. En el ambiente había una frialdad de hielo. Me senté sobre el telegrama que había enviado y traté de conformarme. Sobre este período no quiero detenerme mucho, ni siquiera escribiendo. Será suficiente con decir que se abrió

la puerta y apareció nuevamente el Patrón, estaba nuevamente conmigo, sentí que explotaba de amor; mi vieja caparazón casi revienta de alegría, y ronroneé tanto y tan fuerte que casi me quedo ronca.

Anduve rodando, topando al Patrón con la cabeza y frotándome con todo y contra todos.

—"No seas estúpida, Fifí —me reprendió Ku—, cualquiera creería que eres una gata recién nacida en vez de una gata tatarabuela; ¡me asombra tu frivolidad!"

Estaba primorosamente sentada, con los brazos cruzados. El Patrón le contaba el viaje a Mamy y a nosotros también, si nos hubiéramos dignado escucharlo, en vez de ronronear como locas. Amapola no se sentía bien, el viaje y el cambio de comida la habían descompuesto, y estaba acostada.

—"Partimos del aeropuerto de Toronto y a las cuatro horas y media ya estábamos en Vancouver. No estaba mal, considerando que la distancia es de unos miles de millas. Volamos a siete millas sobre las Montañas Rocosas."

—"¿Qué son las Montañas Rocosas, señorita Ku?" —pregunté por lo bajo.

—"Enormes pedazos de piedra con nieve en la punta" —contestó.

—"Vancouver es un lugar agradable, verdaderamente agradable —continuó el Patrón—. Pero allí hay mucha desocupación. Es tan distinto de Ontario, como el Cielo del Infierno. Si alguna vez tenemos oportunidad, iremos a vivir allí."

La señorita Ku entró corriendo.

—"Creo que Amapola se muere —dijo con voz entrecortada—, ¿llamo a la funeraria?"

El Patrón y Mamy fueron a su dormitorio, pero la pobre Amapola sufría nada más que de excitación, cam-

bio de comida y clima. El Patrón le anunció con placer a Ku ¡que NO iba a ser falta la funeraria!

—"¡Mira! —le dijo el Patrón a Mamy—, vi esto en Vancouver y no pude resistir la tentación de comprarlo. Es idéntica a la señora Durr. La compré para ella."

—"¡Fifí! —exclamó Ku excitada—, tiene una figura de mujer en porcelana, es idéntica a la señora Durr. El mismo color de cabello, el mismo tipo de cara, y la señora Durr también usa miriñaque. ¡Ja! ¡Ja! —rio Ku—, esto la dejará atónita."

Esa noche, acostada junto al Patrón, sentí que mi corazón estallaba de felicidad. El ruido de los trenes ya no me parecía tan amenazador. Ahora el ruido de los coches corriendo sobre las vías parecía decir: "¡Volvió, ja, ja! ¡Volvió, ja, ja!" Estiré la mano, toqué la del Patrón, y me quedé dormida.

Durante las semanas siguientes el Patrón estuvo muy ocupado con *El cordón de plata.* Llegaron Visitas Especiales del mundo astral y hablaron largamente con él durante la noche. Como lo explica el Patrón en uno de sus libros la muerte no existe, la "muerte" es solamente un proceso de reencarnación por el que nuestra existencia pasa a otro estado. Es muy complicado para que lo pueda explicar un gato. Pero es simple y natural. Se puede explicar como el proceso de la respiración o el que se opera cuando caminamos. Sin embargo ¿cómo puede uno explicar el proceso de la visión? Es tan difícil explicar eso como la no existencia de la muerte. Es tan fácil explicar la vida como la no existencia de la muerte. El Patrón —y los gatos— siempre pueden ver en el mundo astral y hablar con la gente de allí.

Había llegado el momento de pensar en buscar otro sitio donde vivir. Windsor ya no tenía nada que ofrecer. No había ninguna posibilidad de trabajo. Y el "pano-

rama Windsor" era aburrido y poco interesante. Había pocos árboles porque era una pequeña zona industrial. El clima era húmedo a causa de los grandes depósitos de sal que había en el subsuelo de la ciudad. Como Ku observara muy bien "¡Windsor era un sitio poco acogedor!"

Estudiamos y leímos muchos mapas hasta que por fin decidimos mudarnos al Niágara. Mamy puso un aviso en los diarios con la esperanza de conseguir una casa adecuada. Llegaron algunas ofertas; pero la mayoría de la gente que tenía casas para alquilar pensaba que sus casas estaban hechas con ladrillos de oro a juzgar por los alquileres que pedían.

Le dijimos a la muy amable dueña de nuestra casa en Windsor que nos íbamos y se puso lisonjeramente triste. Llegó la hora de la gran limpieza. La afición de Amapola era jugar con la aspiradora y ésta era una buena excusa para hacerla chillar el día entero. El Patrón estaba confinado en su cama; hacía tiempo había sufrido tres ataques de trombosis coronaria, tuberculosis y otras dolencias. Le había costado mucho escribir *El cordón de plata*. La señora Durr vino y le ofreció a Mamy: "Yo las llevaré a usted y a las gatas, cuando quieran. Tal vez Sheelagh pueda llevar al Dr. Rampa". Siempre pudimos contar con la señora Durr en casos así, y yo sabía que tendría el apoyo de Chuli.

Queríamos vender nuestros muebles, casi nuevos, porque íbamos a alquilar una casa amueblada. Pero nadie los quería comprar al contado. Los canadienses prefieren recurrir a prestamistas, a quienes llaman "Compañías Financieras". Creen que eso hace la cosa más lícita. Una vez que se han asegurado el dinero de los prestamistas compran cosas generalmente superfluas y pagan una cuota semanal. Ku me dijo que una vez había visto un

aviso que decía "cualquier clase de auto con un adelanto de diez dólares".

Por fin el Patrón y Mamy se enteraron que un muchacho muy simpático que ellos conocían se iba a casar. Y decidieron obsequiarle la mayoría de los muebles como regalo de bodas. Mamy hizo averiguaciones y se enteró que el impuesto por la venta hubiera sido prohibitivo. Sólo nos quedaríamos con algunas cosas muy queridas y ya habíamos arreglado con una mudadora. Ku y yo estábamos contentas porque nos llevábamos el caballo de madera; era viejo y lo usábamos como lima de uñas y plataforma para saltar. Habíamos hecho un convenio con el Patrón por el cual no rayaríamos los muebles mientras tuviésemos nuestra Lima de Uñas. A veces las visitas se quedaban mirando asombradas cuando veían el Caballo de Madera entre los muebles, pero el Patrón aseguraba: —"¡No me importa lo que piense la gente, mis gatas están primero!"

Ku estaba en el jardín gritando: —"¡Eh, Gato de Enfrente, ven aquí!"—. El gato salió por la puerta de atrás, miró para ambos lados de la calle, para ver si venía algo, y cruzó. Y se quedó parado, con la nariz apretada contra la verja de alambre esperando que Ku le hablara.

—"Nos vamos, gato —le dijo—, nos vamos adonde las aguas fluyen con gran profusión. Vamos a tener una casa con árboles. Ustedes no tienen árboles, Gato."

—"¡Debe ser maravilloso poder ir de un lado para otro como tú, Lady Ku'ei!" —se admiró el Gato de Enfrente.

—"Ahora me voy adentro, pero te enviaré un «telepatograma» cuando lleguemos a nuestra nueva casa" —prometió Ku.

A la mañana siguiente vinieron los hombres de la mudadora para cargar los muebles que nos íbamos a

llevar, las cosas fueron trasportadas al camión, que según Ku era tan grande como una casa. Cerraron pronto las enormes puertas de un golpe, el poderoso motor arrancó y nuestras pertenencias comenzaron su viaje.

Ahora nos teníamos que sentar en el suelo como las gallinas. Ya no podía llevarme nada por delante, ¡no quedaban obstáculos!

—"¡Eh! Fifí, no nos hemos despedido del altillo" —dijo Ku.

Me puse de pie de un salto y corrí a unírmele en la escalera de arriba. Juntas trepamos las vigas que sostenían el techo de la casa. Esas vigas eran de nogal y crecían en el lugar donde viven los indios. Eran hermosas para afilarse las uñas, y a eso nos dedicamos. Luego subimos por un agujero que había cerca de la chimenea. "¡Adiós, arañas!, les gritó Ku, ahora podrán tejer más telas." Nos dimos una revolcada final en la tierra, debajo de las tablas del piso; algunas habían quedado sueltas después que estuvieron los electricistas. Bajamos las escaleras corriendo y llegamos casi sin aliento.

Llegó un auto a la puerta. Ku saltó de la ventana y gritó:

—"¡Vamos! Ruth, ¡TARDE COMO SIEMPRE! ¿Qué tienes?, ¿PIES DE PLOMO?"

La señora Durr subió la escalera y le dimos los buenos días. Luego todos, menos el Patrón, trasportamos alguna cosa a los autos. Él no se sentía bien y le hicieron una especie de cama en el asiento trasero de nuestro coche. Amapola manejaría, ya que el Patrón estaba enfermo; el viaje lo iban a hacer en dos etapas. Mamy, la señora Durr, Ku y yo completaríamos las doscientas cincuenta millas en un día. Ya estábamos listas para la partida.

—"Adiós Patrón —le dije—, nos veremos mañana."

—"Adiós Fifí —me contestó—, no te preocupes, todo andará bien."

—"*O.K.*! —dijo Ku—, andando."

La señora Durr hizo algo con los pies y el automóvil arrancó. Pasamos sobre el puente del ferrocarril y por el Correo de Walkerville; seguimos avanzando y dejamos el aeropuerto de Windsor a nuestra izquierda. Este distrito me era familiar, pero bien pronto estuvimos sobre nuevos caminos y tuve que depender de Ku para la información.

—"¡Allí está Santo Tomás!" —gritó Ku.

—"¡Oh! —pensé que habíamos chocado—. ¿Estábamos muertas?"

—"Fifí, vamos a comer ni bien salgamos de aquí" —observó Ku.

Sólo entonces me di cuenta de lo que había dicho y me ruboricé por mi estupidez; ¡Santo Tomás era una pequeña ciudad! En Canadá una villa pequeña es un pueblo y una villa un poco más grande una ciudad. Por supuesto los franceses también tienen sus peculiaridades.

Seguimos unas horas más y por fin Ku dijo:

—"Los carteles me anuncian que estamos cerca de... sí, ahí está el Hotel Fort Erie. Más allá hay agua Fifí, en la otra punta del lago".

—"¿Ya llegamos, Ku?" —pregunté.

—"¡Cielos!, no —contestó—, todavía hay algunas millas por delante." —Me recosté otra vez.

Doblamos a la izquierda y luego a la derecha. El auto aminoró la marcha y se detuvo. Del caño de escape venían ruiditos. Por un momento nadie habló, luego Ku me dijo:

—"Bueno, por fin llegamos, levanta tus cosas Fifí".
Mamy y la señora Durr bajaron del coche y nos llevaron a la casa. Una vez más estábamos en otra de nuestras residencias transitorias. Ahora esperaba ansiosa la llegada del Patrón, pero eso no sería hasta la mañana siguiente.

Capítulo XII

—"Tenemos que apurarnos Fifí —dijo Ku—, el Patrón y Amapola arriban mañana ¡y tenemos que recorrer y conocer bien la casa antes que lleguen! —Se volvió y me guió hasta una pieza—. Ésta es la sala —dijo—, ¡salta!, tiene una altura de más o menos tres gatos, te encontrarás con una ventana. —Me guiaba señalándome las cosas de interés. Luego me condujo a la habitación que iba a ser mía y del Patrón—. A través de los árboles puedo ver el agua, Fifí" —dijo Ku.

Y en ese momento se oyó un gran estrépito debajo de nosotros. Del susto dimos un salto, y cuando iba bajando erré la cama y caí al suelo.

—"¡Loados sean cincuenta gatos! —exclamó Ku—, ¿QUÉ FUE ESO?"

Por fortuna Mamy se lo dijo a la señora Durr.

—"¡Oh! creo que ésa es la bomba, bombean el agua del lago."

Nos quedamos tranquilas, no había por qué preocuparse, habíamos memorizado el ruido.

—"Aquí hay unos hierros que parecen una parrilla, Fifí —explicó Ku—. Debe ser para que salga el agua en caso que la casa se inunde. —De repente sentimos un rugido a nuestros pies y un golpe de aire caliente se nos vino encima. Corrimos a escondernos debajo de

la cama dispuestas a esperar allí el desarrollo de los acontecimientos—. ¡Ah! —dijo con disgusto Ku—, no es más que el calefactor. Había creído que nos perseguía el gato más grande de la creación."

—"Fifí —Ku me dio un codazo; había estado dormitando—. Fifí, afuera hay un pequeño bosque. Espero que el Viejo nos deje jugar allí afuera cuando se reponga."

Me entristeció pensar que el Patrón aún estaba en camino y que no llegaría hasta el día siguiente. Para distraerme me levanté y di una vuelta, tanteando muy bien el camino. Desde alguna parte me llegó el tabletear de una rama agitada por el viento que golpeaba el techo. La casa no era linda, estaba muy abandonada, pero nos serviría por una temporada corta. A aquella casa no la podríamos llamar "un hogar", no hubiésemos vivido allí permanentemente aunque nos la hubiesen regalado.

Esa noche nos acostamos temprano. La señora Durr volvía a Windsor a la mañana siguiente. Ku y yo teníamos la esperanza que se quedara por un tiempo, pero pensamos que los libros la extrañarían y el señorito Chuli se estaba poniendo grande y necesitaba atención. Esa noche la bomba rugió y repiqueteó y el sistema de calefacción rezongó y resopló. Afuera estaba oscuro y el viento que venía del lago mecía los árboles. Se me acercó Ku y me susurró con voz temblorosa:

—"¡QUÉ lugar fiero éste, Fifí, con todos estos árboles, y acabo de ver una araña grande que me está mirando!"

La noche resultó interminable y cuando creí que no llegaría nunca a su fin, oí el piar de los pájaros que hacían planes para ir en busca de su alimento. Sentí que el día se acercaba ya a nosotros.

Mamy se movió y se levantó dispuesta a enfrentar

el día, un día en el que había mucho que hacer y limpiar. Ku y yo anduvimos por ahí buscando lugares que no habíamos investigado todavía. Sabíamos que había un sótano grande debajo de la casa, pero Mamy nos había dicho que no podíamos ir allí hasta que viniera el Patrón porque había cosas que se movían y giraban: las bombas. Ambulamos por la pieza de adelante y subimos al marco de una ventana.

—"Pero, qué me dices, ¿has visto cosa igual? —exclamó Ku—, hay una ardilla ladrona, ¡NO!, CIENTOS de ellas comiendo nuestros árboles."

Estaba muy enojada y para distraerla le dije:

—"¿Cómo es ahí afuera, Srta. Ku?"

—"Oh, un lugar abandonado —observó—, los árboles necesitan que se los pode, el suelo limpieza y la casa pintura, todo lo que generalmente se encuentra en casas que se alquilan por temporada. Cuando lees lo que anuncian en los avisos te imaginas el paraíso y cuando las ves te preguntas cómo hacen para mantenerse en pie otro invierno."

El resto de la mañana la pasamos moviendo muebles y haciendo limpieza. Estábamos solamente Ku y yo para decirle a Mamy y a la señora Durr lo que había que hacer. Estábamos rendidas cuando Ku miró por la ventana y anunció:

—"Han llegado el Patrón y Amapola."

—"A tiempo para despedirme —dijo la señora Durr—, me tendré que ir ya, ¡si no, voy a tener problemas!

Nos dispusimos a trabajar durante el resto del día. Pero el día siguiente fue tibio y soleado. El Patrón nos llamó:

—"Vamos gatas, ¡salgamos al jardín!"

Me levantó y colocó sobre sus hombros. Ku ya es-

taba en la puerta, saltando de alegría. Salimos y el Patrón me puso en el suelo, al pie de un árbol.

—"¡Hurra! —gritó Ku—, qué grandes son los árboles."

—"Yo solía tener árboles así en Francia, Srta. Ku" —contesté.

—"Pufff —gruñó la voz desagradable del Gato de Dos Casas Más Allá—. Ustedes, gatas extranjeras, no sirven para nada. Esa vieja gata ciega nunca trepó a un árbol en su vida, solamente los gatos canadienses pueden trepar, ¡y cómo!" —Se dio vuelta y le gritó al Gato del Cuidador de una institución de la vereda de enfrente—: Estos extranjeros creen que nosotros somos tontos, ¡ellos no trepan nada!"

—"Eso es lo que tú crees, Gato Canadiense —le respondí—. ¡Déjame mostrarte lo que puede hacer una gata ciega!" —Y me abracé al tronco del árbol y lo trepé como lo hacía en Francia, en mis viejos tiempos. Trepé despacio y me tendí a lo largo, sobre una rama.

Mamy y Amapola salieron corriendo, traían una escalera. El Patrón la tomó y la apoyó contra el tronco. Subió despacito, me alzó y me depositó sobre su hombro.

—"Vieja Gata tonta —dijo suavemente—, ¡a quién se le ocurre que una gata ciega pueda trepar árboles!"

Me dio lástima, oí el golpeteo de su corazón y pensé en la trombosis coronaria, pero le había demostrado algo al estúpido gato canadiense.

Ku no podía dejar de reir.

—"Oh!, Fifí —exclamó cuando pudo controlarse—: fue el espectáculo más gracioso que he visto en mi vida, asustaste a las ardillas, salieron corriendo como locas. El gato salió corriendo como un rayo, como si un perro le pisara los talones. Qué inteligente eres, Fifí. —Era tanto su entusiasmo que se revolcaba una y otra vez—. Tendrías que hacerte un test de inteligencia, si la tu-

vieras" —dijo Ku. Pero el solo hecho de que un gato siamés francés pudiera hacer reir a Ku, me hizo sentir bien.

Mamy y el Patrón nos llevaban a menudo al bosque a jugar entre los árboles. ¡Sabiendo que los gatos dan sorpresas el Patrón tenía siempre a mano una escalera! Había montones de víboras por el suelo y a Ku la fascinaban. Yo siempre andaba con cuidado porque tenía miedo de pisarlas. Había un cerdo del campo que vivía en un agujero en la tierra cerca de un árbol viejo. Le hablé muchas veces y Ku me dijo que se sentaba a la entrada de su casa y nos miraba mientras nosotras hacíamos ejercicios, pero nos manteníamos a distancia porque no nos habían presentado. Sin embargo lo apreciábamos mucho, nos contaba lo que ocurría por los alrededores y nos hablaba de los habitantes de los árboles.

—"Tengan cuidado con el coatí —nos previno— es muy bruto para jugar y cuando está enojado es capaz de sacarle las entrañas a cualquier perro. Bueno, ¡tengo que ir a limpiar!" —y desapareció.

Ku comentó:

—"¿Qué diablos será un coatí?"

—"Eso sí que no lo sé" —contesté.

Quedó pensativa por un rato y luego, rascándose una oreja, dijo:

—"Mamy colecciona las figuras de animales que vienen en las cajas de té. Cuando entremos iré a mirarlas."

Al regresar, Amapola estaba limpiando. Siempre nos manteníamos a distancia cuando limpiaba porque corríamos el riesgo que nos barriera a nosotras también. Ku comenzó a dar vueltas y oí que caían cosas al suelo.

—"¿Qué haces Ku?" —preguntó Amapola enojada.

—"Vamos al dormitorio, Fifí —dijo Ku—, no le hagas

caso a Amapola, está de mal humor porque la aspiradora no funciona."

El Patrón había alquilado algo parecido a un bote y una tarde de sol dijo.

—"Vamos, llevemos a las gatas al lago."

—"¡Yo no!, Patrón —le contesté nerviosa—, ¡a mí no me incluyan!"

—"¡Vamos Fifí, no seas tonta!" —dijo el Patrón.

Mamy se fue con Ku y yo con el Patrón. Bajamos por el sendero hasta el lago y el Patrón amarró el bote con una soga para que no se escapara. Primero subieron Mamy y Ku y luego el Patrón me alzó a mí. El agua nos salpicó, la oí, y sentí que nos movíamos.

—"No voy a conectar el motor, será demasiado ruido para ellas" —dijo el Patrón. Nos dejamos llevar por la corriente y Ku cantó algo. Desgraciadamente tuvo que interrumpirse porque se había mareado.

El Patrón tiró de una cuerdecita y el motor rugió con tal fuerza que nos asustamos. El bote apuró la marcha y Ku se interesó tanto que se olvidó del mareo.

—"Estamos a veinte pies de los Estados Unidos —me gritó—. ¡Ésta es la Isla Grande, y éste también es un Bote Grande!"

Por fortuna se nubló y el Patrón decidió llevarnos de vuelta a casa. Eso me alegró porque no me gustaba la idea de estar completamente rodeada de agua; ya teníamos bastantes preocupaciones, sin necesidad de crearnos otras. Fuimos a casa y tomamos el té. Las tardes se acortaban y nos acostamos más temprano.

Ku y yo estábamos en el dormitorio del Patrón, sentadas en el borde de la ventana. Afuera se oían los ruidos de la noche. Debajo de las maderas del piso una laucha decía que tenía que ir a buscar más provisio-

nes para el invierno. De pronto Ku, que estaba agazapada, dijo con voz ronca.

—"¡Loado Sea! ¡Hay un enorme gato con una camiseta de fútbol rayada!" —Nos llegó a los oídos una agradable voz telepática:

—"¿Son ustedes las Damas Extranjeras de quienes oí hablar?"

—"Sí lo somos —contestó Ku—, ¿quién diablos eres tú?" —Volvimos a oir la voz y me pareció percibir también una risita sofocada.

—"Yo soy Coatún, el coatí; vivo aquí y durante la noche despejo el ambiente para que no haya perros."

—"¡Encantada de conocerlo —contestó Ku—, especialmente si hay un vidrio entre los dos!"

—"Oh, conmigo pueden estar tranquilas —contestó Coatún—, siempre respeto los derechos de los inquilinos. Ahora me tengo que ir."

—"Ku —dije—, parecía un perfecto caballero, ¿cómo es?"

Pensó por un momento, y me contestó mientras se lavaba.

—"Bueno, se parece a un enorme gato, imagínate el más grande que hayas visto, más grande que un perro. Tiene rayas en la cola, como si se hubiese arrimado a los barrotes recién pintados de una jaula. ¡Y las pezuñas...! —Hizo una pausa para dar énfasis—. Las pezuñas son como esa cosa que tiene Amapola para juntar las hojas. ¡Oh! un caballero MUY agradable —si uno se mantiene a distancia prudencial, y la distancia con una pared en el medio."

La voz volvió.

—"¡Eh! Antes que me olvide, pueden usar el bosque como si fuera de ustedes."

—"¡Nos sentimos muy honradas! —contesté—, le diré a Mamy que lo invite a tomar el té alguna vez."

—"Bueno —dijo Ku—, yo me voy. Mañana será un día muy ocupado, voy con el Patrón a Ridgeway para hacer unas compras." —Y se fue a dormir con Mamy.

El tiempo se estaba poniendo cada vez más frío. Las hojas crujían y caían continuamente, y las ardillas, que habían estado ociosas durante el falso calor del otoño, revolvían frenéticamente las pilas de hojas en busca de bellotas. Amapola rastrillaba hojas, hablaba de hojas y tenía olor a hojas. Pero las hojas seguían cayendo en gran profusión. El humo de las que quemaban se alzaba al cielo desde todas las casas del Distrito y desde las grandes extensiones del Parque. El aire era cada vez más frío, ahora solamente el Patrón salía sin abrigo. Amapola se envolvía como si fuera al Polo Norte. Una mañana nos despertamos y vimos que la nieve se deslizaba por el lago, se apilaba delante de las puertas y dejaba los caminos intransitables. Salieron las barredoras a la calle con su ruido frenético.

Después de la nieve todo quedó congelado. El Lago y un arroyito cercano se convirtieron en un sólido bloque de hielo. Unos pescadores locos hicieron unos agujeros y se sentaron a tiritar y a pretender sacar pescados. Todas las mañanas los caminos amanecían cubiertos de nieve y el tránsito se detenía. Hubo grandes tormentas y una noche se paró la bomba de agua. El Patrón salió de la cama y se fue hasta el lago con una barra de hierro y un martillo. Mamy se levantó y puso la pava para el té. Pude oir los golpes del martillo y el hielo que se rompía.

—"Srta. Ku —pregunté—, ¿qué pasa?"

—"Si el Patrón no puede romper el hielo que hay alrededor de la bomba, no tendremos agua este invierno. Como hace mucho frío el lago se congeló. Cuando el

Viejo rompa el hielo vamos a tener que dejar una canilla siempre abierta."

Temblé, que país frío y cruel era el Canadá, allí no había los elementos de confort de la civilizada Europa.

Después que llegó el frío, Mamy ponía todas las noches comida para los pobres bichos que no la tenían y que de otro modo se hubieran muerto de hambre. El coatí estaba muy agradecido y venía todas las noches a sentarse a nuestra ventana; ¡pero el episodio más pintoresco fue interpretado por la Señora Laucha! Amapola estaba lavando en el sótano y una lauchita muy educada vino a sentarse sobre su pie. La laucha parecía sentir gran simpatía por Amapola, y ésta a su vez por ella. Después del episodio del mono nada de lo que hacía Amapola nos sorprendía. "No nos olvidemos de nuestros buenos modales, Fifí. No lo devoremos", me había pedido Ku. Amapola y la laucha pasaban juntas momentos muy agradables en el sótano. Ku y yo le aseguramos que no le íbamos a hacer daño y confiada en esto optó por ignorarnos y no hacía más que seguir a Amapola. ¡Era de lo MÁS enternecedor!

El invierno cedió su sitio a la primavera y nos alegramos de abandonar esa casa mudándonos a otra que estaba cerca de la zona comercial. El Patrón todavía no había conseguido trabajo. En su desesperación escribió al Primer Ministro del Canadá, al Ministro de Inmigraciones y al de Trabajo. Pero parece que a ninguno le importó. Estos Ministros parecían peores que los de otros países. Supongo que será por eso que Canadá es tan extraña y poco amable. Ahora vivimos con la esperanza de poder hacer suficiente dinero como para SALIR del Canadá.

Me senté sobre el borde de la ventana de nuestro

nuevo departamento a charlar con el gato que tenía un Motel. Le conté nuestras aventuras.

—"¡Oh, Fifí! —dijo Ku—, debes escribir un libro!"

Di vueltas el asunto en mi mente, y en la quietud de la noche, cuando los dos estuvimos despiertos, lo discutí con el Patrón.

—"¡Patrón! —le pregunté—, ¿cree que yo podría escribir un libro?"

—"Claro que sí, Fifí —contestó—, eres una Vieja Gata Abuela muy inteligente."

—"Pero no puedo escribir a máquina" —protesté.

—"Entonces tú me lo dictas y yo lo escribo, Fifí" —dijo.

A la mañana siguiente nos sentamos juntos. Él abrió la máquina de escribir, la Olympia gris con que ya escribiera *El tercer ojo, El cordón de plata, El médico de Tibet,* y me alentó:

—"¡Vamos, Fifí, comienza a dictar!"

Así, con su estímulo, y la ayuda de la Srta. Ku he terminado por fin este libro. ¿Les gustó?

EPÍLOGO

Y así fue cómo durante dos años más vivimos bajo el helado clima del Canadá, y la disposición más helada aún de las autoridades canadienses. A causa de esto decidimos por fin emigrar hacia países más cálidos. Elegimos Uruguay, puesto que allí me habían ofrecido una oportunidad de continuar con mi trabajo.

Ku'ei y Fifí se hallaban excitadísimas, la primera en mucho mayor grado, puesto que durante días se lo pasó tratando de ¡ronronear en castellano! Y por fin llegó el día de la partida. Nuestro equipaje, enviado previamente, ya debería estar a bordo del barco. Subimos al tren en Búfalo, en el Estado de Nueva York, atravesando en la rugiente máquina la oscuridad de la noche.

Toda esa noche el tren nos hamacó con su vaivén en el camino hacia la ciudad de Nueva York. La única pena que nos abrumaba al dejar el Canadá era la de separarnos de algunos fieles amigos. Los gatos pensaban que el tren era divertido, pero mis pensamientos estaban muy lejos de allí; me preguntaba qué me proporcionaría la nueva vida que iba a emprender. ¡El Canadá había resultado una desilusión tal! Por fin llegamos a Nueva York y allí descansamos durante el resto del día en un conocido hotel.

Al atardecer nos dirigimos al puerto donde embarcamos en un modernísimo buque. Fifí y Ku'ei rondaron juntas por los camarotes, olfateando nuevos olores y volviendo a sentir nuevamente el gusto de la vida a bordo.

Se sucedieron las tormentas, que llevaron la destrucción y la muerte a muchos. Navegamos con una de las peores tormentas que se produjeran en los últimos años. Durante la segunda noche de navegación arreció la furia de la tormenta y no lejos de nosotros se hundió un barco con su pesada carga. La señora Fifí Bigotes Grises, ciega, vieja y débil sufrió un ataque al corazón que la alejó para siempre de esta vida. Pero llevó con ella nuestro imperecedero amor.

Apesadumbrados continuamos nuestro cruce del Atlántico, con nuestros corazones destrozados. Así llegamos a nuestro destino: la República Oriental del Uruguay. Incluso antes de tocar tierra nos encontramos con extraños —ahora firmes amigos—, dispuestos a ayudarnos. Como Fifí lo hubiera querido, les di las gracias por todos nosotros a dos amigos en particular: el Señor Alfredo Pérez Lagrave y a su muy atractiva y amable esposa, Sabina, que tanto hiciera por evitarnos trabajos e incomodidades. Fifí la hubiera *adorado* en la misma forma que lo ha hecho Ku'ei.

No pienso a Fifí como un animal, ni como un conjunto de huesos envueltos en una gastada piel. Tenía una definida personalidad y un espíritu bello y amable, pleno de encanto y de calor humano. Viví con ella las veinticuatro horas del día la *conocía*. Me era tan fácil conversar con ella (por telepatía) como con cualquiera otra persona. Era en verdad una prueba viviente de

que los animales poseen un alma y que cumplen hasta el fin con su tarea, a pesar de su complexión anatómica, diferente a la de los seres humanos.

Fifí, te extraño profundamente; ¡fuiste una maravillosa compañera!

T. LOBSANG RAMPA

ÍNDICE



SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR EN LOS
TALLERES GRÁFICOS LUMEN
NOSEDA Y CÍA.
CALLE TUCUMÁN 2926
T. E. 87-6646/6647
BUENOS AIRES
REPÚBLICA ARGENTINA
EN EL MES DE
SEPTIEMBRE
DE MIL NOVECIENTOS
SESENTA Y TRES



Te